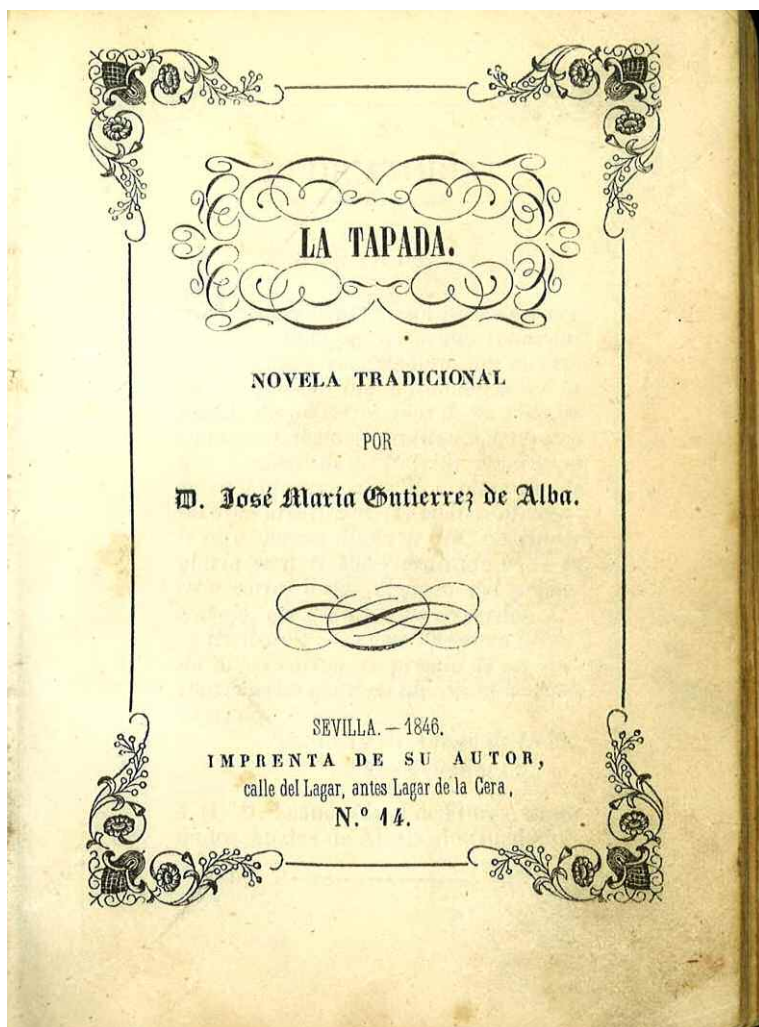


José María Gutiérrez de Alba

LA TAPADA



Paisajes con Letras



Portada de la edición de 1846
Biblioteca Pública Municipal de Alcalá de Guadaíra

JOSÉ MARÍA GUTIÉRREZ DE ALBA

LA TAPADA

Prólogo de José Manuel Campos Díaz

ALCALÁ DE GUADAÍRA 2017



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaira



Paisajes con Letras

Núm.: 4

Edita:

AYUNTAMIENTO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Coordinación de la colección:

MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Adaptación del texto:

JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ

Ilustraciones:

COLECCIÓN MUSEO DE ALCALÁ DE GUADAÍRA

Diseño, maqueta y cuidado de la edición:

PEDRO BAZÁN CORREA

Imprime:

PINELO TALLERES GRÁFICOS

© Para la edición, Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra 2017

ISBN: 978-84-89180-63-5

DEP. LEGAL: SE-601-2017

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Ayuntamiento de Alcalá de Guadaíra.

PRÓLOGO

DURANTE el primer cuarto del siglo XIX la novela en España vivió el periodo de introducción de los nuevos cánones del género impulsados por el escocés Walter Scott, que marcan el auge y triunfo del Romanticismo. Como dice Iris M. Zavala, «la novela histórica volvió sus ojos a la Edad Media, lo que permitió una revisión de los valores tradicionales cristianos. Los autores tomaron sus temas del mundo feudal como oposición al racionalismo representado por la Ilustración en el siglo XVIII».

En este contexto literario apareció *La Tapada* en 1846, cuando José María Gutiérrez de Alba tenía veinticuatro años. Por tanto, nos encontramos con la primera novela de un joven escritor que iniciaba su andadura literaria y luchaba por hacerse un sitio en el panorama existente. No fue precisamente la novela un género que cultivara mucho en su prolífica producción —más centrada en la poesía y, sobre todo, en el teatro—, ya que solo lo abordó posteriormente en tres ocasiones: en 1859, *La ambición por amor*, en la que narra con estilo romántico una historia amorosa mezclada con alto espíritu patriótico; en 1896, *Del cielo a la tierra. Viaje curioso del apóstol San Pedro a este pícaro mundo, y sus consecuencias entre los ángeles, entre los diablos y entre los hombres*, novela alegórica de su visión de la política española después de su regreso de Colombia; por último, en 1898, *La política de aldea*, novela póstuma de fuerte contenido autobiográfico y de la realidad de su pueblo natal de finales del siglo XIX.

El libro tenía un formato en octavo y fue impreso en la propia imprenta del autor, que se encontraba en el número 14 de la calle Lagar de la capital hispalense y adquirida gracias a un legado de su abuela paterna. Todos los ejemplares iban rubricados por el escritor, lo que hace suponer que no tendría una tirada muy larga. La novela está dividida en veintinueve capítulos, cada uno de los cuales lleva un título relacionado con lo que acontece en el mismo. A manera de epílogo, Gutiérrez de Alba añade el poema «Una flor en la tumba de María», escrito en trece cuartetos y dedicado al

personaje central de la historia. Asimismo el autor aporta una serie de notas de contenido histórico en relación a algunos pasajes de la obra para situar mejor al lector en el escenario de la misma.

Como señala Enrique Baltanás, «el marbete *novela tradicional* que a su obra colocó el autor apunta al carácter de tradición o leyenda que sirve de base al argumento que narra, lo que la convierte más en una novela legendaria que en una novela histórica propiamente dicha». En efecto, hay en Alcalá de Guadaíra, junto al puente de Carlos III, un lugar conocido como «Huerta de la Tapada» con un bello molino, sobre cuyo nombre se han imaginado las más diversas interpretaciones. El historiador alcalaíno Leandro José de Flores, en sus *Memorias históricas de la villa de Alcalá de Guadaíra*, daba cuenta de que en la cueva del Bosque, junto a la Tapada, habitó una mujer penitente, especulando así el Padre Flores sobre el origen del topónimo.

El asunto de *La Tapada* es de los más tratados por los escritores románticos: una historia amorosa entre una bella morisca y un caballero cristiano con un final desgraciado. Su argumento presenta tintes melodramáticos, casi cercanos al folletín, pero dentro siempre de cierta verosimilitud. Su ambientación local hace que muchos episodios transcurran en lugares tan emblemáticos de Alcalá de Guadaíra como el castillo de Marchenilla –denominado aquí Machaniella– y el convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles, además del paraje en torno al molino de La Tapada.

Con posterioridad a la primera edición de 1846, solamente se ha vuelto a editar la novela en dos ocasiones: en 1984, a cargo del instituto «Cristóbal de Monroy», y en 1997, una edición facsimilar a cargo de la Fundación El Monte con motivo del centenario de la muerte del escritor.

Para facilitar la lectura y comprensión de este texto decimonónico hemos corregido erratas evidentes de la edición de 1846 y trasladado las notas aclaratorias finales a pie de la página correspondiente. Asimismo hemos modernizado la ortografía y la puntuación siguiendo las normas actuales, como por ejemplo: supresión de mayúsculas inadecuadas, sustitución de la mayoría de los dos puntos por el signo de puntuación adecuado, supresión de tildes innecesarias y adición de otras que faltaban, sustitución de diversas consonantes por las que se utilizan actualmente e introducción de la raya en el interior de los fragmentos dialogados para diferenciar claramente las intervenciones de los personajes de los comentarios del narrador.

JOSÉ MANUEL CAMPOS DÍAZ

LA TAPADA

Novela tradicional

por

D. José María Gutiérrez de Alba

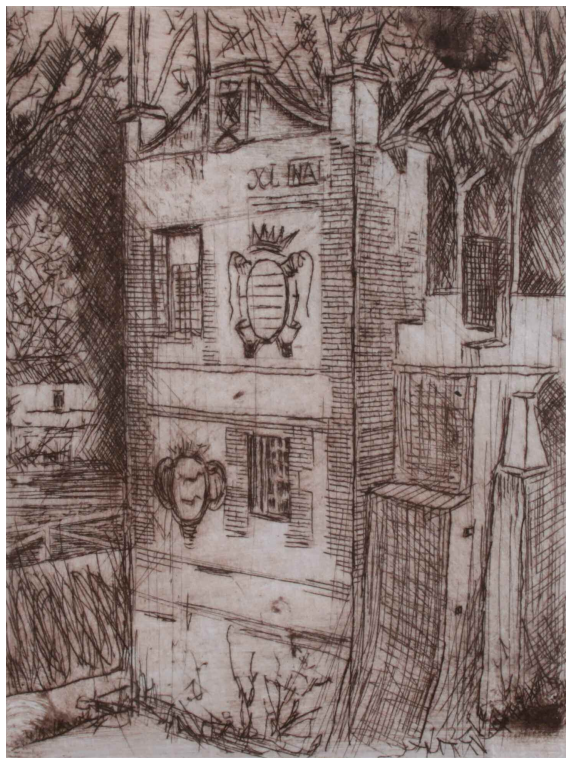
A mi padre

Querido padre, esta pequeña novelita, inspirada por los gratos recuerdos de esa ribera encantadora que me vio nacer, y donde tan agradablemente he pasado los primeros años de mi vida, es el primer tributo de gratitud que ofrezco a la memoria de mi patria. Pequeño es, en verdad, pero si un día, como uno de sus hijos predilectos¹, pudiere ofrecerle otro que sea digno de ella, mi mayor gloria será el haber dedicado a V. en estas cortas líneas el fruto del primer trabajo que dedico a sus recuerdos.

Recíbalo V. como una pequeña ofrenda de mi cariño, en premio de los muchos desvelos que a mi educación ha consagrado.

Sevilla, 10 de agosto de 1846
José María Gutiérrez de Alba

¹ D. Leandro José de Flores, autor de los anales de Alcalá de Guadaira.



Juan Carlos Mantecón Campos. *Molino de la Tapada*
Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

Capítulo I

La caridad y la virtud

ERA una fría mañana de diciembre de 1285.

Los primeros reflejos de un sol rojizo y opaco brillaban débilmente sobre la blanca escarcha, que en la noche anterior había sido abundantísima.

Un venerable sacerdote y un anciano respetable trepaban por la ladera de un escarpado monte, que da vista a la hermosa villa de Alcalá de Guadaíra, dejando a la izquierda el pequeño río, de que toma nombre.

Este monte, que hoy se conoce por el del Calvario, está cortado por la naturaleza casi perpendicularmente por el lado Noroeste. Una fértil colina se extiende entre él y el Guadaíra, en cuyas aguas va a morir en un pequeño declive.

Multitud de árboles silvestres adornaban por este lado la ribera, antes de que la mano del hombre hubiera venido a modificar los hermosos caprichos de la sabia naturaleza.

Al pie de la cortadura del monte había una cueva, la cual aún no está del todo destruida, y a ella dirigían sus pasos los dos personajes, de que hemos hablado anteriormente.

El sacerdote, hombre ya de 60 años, cubría su cuerpo con un tosco sayal ceñido a la cintura por una cuerda de cáñamo, y ocultaba su cabeza casi totalmente bajo un capuz, que constituía parte de su vestido. Solo dejaba ver unos ojos penetrantes, aunque lánguidos, y una luenga y blanca barba, que le caía sobre el pecho, en la cual se notaban algunas gotas de rocío casi heladas por el frío de la mañana. En una de sus enflaquecidas manos llevaba un libro de los santos evangelios, y en la otra una tosca cruz elaborada de dos pequeños troncos de árboles. Sus pies estaban desnudos, y con frialdad del hielo que pisaba, parecía que iban a brotar sangre.

El anciano, que le acompañaba, iba embozado en un capotón gris: dos pedazos de cuero de buey, ceñidos con cuerdas hechas de palmas, cubrían sus pies hasta la mitad de la pierna, y en su cabeza llevaba una enorme gorra de piel de liebre.

Conducía en una mano un azadón y un pico, y en la otra un casco de calabaza con un poco de agua, que el sacerdote acababa de bendecir.

Por largo rato habían caminado en silencio, porque el frío no les permitía hablar con libertad.

Ya iban llegando cerca de la cueva, cuando el anciano exclamó con una voz entrecortada:

—Padre, ¿habrá muerto ya?

—No será extraño. La noche ha estado cruel.

—¡Pobrecita!

—Tantos años de penitencia son un mérito grande a los ojos de un Dios de bondad y misericordia. Si ya ha muerto, sin duda estará en la mansión de los justos.

—Pero es una mujer tan misteriosa que se irá al otro mundo sin querer descubrir ni quién es ni de dónde ha venido. Es mucha manía. En quince años que ha habitado esta cueva, no hay un alma viviente que haya podido verle la cara, a no ser que vos se la hayáis visto.

Al concluir el anciano estas palabras ya habían llegado a la puerta de la cueva. Esta era poco profunda, y en su interior se notaban varios objetos que vamos a describir. En primer lugar, sobre algunos manojos de juncos secos estaba tendida una mujer, que aún se conocía que había sido hermosa. Tenía por cabecera una piedra de figura irregular, y alrededor de ella se notaban algunos puñados de heno, que algún tiempo habrían servido de moderar su dureza. Esta mujer estaba cubierta de un sayo y un manto de lana negros, y sus brazos y pies estaban desnudos. Parte de su rostro ocultaban algunas madejas de su negro cabello, que iban a perderse entre el manto, después de haber velado el contorno de una garganta blanca como la nieve. Sus grandes ojos cerrados, cuyas pestañas negras y espesas cubrían todo el párpado inferior, sus mejillas pálidas y sus labios morados como el lirio hubieran hecho creer, que ya había muerto, si no se notaran en su pecho algunas palpitaciones de su corazón.

En uno de los ángulos de la cueva había un pequeño agujero, practicado en la misma piedra, en cuyo fondo se ocultaba un pequeño crucifijo, adornado con unos cuantos ramitos de flores silvestres. El interior era un hermoso bosquecito formado de plantas aromáticas, donde el tomillo, el romero y el cantueso despedían una fragancia embelesadora. Debajo de este nicho había otro un poco más pequeño, cuya puerta estaba cerrada con una piedra, que se ajustaba a ella casi herméticamente. En un rincón un vaso de barro toscamente labrado contenía un manojito de mimbres salpicado de sangre, y en el opuesto aún quedaban indicios de algún fuego, mucho antes extinguido.

Esto y nada más contenía la cueva de que vamos hablando. Los dos personajes, que se habían introducido, contemplaban con asombro aquel misterioso cuadro, donde lo más risueño de la naturaleza luchaba con lo más espantoso de la miseria humana.

La tosca cruz, que el sacerdote condujera, permanecía fuera de la cueva, arrimada a la misma roca; y al pie de la cruz estaban los instrumentos destinados a elaborar una tumba.

Aquellos dos hombres, semejantes a espíritus benéficos, endulzaban con su presencia los últimos momentos de una mujer penitente, y parecían destinados a recoger su postrer aliento, para transmitir aquella alma purificadora al seno de su creador.

A este tiempo los grandes y hermosos ojos de aquella mujer moribunda principiaron a entreabrirse. Ella quería reconcentrar en sus párpados el resto de fuerzas que le quedaban; pero en vano. La intensidad de la fiebre dominaba todo su mecanismo, y cuantos esfuerzos hacía eran enteramente inútiles.

En vano quería mirar por última vez aquellos objetos tristemente agradables, que en el transcurso de quince años le habían hecho constantemente compañía. Ni aún podía dar el último adiós a unos objetos tan queridos.

¡Triste mujer! Sus ojos querían ver; sus labios querían pronunciar algunas palabras; su mano quería señalar a un lugar determinado; su corazón quería descargarse del peso de un secreto; pero su debilidad no se lo permitía.

De repente notaron que sus palpitaciones se hicieron más violentas. Su pecho se elevaba sensiblemente a cada palpitación. Sus mejillas aunque débilmente se tiñeron de una especie de color morado e indefinible, el cual se ostentaba con más fuerza en los labios y en los párpados superiores.

El sacerdote y el anciano lloraban...

A aquellos terribles síntomas se siguió una convulsión momentánea que estremeció todo su cuerpo... Su mano derecha se levantó del suelo hasta la altura de un pie. Por un instante permaneció extendida hacia el ángulo donde estaban los nichos... En el mismo lugar se fijaron sus ojos abiertos de una manera que conmovían espantosamente... Sus labios exhalaban un profundo y doloroso suspiro... Luego la mano cayó hasta el suelo impelida de su misma gravedad... Sus ojos y sus labios se cerraron pausadamente... El movimiento de sus nervios fue extinguiéndose poco a poco... un momento después, todo estaba en silencio.

El sacerdote y el anciano habían enmudecido de estupor.

Inmóviles permanecían delante de aquel mudo testigo de nuestra miseria. Ni aún se atrevían a levantar los ojos del lugar, en que los habían fijado. ¡Tan grande era su consternación!

Cualquiera los hubiera creído dos estatuas levantadas al lado de un sepulcro, representando las sublimes alegorías de la religión y la virtud.

La quietud solemne de aquella escena maravillosamente patética fue turbada por el sacerdote, que acercándose a aquel ser inanimado, tomó una de sus manos heladas entre las suyas, que estaban poco menos.

Buscó luego entre las arterias de aquel brazo descarnado unas pulsaciones que ya no existían. Volvió segunda y tercera vez a hacer la misma investigación, pero fue en vano. La sangre ya no circulaba por aquellas venas.

Todavía, como llevado de alguna esperanza, tomó un reluciente crucifijo de metal, que pendía de su cintura; lo refregó varias veces por la manga de su vestido, hasta ponerlo sumamente brillante... Después lo acercó a la boca de aquel cuerpo ya sin vida... Miró luego con atención... La brillantez del metal no se había empañado... Un cadáver no tiene aliento.

El virtuoso sacerdote exhaló un suspiro casi ahogado por la fuerza del dolor, y luego, volviendo a mirar al hombre que le acompañaba: No existe, exclamó... Ya no hay remedio. La sangre se ha helado en sus venas.

¡No hay remedio!... murmuró el anciano, y al hacer esta exclamación, asomaron a sus ojos dos gruesas lágrimas.

El sacerdote abrió entonces el libro que llevaba en la mano; recitó por lo bajo algunas oraciones, y por último roció de agua bendita aquella cavernosa estancia.

Luego, mirando al anciano con la expresión del más vivo sentimiento, exclamó:

—Hermano, consumemos la obra.

Ambos se separaron un poco de la puerta de la cueva. El anciano tendió su vista a uno y otro lado... Después se dirigió con paso vacilante hacia la ladera del monte, y al pie de un granado silvestre principió a abrir la sepultura.

A cada golpe de azadón su cuerpo todo se estremecía, como si pasara por sus nervios una corriente eléctrica.

Al dar los primeros golpes, sus manos entumecidas por el frío apenas podían levantar aquel grosero y pesado instrumento; pero luego que sus ataridos miembros fueron tomando calor y flexibilidad, a favor del movimiento, continuaba su tarea con menos fatiga y más próximos resultados.

¡Qué espectáculo tan sorprendente! A la tibia claridad de un sol naciente, escondido entre inmensos celajes; cubierto el cielo de ligeras nubes de

color de púrpura; alfombrado el suelo por una capa de blanca y abundante escarcha; a un lado la mansa corriente del cristalino Guadaíra; al otro un escarpado monte, cuyos riscos albergaban los yertos despojos de una mujer hermosa y desgraciada; entre el monte y el río dos hombres agobiados por una multitud de años cavando una sepultura al pie de un granado silvestre... la naturaleza toda en silencio, interrumpido apenas por los compasados golpes de un azadón, movido por las manos de un anciano venerable... ¡Qué grande, qué portentoso era este cuadro, donde solo resaltaban la imagen espantosa de la muerte y el tipo sublime de la caridad evangélica.

Aquella tierra, movida por la primera vez, oponía una obstinada resistencia a la fuerte debilidad de un brazo falto ya de vigor. Las piedras encadenadas entre sí eran otro obstáculo difícil de vencer para aquellas fuerzas casi agotadas. El sacerdote, de cuando en cuando, ayudaba a su incansable compañero a levantar las más pesadas piedras, cuya carga les obligaba a descansar, después de haber logrado extraerlas de la sepultura. Entonces se veían rodar por sus mejillas algunas gotas de sudor que, desprendidas hasta el interior del hoyo, parecían destinadas a ablandar aquel suelo virgen todavía.

A costa de paciencia y de trabajo lograron poner término a su penosa tarea, y al cabo de una hora, ya había una tumba más para un cadáver que soabraba sobre la tierra.

Dirigiéronse luego a la cueva. El sacerdote cubrió el rostro ya frío de la mujer, que había expirado, con el mismo manto que ella tenía, y luego arrodillados oraron juntos por el alma de aquella desdichada.

Concluida la ferviente oración, ya se disponían a conducir aquel cuerpo inanimado a su último destino, cuando repararon en la piedra, que cerraba uno de los agujeros ya mencionados. Apenas la sacaron de su lugar, vieron en el fondo del nicho un rollo de pergaminos bastante voluminoso, y en el que le servía de cubierta leyeron un renglón escrito con sangre, que decía así:

Leed, aquí está escrita la verdad.

Llenos de una justa admiración, y llevados al mismo tiempo del deseo de descubrir el misterioso velo, que había encubierto la existencia de aquella mujer, el sacerdote los desenrolló, y sentados a la puerta de la cueva, y vuelto el rostro hacia el cadáver de la penitente, comenzaron la lectura de aquellos fatales documentos, concebidos en la forma siguiente.



Beatriz Rivas Blanco. *La barca*
Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

Capítulo II

Hace quince años

OH, qué recuerdo! ¡*Hace quince años*! Mi vida era una serie de placeres, cuya calma no se había interrumpido. Todas las noches bajo este mismo cielo una madre amorosa me dormía entre sus brazos ¡Pobre madre mía! La voz de su corazón aún suena en mi pecho; pero, ¡ay, de qué manera tan diferente!... Entonces se despertaban en mi alma las más tiernas emociones, porque el ángel de la felicidad rodeaba nuestra humilde morada... Ahora solo es para mí el eco desgarrador de una madre afligida, que reconviene a su hija por una falta, cuyas consecuencias han sido horriblemente funestas.

Cuántas veces, al posar sus labios sobre mi frente, la oí exclamar con un acento de indecible ternura: «Hija mía: tú serás desgraciada, porque eres muy hermosa». Y a esta exclamación, repetida algunos días más de cien veces, las lágrimas brotaban de sus ojos y venían a caer sobre mi pecho. ¡Oh, qué lágrimas! Aún las siento sobre mi corazón. Eran de fuego, porque ellas me abrasaban. Yo corría presurosa a enjugarlas; y como entonces no comprendía lo inmenso del cariño maternal, me parecía extraño aquel llanto, hijo tal vez de un horrible presentimiento.

No llores, madre mía, no llores, le decía yo, agitada por un sentimiento hasta entonces desconocido. No llores, no, yo estoy a tu lado, yo te amo como a mi vida. No llores, porque tus lágrimas me hacen un daño terrible. Mira, al caer en mi seno me queman, como si fueran de fuego; y en efecto, el lugar por donde ellas pasaban, se teñía aunque ligeramente de un color rosado, que resaltaba admirablemente sobre la blancura de mis carnes; porque entonces, pobre niña de doce años, parecía que la extraordinaria sensibilidad de mi alma comenzaba a dejarse sentir por la delicadeza de mis formas; que bien puede permitírseme hablar de esta manera, pues cuando estas líneas lleguen a ser leídas, ya no tendré de qué ruborizarme.

Al trazar aquí una breve noticia de mi vida, siento que las fuerzas me abandonan y el corazón se me desgarrar, cuando a mi memoria se presenta la imagen de otros tiempos;... pero sin embargo, es necesario. Alguna vez dejaré de existir. Quizás este momento está ya cerca, y entonces... no quiero dejar corrido el velo, que por espacio de quince años ha encubierto mi vida misteriosa.

El cielo sabe con cuanto dolor he devorado en silencio las penas que me agitan. En tanto tiempo solo una mujer, también desgraciada, ha venido a mezclar con las mías sus lágrimas en la oscuridad de la noche. A ella entregaré este escrito, única cosa que habré poseído en el mundo. Tal vez algún día llegará Hernando a tener noticia de mi existencia, y acaso una lágrima se desprenderá de sus ojos consagrada a mi triste memoria...

Mi nombre es María, mi patria esa pequeña población, cuyos muros pasa besando el manso Guadaíra.

Al oír estas palabras, el anciano principió a escuchar con una atención, que demostraba un interés más grande que el de una mera curiosidad. El sacerdote, a su vez, hizo también un movimiento de sorpresa y luego continuó:

«Mis padres, pobres aunque honrados, se esmeraron en mi educación cuanto les era posible en el estado a que los había reducido su mala ventura; porque descendientes de una familia morisca, llevaban en su frente la ominosa marca con que nuestra pobre raza es distinguida».

El anciano dejó escapar un profundo suspiro mal reprimido y pronunció con voz balbuciente algunas sílabas que llamaron la atención del sacerdote, el cual levantó la cabeza, y al mirar que las mejillas del pobre anciano estaban humedecidas, ¿qué tenéis, amigo mío?, le preguntó, ¿cuál es la causa de ese momentáneo enternecimiento? Ese llanto...

El viejo no contestó una sola palabra, se levantó precipitado y, corriendo al cadáver que aún permanecía dentro de la cueva, levantó con avidez el manto que le cubría el rostro, y después de haberlo contemplado algunos momentos, elevó al cielo sus manos y con un acento imposible de expresar exclamó: Bendito seáis, Dios mío, no es ella, no es ella.

¿Qué decís? ¿De quién habláis?, preguntó conmovido el sacerdote. Entonces el anciano, tomando una de sus manos venerables y acercándola a sus labios, venid, le dijo, venid, ministro del Señor, tengo necesidad del grato consuelo que en vosotros ha depositado el Dios de las bondades.

Esa religión sublime, que vos me habéis enseñado, ha sido para mí un bálsamo precioso, que si bien no ha podido del todo cicatrizar las profundas heridas abiertas en mi corazón, a lo menos ha mitigado sus dolores.

Quince años de una lucha continua, horrorosa como las penas del infierno que vos me pintáis, no han sido bastantes a hacerme vacilar un punto en la fe ciega que a su divinidad consagra mi alma.

He sido vilipendiado, ultrajado, porque mis padres profesaron una religión heredada de los suyos. Las tierras que poseían fueron repartidas entre los cristianos, que vinieron a ocuparlas, y ellos, ¡pobrecitos!, murieron

rodeados de miseria, sin más apoyo que el de su hijo. Yo les cerré los ojos, y a su muerte me confiaron un depósito sagrado que conservé cuidadosamente hasta que nuestra desgracia me lo arrebató, para no volver jamás a verlo.

Ese depósito, padre mío, fue mi esposa, pobre huérfana confiada al cuidado de mis padres desde sus más tiernos años. Ella contribuyó en gran manera a endulzar su miserable suerte y después, como vos sabéis, fue mi ángel tutelar mientras el cielo me permitió dividir con ella mis penas y mis goces. Vos luego, compadecido de nuestra suerte, nos enseñasteis a conocer un Dios verdadero, que premia al justo y castiga al culpable. Consolidasteis nuestra unión, dando el nombre de matrimonio al lazo, con que nos unisteis para siempre delante del Eterno. Pues bien, de esta unión felicísima el cielo nos concedió una hija, a quien también bautizasteis en nombre del Señor, aplicándole el de María. ¡Ah!, permitidme derramar una lágrima, que mi corazón de desahogue... Necesito llorar... Y cubriendo sus ojos con las manos, permaneció por algunos instantes con la frente inclinada al suelo. Sus venerables canas bajaron a mezclarse con ellas, y en esa actitud dolorosa el sacerdote lo contemplaba con aquella especie de estupor que producen las tiernas escenas que tanto hieren el alma.

Hermano mío, le replicó el ministro del Señor, levantándole la cabeza con la más tierna solicitud; no os dejéis abatir por la desgracia. El Dios omnipotente, para premiar al justo, necesita probarle; y su galardón será tanto mayor cuanto lo hayan sido sus padecimientos. Seguid, continuó, pobre anciano, seguid vuestra narración con la cristiana resignación que la habéis comenzado. Vuestras penas me enternecen, y tal vez vos mismo hallaréis un consuelo al referirlas.

Sí, padre mío, mucha resignación he necesitado, mucho valor, mucha esperanza, para que el dolor no me haya arrebatado el resto de vida que me ha dejado mi infortunio. Yo tenía una hija, continuó, una hija... una hija... María... Su memoria es cruel... Su madre y yo nos consagramos a educarla con los desvelos más incesantes. Fundábamos en ella nuestra ventura con la esperanza de que algún día, al dejar este mundo, encontraríamos quien cerrase nuestros cansados ojos, para entregarlos al reposo eterno.

Ella era hermosa, como la más hermosa flor de esta rivera; pura como el ambiente de estos valles; amorosa y tímida como los tiernos corderillos que pacen en las colinas de estos fértiles campos. Ni un solo momento se separaba de su madre, y era tanto el cariño que las unía, que más que dos seres diferentes, parecían la sombra una de la otra.

Así pasó su juventud, tierna niña rodeada de las caricias de sus padres, y envidiada de cuantos la conocían. Empleada en las labores domésticas, su principal cuidado era endulzar nuestras penas continuas. ¡Ay! cuántas veces en las noches de invierno, cuando cansado del trabajo del día, regresaba a mi pobre albergue, ella salía a recibirme y afectuosa me conducía por la mano hasta el hogar, donde una consoladora lumbre encendida por ella y su madre me aguardaba para secar mis empapadas ropas.

Aún no había cumplido quince años, cuando sus ojos empezaron a nublarse. Un aspecto melancólico sustituyó a su acostumbrada alegría. De improviso se le vio amar la soledad, y ya recibía casi con indiferencia las tiernas caricias de su madre. ¡Cuál sería nuestro dolor cuando, al verla en este estado, le preguntábamos la causa de su abatimiento, y solo era su contestación un suspiro ahogado, seguido de un abundante llanto...

Después... todo se descubrió, padre mío, todo, todo. Ella amaba. En su inocencia no podía prever las fatales consecuencias de una pasión ardiente.

Sí, ella amaba, y con su amor frenético nos cubrió de luto para siempre. ¡Oh, sacerdote venerable, el dolor me ahoga, y no sé si tendré valor suficiente para seguir la historia de mi desgracia!

Habían pasado apenas tres meses, cuando una noche, ¡noche fatal!, ella era oscura y lluviosa... A poco de haber anochecido se despidió de sus padres con lágrimas en los ojos más abundantes que de continuo. Su madre la acompañó hasta su aposento, y yo me quedé en el mío como de costumbre; pero una inquietud mortal no me permitía un momento de sosiego. Me levanté bastante fatigado y, arrodillado ante un crucifijo, oré largo tiempo por la felicidad de mi pobre María.

Ya era cerca de medianoche cuando, algo rendido por el sueño, recosté la cabeza sobre mi lecho triste. ¡Ah, nunca la hubiera recostado! Una horrible pesadilla, acompañada de visiones fantásticas y extravagantes, se apoderó completamente de mi cerebro. Soñé que un fiero monstruo de una figura colosal, de ojos centelleantes, cubierto el cuerpo de negras y lucientes escamas y despidiendo un torrente de fuego por su desmesurada boca, se acercaba a la ventana del aposento de mi hija. Apenas había llegado, levantó su gigante cabeza, batió unas pequeñas alas, que de especie de brazos le servían, y a este movimiento llenó el aire de un acento dulcísimo, con el cual se embriagaban los sentidos. Yo no cesaba de revolverme en el lecho, mi cuerpo todo se movía como agitado por una convulsión violenta, un copioso y frío sudor me bañaba y, aun en medio de esta agitación febril, yo también sentí adormecerme.

Al canto seductor de aquella horrible sirena yo vi a mi hija incorporarse en su cama, pasarse las manos por su abrasada frente y echar sobre la espalda su negra y luciente cabellera. Su seno virginal estaba desnudo y se elevaba de tal manera a su fatigada respiración, que parecía querer encerrar dentro de sí toda la atmósfera que le rodeaba. Aquel acento encantador cada vez se hacía más penetrante. Los ojos de mi pobre María languidecieron, su cabeza cayó pausadamente sobre sus hombros, tendió sus manos hacia el lugar en que el eco se escuchaba y, elevándose en el aire como un espíritu celestial, salió como evaporada por la reja, y el monstruo la arrebató lanzándose con ella a la región del viento.

En este instante un grito agudo penetró en mis oídos. La visión fantástica que me ofuscaba huyó precipitada y yo, arrojándome fuera de mi aposento, con los ojos desencajados y una palidez mortal marcada en el rostro, corrí precipitado hacia el lugar, en que los ayes se escuchaban. ¡Oh! Al llegar a la puerta, fijé la vista en un objeto que yacía inmóvil en el suelo. Me acerco... y era mi esposa... Al levantarla, sentí que su cuerpo estaba frío como un cadáver; de una herida profunda que tenía en la cabeza corría la sangre en abundancia inundando todo su cuerpo... ¡Figuraos, padre mío, cuál sería mi dolor! Al limpiarle la sangre con mi pañuelo, llamé varias veces a mi hija para que me ayudase a socorrer a su pobre madre. Al escuchar esta su nombre, se incorporó como electrizada y, mirando hacia la puerta que al campo conducía y señalando al mismo tiempo con ambas manos, exclamó con un acento desgarrador: «Mi hija... por allí... la llevan... ¡Ah... vuelve... María... María...». Un grito penetrante vino a concluir estas exclamaciones, un movimiento convulsivo la hizo escapar de mis brazos y, cayendo al suelo por segunda vez, empezó a maltratarse horriblemente. En vano pretendía yo sujetar sus violentas sacudidas, porque las fuerzas, que la fiebre le daba, eran muy superiores a las mías.

Solo, sin tener un amparo en mi desgracia, con una mujer expirando entre mis brazos, con la seguridad de haberse realizado mi visión funesta, caí en un completo delirio. Abandoné a mi esposa sobre el lecho del dolor en que yacía, y como un demente corrí y recorrí toda la casa en busca de mi hija; pero en vano, las puertas que daban al campo estaban de par en par abiertas. Salí y, después de haber andado errante, sin dirección alguna toda la noche, volví al rayar el día sin haber adquirido noticia alguna de su paradero. Al entrar en su cuarto, sobre el pedestal de la imagen de una virgen, observé que había un lienzo y en él estas palabras: «No lloréis, padres míos, hoy me ausento con el que mañana será mi esposo. No he podido resistir a mi pasión».

Al ver tanta iniquidad, deshice entre mis manos aquella horrible prueba de mi deshonra, llegando en mi delirio a impetrar para ella la maldición del cielo.

En fin, padre mío, a qué recordar tantas horas de llanto y de amargura. Solo os diré que, al tercer día de padecimientos, mi infeliz esposa expiró entre los más crueles dolores; mi hija desapareció para siempre. Desde entonces ni un solo día he dejado de derramar una lágrima sobre la tumba de mi desgraciada compañera, rogando al Ser Supremo por la felicidad de mi desventurada hija.

Así concluyó el anciano la relación de sus desgracias. El sacerdote se esforzó cuanto pudo en consolarlo, y después de haber logrado tranquilizar algo su espíritu, continuó la lectura anteriormente comenzada, como ser verá en el capítulo siguiente.

Capítulo III

La tempestad

EL anciano escuchaba con avidez; mientras, el sacerdote siguió leyendo de esta manera.

Los años de mi juventud fueron dichosos, porque entonces yo no conocía otra felicidad que la quietud que me ofreciera el hogar paterno. Las tiernas caricias de mi adorada madre formaron en mí un carácter amoroso y sensible, y las desgracias de que cada día se lamentaba, le dieron a la vez cierta dulce melancolía, que me obligaba a enternecerme por las causas más frívolas.

Con este carácter, pura, inocente, sencilla, pasaron de mi vida los catorce primeros años sin que en todo el transcurso de ellos hubiera pensado una sola vez en mi existencia. Lo pasado no me atormentaba porque ya lo había echado en olvido; miraba lo presente con indiferencia y ni aún siquiera un solo instante había llevado mi pensamiento al porvenir.

Pero mi suerte me guardaba, en recompensa de esta dulce tranquilidad, largo años de dolor inmenso, que a mi pesar me han hecho comprender lo mucho que cuesta una resolución abrazada, sin escuchar otra voz que la de las pasiones.

Un accidente imprevisto vino a turbar la calma de mi pecho cuando estaba más desapercibida.

Era un día de otoño. El sol había avanzado dos terceras partes de su carrera y un cielo puro y despejado convidaba a gozar de la fresca brisa de la tarde. La tierna hierbecilla comenzaba a matizar los campos, y las pequeñas y olorosas flores propias de esta estación, en que la naturaleza toda se renueva, se veían ondear blandamente sobre sus verdes tallos, movidas por el sople benéfico de un aire puro, agradable y consolador. En aquella tarde salí yo con otras compañeras de mi misma edad por la orilla del río en busca de algunas florecillas con que solíamos adornar nuestras cabezas en los pueriles juegos de la infancia. Sin cuidarnos de que la noche se acercaba, caminamos largo tiempo no pensando siquiera en que teníamos que volver a nuestras casas.

La sombra de los corpulentos álamos de la ribera avanzaba hacia la cumbre de los montes, y el sol comenzaba a esconder su amortiguada lumbre

entre unos negros y espesos nubarrones que en el lejano horizonte se asomaban. La brisa de la tarde comenzó a cambiarse en un viento frío y desapacible, y el movimiento de las hojas en los apiñados árboles se asemejaba al sordo ruido de una tempestad lejana. Los tiernos pajarillos revoloteaban inquietos entre el ramaje como si no se creyesen seguros. Su canto era monótono y triste, y el graznido de las cornejas, que de cuando en cuando se escuchaba, aumentaba la tristeza de aquella melancólica armonía. A la par que las nubes avanzaban, el viento se hacía sentir con más violencia pareciendo que la naturaleza se despertaba del sueño pacífico en que había estado toda la tarde.

En medio de la oscuridad que se difundía, se notaba a lo lejos el momentáneo resplandor de los relámpagos que, cruzando a través de las cenicientas nubes, iluminaban por aquel lado el horizonte con una luz rojiza, dejando ver más claramente las caprichosas figuras que en sus grupos iban formando.

Arreció el viento y las espesas nubes volaron sobre nuestras cabezas con una velocidad prodigiosa. Mis compañeras y yo, sobrecogidas de espanto, corrimos presurosas hacia nuestras casas creyendo evitar de esta manera los horrores de la tempestad, que tan de cerca nos amenazaba; pero fue en vano, gruesas y espesas gotas de agua fría como la nieve comenzaron a caer de improviso, y a los pocos momentos un inmenso torrente nos inundaba. Era tanta la fuerza de la lluvia, que como una densa niebla no permitía a nuestros ojos penetrar más allá del sitio en que nos hallábamos. Tristes y llorosas elevábamos al cielo nuestras manecitas, demandando en ferviente plegaria algún consuelo a nuestra aflicción. Pero, ¡ay!, el cielo no escuchaba nuestros lamentos porque allí debía comenzar la tremenda prueba a que los altos juicios del Señor me habían sometido. Tanto era el pavor que la tempestad nos infundía que buscamos recursos en nuestra propia debilidad, corríamos a cual más podía sin cuidarse ninguna de las demás compañeras. Yo, más débil que todas ellas, no pudiendo seguir la carrera con la misma celeridad, las vi desaparecer ante mis ojos como el náufrago que, impelido por las olas, ve perderse ante su vista el último rayo de su esperanza. A poco de habernos separado, un brillante relámpago iluminó súbitamente los desiertos campos. Yo vi abrirse los cielos sobre mi cabeza, y del centro de una inmensa hoguera desprenderse un torrente de fuego que vino a precipitarse a mis pies a muy poca distancia. Al mismo tiempo, un trueno espantoso hirió mis oídos y, como si el firmamento se desplomara, retendió la tierra y el eco de los montes espantado lo repitió con mayor estruendo.

Tal fue la impresión que me causó aquella escena horrorosa, que caí de rodillas casi sin sentido entre las ramas de una higuera silvestre que cerca del camino se encontraba. Cerré mis ojos para no mirar tantos horrores y coloqué mis manos en los oídos como si esto me prestara alguna seguridad. Así permanecí algunos momentos, al cabo de los cuales sentí moverse las hojas de la higuera con una fuerza mayor que lo hicieran a impulsos del viento y de la lluvia. Abrí los ojos y pude distinguir, aunque confusamente, un animal corpulento que se acercaba como temeroso. Dejé escapar un grito de espanto, a cuyo grito el animal, que era un perro, retrocedió ladrando.

—¿Qué es eso, Leal? —exclamó una voz llena y sonora desde el camino.

El perro siguió ladrando y acercándose cada vez más al sitio en que yo estaba.

A la luz de otro relámpago pude distinguir un caballero que sobre un soberbio caballo examinaba con atención la higuera en que yo estaba escondida. Como no había percibido mi acento, y el perro continuaba sus ladridos, avanzó hacia el lugar donde el mastín olfateaba y, al llegar cerca de mí, yo me levanté presurosa y con las manos en ademán de súplica le demandé socorro.

—¡Oh caballero!, cualquiera que seáis, socorred —le dije— a una pobre niña desgraciada.

Aún no había acabado la frase, cuando apeándose del caballo corrió hacia mí haciéndome mil preguntas sin aguardar una sola respuesta.

—¿Quién sois, pobre niña —me decía—, qué hacéis aquí abandonada a los horrores de una tempestad furiosa? ¿De dónde venís, cómo os encontráis sola en medio de estos campos, quién os ha traído a este lugar?

—Señor —le respondí yo toda turbada—, salí esta tarde con otras compañeras a coger flores, la noche se adelantó con la tempestad y ellas, más felices que yo, pudieron evitarla en algún tanto corriendo hacia la villa. Yo fui más débil y no pude alcanzarlas, vi desprenderse un rayo y caer cerca de mis pies, el trueno me hizo temblar y estremecerme, y huyendo, sin saber a dónde, vine a caer sin sentido en estas matas en que, a no ser por vos, no sé hasta cuándo hubiera permanecido. Pero vos seréis un hidalgo, tendréis lástima de mi desgracia y me conduciréis a casa de mis padres. ¡Ellos son tan buenos! Os colmarán de bendiciones y rogarán a Dios todos los días por vuestra felicidad.

—¿Y dónde están vuestros padres? —me preguntó como enternecido.

—Allí —le contesté yo señalando hacia los muros de Alcalá, que con la oscuridad no se divisaban.

—¡Ah! vuestras compañeras han sido muy crueles.

—No señor —le repliqué—, ellas temieron, como yo había temido, y al alejarse creerían que las acompañaba. De lo contrario, no me habrían abandonado.

—¡Y aún las disculpas! —exclamó el caballero lleno de admiración.

—Bien lo merecen —le decía yo—, bien lo merecen, porque me aman mucho y estoy segura de que habrán llorado amargamente cuando hayan notado mi pérdida. Son muy buenas y todo el que lo es se interesa por los desgraciados.

—¿Tanto lo sois vos? —me preguntó el desconocido; y sin aguardar a que le contestara, como la lluvia nos seguía molestando—, venid —me dijo—, yo os conduciré hasta vuestra casa y será para mí sobrada recompensa el proporcionaros este bien sin haber tenido que hacer para ello ningún sacrificio. Dicho esto, volvió a montar sobre su caballo e inclinándose un poco hacia el suelo, me tomó por debajo de los brazos y me colocó delante de él, como si no pesara más que una pluma. Picó entonces a su alazán y volviendo las riendas hacia la villa: adelante, Leal, gritó a su perro, y este, dando dos saltos delante del caballo en señal de agasajo, rompió la marcha por la orilla del Guadaíra, sirviéndonos a un tiempo de guía y descubierta.

Mis vestidos estaban empapados, y con la frialdad del agua que contenían y el viento que soplaba de frente, comencé a temblar.

—Observo que vais temblando —me dijo—, ¡pobre niña!

—Sí —le contesté yo—, tengo frío y el viento me hace mucho daño.

Entonces él, quitándose prontamente la capa en que iba envuelto, la colocó sobre mis hombros cubriéndome con ella.

A este tiempo la tempestad iba cesando, las nubes pasaban ligeras unas en pos de otras, dejándome ver y observar por algunos intervalos el hombre que me acompañaba. Este era un joven a lo más de unos veinte años, de estatura algo más que mediana; moreno de color y de ojos grandes, negros y penetrantes. Su cabello, también negro y algo rizado, flotaba en espesos bucles sobre sus hombros, habiendo podido reservarse de la lluvia a favor del elevado cuello de su capa y las grandes alas de un sombrero negro, en cuya parte anterior estaba prendida con un broche una pluma blanca medio caída por la fuerza del temporal. Un negro y fino bigote sombreaba su labio superior. Ajustaba su cuerpo un elegante jubón de terciopelo negro bordado de oro y ceñía a la cintura una pequeña daga con la empuñadura de nácar. Su mirada era tranquila y apacible, y el acento de su voz era a la vez sonoro y melifluido.

Yo advertí que también él me contempló en silencio algunos instantes, preguntándome luego con interés.

—Y bien, niña, ¿cómo os llamáis?

—María.

—Sois muy joven.

—No señor, he cumplido catorce años.

—¿Habéis amado alguna vez?

—Sí, por cierto. Desde que nací he consagrado a mis padres el amor más tierno.

—¿Nada más a vuestros padres?

—Nada más. ¿Quién tiene derecho a que yo le ame más que ellos? ¡Me acarician tanto! Por la noche, cuando me dejan ya acostada, me besan con una ternura indecible y luego me encargan que no ame a nadie más que a ellos.

—¿Y vos no habéis pensado nunca en que pudierais amar a otro que no fueran vuestros padres?

—Algunas veces, pero la mayor parte de ellas ha sido soñando.

—Si quisierais hacerme conocer vuestros sueños...

—¿Y por qué no? Yo os lo diré, y por cierto que seréis vos el primero a quien los he referido; pero cuidado que cuento con que habéis de ser muy bueno y no os habéis de reír de mí, porque al fin son unos sueños tan insustanciales... Figuraos que sueño con personas que ni aún siquiera conozco, pero no obstante las veo como si estuvieran presentes. ¿Verdad que es una rareza grande?

—No por cierto, eso sucede con mucha frecuencia. A mí me ha ocurrido en diferentes ocasiones tener sueños con desconocidos, y al fin realizarse ellos y conocer a la persona que en él se me ha representado.

—¿Sí? Pues entonces ya veo que entre vos y yo hay alguna semejanza, y así confío en que no os reiréis de mis locuras.

—Vaya, hablad, hija mía.

—Escuchad, luego que me duermo siento que una voz dulce y sonora me repite en mi oído: «¡María, María, yo te adoro!».

—¡María, María, yo te adoro!

—¡Qué estáis diciendo!

—Nada, seguid, seguid. Estoy imitando a vuestro interlocutor nocturno para que no se me olvide vuestro sueño.

—¿Os burláis?

—Todo lo contrario, seguid. Vuestro sueño es para mí muy interesante.

—Pues bien, veréis. Aunque dormida, yo dirijo una mirada hacia el lugar de donde sale la voz.

—¡Cómo es eso!, ¿vos miráis también dormida?

—Sí, miro, pero sin abrir los ojos, como ahora, a pesar de cerrarlos, os estoy viendo perfectamente. Yo no sé cómo es, pero yo os veo.

—La que ve es vuestra alma que, desatada en el sueño de los lazos del cuerpo, contempla esa sombra misteriosa a la cual da vida una imaginación ardiente y pura.

—¿Será verdad?

—No lo dudéis, una joven de catorce años, hermosa como vos, tiene necesidad de amar. Los sueños a veces no son otra cosa que una imagen de la realidad que satisfaría nuestros deseos. Pero continuad.

—Yo hablaría, pero no sé qué tiene vuestro acento que me turba. Habladme vos y estaré más contenta. ¿No podréis vos concluir la relación de mi sueño?

—Es imposible, hija mía. ¿Cómo he de referir yo lo que por vos sola ha pasado y aún no habéis confiado a nadie?

—¡Es verdad! Y yo creí que vos lo sabíais. Como me habíais explicado la causa...

—Vaya, seguid.

—Pues bien, levanto la vista del alma y miro cerca de mí un joven hermoso.

Y sin saber por qué, le describí su propio retrato, queriéndole pintar el ángel de mis sueños.

Él me contemplaba agitado y yo continué:

—Después de decirme aquellas palabras, toma una de mis manos entre las tuyas, me mira fijamente y no me habla.

—¡Ah!

—¿Qué tenéis?

—Nada, continuad.

—Luego la acerca a sus labios y... ¡Pero qué hacéis!

El desconocido había acompañado su acción a mis palabras. Posaba sus ardientes labios sobre mi mano trémula y, exhalando al viento un suspiro, exclamó:

—¡María, María, yo te adoro!

—¡Ah!, vos sois el ángel de mis sueños.

A esta escena siguieron algunos momentos de éxtasis glorioso. Un temblor convulsivo se apoderó de mí hasta el punto de hacerme perder casi del

todo los sentidos. ¡Primeros instantes de inefable dulzura que tantas penas acarrearón más tarde a mi corazón!

Ya llegábamos cerca de la villa. La luna brillaba en el cenit resplandeciente y sus rayos reflejaban tranquilamente en las gotas de agua que, pendientes de las hojas de los árboles, presentaban a nuestra vista un espectáculo grandioso y sorprendente. Ni un solo celaje cruzaba por la atmósfera. Un silencio sepulcral reinaba por todas partes sin escucharse otro rumor que el de las pisadas del caballo que nos conducía.

Yo no me atrevía a levantar los ojos para mirar a mi desconocido compañero. Él, por su parte, no hacía otra cosa que mirarme con atención, sin atreverse a desplegar sus labios.

—Veis —le dije yo—, mi sueño os ha incomodado. Ha pasado mucho tiempo sin que me habléis ni una sola palabra. No os enfadéis conmigo. Yo no os molestaré más con mis niñerías.

—Calla, calla —me replicó—, tú no sabes el daño que me haces hablando de esa manera.

—¿Os hago daño?... Perdonadme, vos sois muy generoso.

—¿Perdonarte?... Yo imploro tu perdón. ¡Pobre niña inocente! He hecho brotar en tu corazón un germen de pesares. ¡Ah!, tú dormías; yo te he despertado.

—No, no por cierto, ahora no dormía. He escuchado muy claramente todo cuanto me habéis dicho. Mirad —continué pasándome las manos por los ojos—, estoy muy despierta, y no creáis que, por mucho tiempo que me estáis hablando, no dormiré tan fácilmente.

En esto llegamos a una de las puertas de la población². Entonces él, parando su caballo:

—Preciso es separarnos —me dijo.

—Y qué, ¿no vendréis conmigo a recoger las bendiciones de mis padres?

² Según Pedro León Serrano, en la época a que nos referimos, la población de Alcalá de Guadaíra se hallaba toda dentro del recinto de las murallas que por todas partes lo circuía. Veamos cómo se expresa:

«En lo eminente de la sierra donde fue la primera fundación de esta villa, y dentro de las murallas de ella, está su grande y fuerte castillo. Por la parte que mira al poniente, está cercado todo de murallas y con torres grandes y de hermosas fábricas de cantería, y en alguna de las torres, grabadas las armas de Castilla. Con su foso, barbacana y puentes levadizos, dos grandes plazas de armas, una profundísima cima, grandes y hondos silos, aljibes, baños y alcázares».

El Dr. D. Leandro José de Flores, haciendo la descripción topográfica de este castillo y el pueblo de Alcalá en su primitiva fundación, enumera todas las puertas que daban entrada a esta fortaleza, haciendo mención entre ellas de la de S. Miguel, a que aludimos en esta novela.

—No es posible.

—Pues a lo menos me diréis cómo os llamáis para que ellos bendigan vuestro nombre.

—María, ¿amas al ángel de tus sueños?

—¡Ah!, sí, sí.

—Pues no me preguntes quién soy yo. Mi vida y mi nombre deben ser para ti un secreto misterioso.

—¡Será posible, Dios mío!

—¿Me prometes hacer lo que te pida?

—Sí, yo os prometo hacer todo lo que vos queráis.

—Pues bien, nadie ha de saber que yo te he acompañado. Si a alguno lo revelas, no volverás a ver al ángel de tus sueños. Entre tanto, toma —me dijo, y quitándose del cuello una pequeña medalla, la colocó en el mío, añadiendo—, esta medalla te recordará mi existencia, y tú sola que la posees serás dueña de verla, nadie más, ¿lo entiendes?

—¿Nadie más?

—Nadie más, y ahora espero que, en cambio, querrás hacerme un obsequio.

—¡Yo! ¿Cuál es?

—Ese lazo que llevas sobre el corazón.

Efectivamente, yo llevaba una cinta prendida sobre el pecho.

—Tomadla, pero ¿de qué os servirá?

—María, esta cinta será para mí más preciada que la posesión de cien castillos.

—¡Oh! y yo no os volveré a ver más que en mis sueños... En mis sueños, cuando al despertar hayáis huido. ¿A quién preguntaré luego por vos? Nadie sabrá decirme quién es el ángel de mis sueños.

—Tú lo sabrás, no lo dudes. Llegará un día en que nada habrá oculto para ti. Entre tanto yo velaré por tu felicidad y alguna vez podrás verme, como ahora me estás mirando.

Dicho esto, estrechó mi mano contra su corazón. Ambos nos apeamos del caballo y él llamando a su perro:

D. Pascual Madoz, en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, una de las publicaciones más interesantes que se han hecho en nuestro país, y que contribuirá en gran manera a sus glorias literarias, hablando del referido castillo, se expresa así:

«El primero es el antiguo castillo que se eleva al O., en la cima del alto cerro que hemos mencionado, por entre las ruinas y las murallas de la poderosa ciudad que allí existiera en otro tiempo, cercado todo de fuertes muros y guarnecidos con elevadas y gruesas torres de fábrica de cantería».

—Leal —le dijo—, ven a cumplir con tu obligación.

El mastín se apresuró a tomar las riendas que el caballero le entregaba, mientras este me seguía de lejos hasta verme entrar en casa de mis padres, que tristes y llorosos me aguardaban.

Al llegar, me prodigaron las más tiernas caricias, llevándome entre sus brazos a mi aposento. Allí, después de haber trocado mis vestidos húmedos y fríos por otros enjutos y perfumados, mi madre me hizo entrar en mi lecho, y sentados ella y mi padre alrededor de él, escucharon de mis labios la relación de mi aventura, a la que nada hubiera faltado para ser exacta, si no callara lo que se me había prohibido revelar.



Regla Alonso Miura. *Invierno en la vegetación de la ladera. Molino de la Tapada*
Colección Museo de Alcalá de Guadaira

Capítulo IV

Es ella

OH! Es mi hija. Es ella, gritó el anciano dirigiéndose otra vez precipitadamente hacia el cadáver.

Y yo no pude conocerla... ¡Dios mío!...

Y volviendo a levantar el velo que la ocultaba, la llenaba de besos y humedecía su libido semblante con sus ardientes lágrimas.

¡Qué escena tan tierna y admirable! El alma menos sensible no hubiera podido soportar mucho tiempo sin enternecerse la vista de aquel cuadro tan interesante.

El sacerdote, conmovido por tan extrañas e inesperadas sensaciones, dejó caer de las manos el rollo de pergaminos que leía, y se acercó a la cueva como si no quisiera dar crédito a lo que sus mismo ojos le mostraban.

—¡Es posible, Pablo! —exclamó dirigiendo al anciano una mirada llena de asombro y sobresalto.

—Sí, padre mío, no solo es posible, sino cierto.

—Miradla, miradla. ¡Oh, qué desconocida está! ¡Hija mía, hija mía! Al fin he podido encontrarla... Sus labios están cárdenos... Su semblante, pálido y desfigurado... Sus ojos, profundamente hundidos. ¡Ay, qué terribles habrán sido sus padecimientos! Y en quince años, ella tan cerca de mí y yo la buscaba por todas partes.

Llegad, venerable sacerdote, llegad, bendecidla otra vez. Su padre la perdona y la bendice. Ella será desgraciada pero no culpable. ¡Oh! Leed, leed, decidme por piedad que ella es inocente, inocente, porque ella era un ángel y un ángel no puede pecar.

—Yo he contribuido a su perdición —murmuró por lo bajo el sacerdote.

Se disponía este a proseguir la lectura interrumpida. El anciano estrechaba entre sus brazos el cadáver de su hija desventurada, cuando se vieron aproximar por la ladera del monte algunos grupos de habitantes de la inmediata villa que, observando a lo lejos en aquel lugar solitario la presencia no acostumbrada de aquellos dos personajes, venían movidos por la curiosidad a investigar por sí mismos la causa de ello.

Parecerá extraño que, habiendo habitado por espacio de quince años aquella mujer cerca de una población entonces de importancia, hubieran

permanecido sus moradores con el deseo de desentrañar el misterio que ocultaba aquella mujer desconocida, sin procurar por otros medios conseguirlo; pero si fijamos la atención en las costumbres de la época, la preocupación heredada de los árabes y el fanatismo y respeto que infundía en la generalidad aquella mujer incomprensible, advertiremos a primera vista la causa que retraía a aquellas gentes de seguir sus instintos de curiosidad.

—Llegad —dijo el sacerdote a los que se habían aproximado—; admirad en las obras del Señor su inmensa bondad y su terrible justicia. Por quince años esta mujer, cuyo cadáver estáis mirando, ha permanecido oculta a vuestros ojos entre las sombras del misterio. Hoy, por fin, su alma separada de los lazos del cuerpo ha volado a recibir de las manos de un Dios ya satisfecho la brillante corona de su martirio voluntario. Vedla, ella ha ofrecido al Señor, por expiación de sus faltas, quince años de continuos padecimientos y privaciones. Su anciano y desgraciado padre, que en tan largo tiempo la ha llorado perdida, ha podido darle su bendición en esta hora suprema.

Se miraban con asombro unos a otros, al escuchar las palabras de aquel ministro del Señor, que como un ser sobrenatural era escuchado entre la multitud con las mayores muestras de admiración y respeto.

El anciano Pablo, con los ojos anegados en llanto, corría de uno a otro lado como un demente, diciendo a todos y a cada uno en particular:

—Es mi hija, es mi hija, mi María; la he perdonado. El Señor habrá oído mi voz y la habrá perdonado también.

El sacerdote hizo arrodillar a todos los concurrentes y recitó una ferviente oración por el alma de la pobre María, mientras que los que le rodeaban iban repitiendo las sentidas palabras con que demandaba al cielo el perdón de las faltas que aquella hubiera cometido. Concluida este ferviente súplica, rogó a los que allí estaban se separaran a alguna distancia para continuar la lectura interrumpida, no hubiera alguna cosa a que no pudiera darse entera publicidad.

Ellos obedecieron sumisos la indicación de aquel anciano venerable y, cuando hubieron quedado solos de la manera que anteriormente dejamos expresada, prosiguieron su lectura como veremos más adelante.

Pero antes de seguir dando noticia a nuestros lectores de lo contenido en aquellos documentos, creemos justo darles a conocer quién era el caballero que había acompañado a María en la noche de la tempestad, y que tan misteriosamente le había ocultado su calidad y nombre.

Capítulo V

El señor de Machaniella

A poco más de un cuarto de legua de Alcalá de Guadaíra, se encuentra al S.E. un antiguo castillo, denominado hoy de *Marchenilla* y perteneciente al señor marqués de Gandul.

Este castillo fue, según algunos historiadores, dado en señorío a mosén Arnao de Solier por el rey D. Enrique II después de la muerte de su hermano D. Pedro, sin hacerse mención de otros poseedores más antiguos. Nosotros creemos, con D. Pablo de Espinosa, que D. Rodrigo Álvarez de Lara³, señor de Alcalá, era su poseedor en la época a que nos referimos, en virtud del reparto hecho por San Fernando después de la conquista de Sevilla.

Se encuentra, como hemos dicho, este castillo en la cumbre de un cerro de los muchos que rodean por todas partes a la citada villa. Su posición topográfica es de aquellas que la naturaleza ha adornado con más prodigalidad. Su figura es un pentágono irregular con una torre en cada uno de sus ángulos y una puerta con barbacana al N.E. Una muralla de bastante fortaleza rodeaba su recinto, que comprendería aproximadamente dos mil varas cuadradas. En una de sus torres coronada de almenas estaban grabadas en relieve las armas del señor de la casa, y entre esta torre y otra más pequeña, que a su lado se encuentra, había un pequeño arco con una doble reja, que servía como de entrada oculta. A espaldas de este castillo, y al lado en que se eleva la torre de que acabamos de hablar, se extiende una fértil llanura poblada de innumerables huertas, que ofrecen a la vista del espectador

³ Zúñiga dice, hablando del repartimiento de Sevilla, que «el rey San Fernando o su hijo D. Alonso, heredó en Sevilla a D. Rodrigo Floraz de Cidfuentes y a D. Rodrigo Álvarez de Lara».

En el mismo repartimiento que se halla en el archivo de la ciudad de Sevilla se encuentra: «A D. Rodrigo Álvarez, rico hombre, mayordomo del infante D. Juan, hijo del santo Rey, dio *Foxat*, a que puso su nombre *Tamariz*, término de Alcalá de Guadaíra y cedió en ella seis mil pies, por medida doscientas aranzadas y fue ascendiendo a trescientas aranzadas de sano. Y le dio veinte yugadas para pan, año y vez, en *Notias*, término de Aznalcázar. Y dio la mitad del figueral de *Castrele* con una torre de un cortijo. Y con esto le fue dado por trescientas aranzadas, y la heredad de pan la cambió en término de Alcalá de Guadaíra y en Machaniella».

un panorama delicioso. Más allá el pequeño Guadaíra va deslizándose sus transparentes aguas entre el verde ramaje de su encantada orilla, y a lo lejos se extiende una espaciosa vega, cuyos límites se pierden en lontananza. A la derecha se divisa el antiguo castillo de Alcalá, cuyas torres medio derruidas rodeadas de musgo y de maleza, aún responden a nuestras investigaciones con un eco profundo de sus pasadas glorias. Todo allí es encantador; la atmósfera serena y pura de los fugaces días de primavera, los brillantes rayos de un sol benigno en medio del invierno, la fresca sombra de los acopados árboles en el estío, los suaves vientecillos que murmuran en las tardes de otoño entre los verdes y frondosos pámpanos, las claras fuentes que riegan en su curso estas feraces tierras donde la naturaleza derrama a porfía sus abundantes dones, todo hace de este paisaje encantador una de aquellas mansiones celestiales que, sin verlas, solo puede concebir una brillante fantasía.

Ya era bien entrada la noche, cuando la tempestad, que en el capítulo tercero hemos descrito, había cesado. Hernando Álvarez de Lara, hijo único del señor de Machaniella, que era el que había acompañado a la joven María, luego que la vio entrar en casa de sus padres, volvió donde había dejado su caballo y, tomando las bridas de la boca del perro que lo custodiaba, cabalgó en él y a los pocos momentos se le vio desaparecer por el mismo camino que había traído.

—¡La hija de Pablo el Morisco! —decía entre sí, mirando el lazo que aquella le había entregado—. ¡Qué bella es!, yo no sé por qué causa siento un interés tan vivo por ella. Siendo yo un caballero envidiado por mi linaje de cuantos el rey tiene en su corte, creo que sería capaz de amarla sin mirar que es la pobre hija de un morisco. ¡Creo que sería capaz de amarla! Me engaño, yo la amo ya, y siento en mi corazón el germen de ese cariño que solo ella pudiera haberme hecho sentir. Al contemplar este lazo, única cosa que de ella poseo, experimento una sensación tan grata y tan profunda que me creo con él aún más dichoso que con la posesión de todos mis castillos. ¡De qué valen todos ellos! Mañana, en las vicisitudes de la guerra, podría perderlos, pero el amor de María duraría eternamente. Ella sueña, y sueña con un amor que no comprende. Su corazón le dice ama, y ella, que no sabe lo que es el amor, cree que esos sentimientos son ideas extravagantes cuya expresión la ruboriza. Ella me amaba, tal vez sin conocerme, y era que su corazón estaba dispuesto a amar al primer hombre que le hubiera explicado la causa de ese sentimiento.

Absorto en estas meditaciones iba el caballero cuando dio vista al castillo de Machaniella. Un centinela se paseaba apresuradamente sobre la

muralla que mira al N.O., en cuyo lado está el camino por el cual se dirigía a él nuestro Hernando. Llegaba este a la distancia de un tiro de ballesta cuando, sacando una pequeña bocina, hirió el viento con un sonido agudo y prolongado, contestándosele con otro semejante por el hombre que estaba en la muralla. Al llegar el caballero a las puertas de su castillo, estas, girando sobre sus goznes, se abrieron de par en par, apareciendo en un patio espacioso, que a la entrada había, cuatro hombres de su servidumbre. Uno de ellos, llamado Sancho, tomó el caballo de su señor por las bridas, después de haberse este apeado, y los otros tres le siguieron respetuosamente sin hablar una sola palabra. Se dirigió Hernando por una extensa galería a las habitaciones que le estaban destinadas en el castillo y volviéndose a los criados que hasta la puerta le acompañaban:

—Dejadme solo —les dijo—, nadie entre hasta que yo llame, necesito descansar.

Pedro, que era otro de los que hasta allí habían llegado, se atrevió a replicarle:

—Señor, el perro está muy mojado y se empeña en entrar hasta vuestro aposento. Yo no debo dejarle entrar.

A este tiempo se dejó oír un aullido de Leal y juntamente una imprecación de Pedro que, sin respeto a su señor que presente estaba, exclamó:

—Maldito seas de Dios, renegado, y qué dientes tan afinados tienes. ¡Qué lástima de venablo en una mano certera!

—¿Qué es eso, Pedro? —preguntó Hernando a su enfurecido escudero—. Parece que Leal no se acomoda con tus caricias, ¿eh?

—No es mala, por cierto, la que él me ha hecho —exclamó el escudero re-funfuñando—. No es mala, digo, señor, porque me ha atravesado una mano.

—Déjale entrar, Pedro, déjale entrar que esta noche todo se le puede dispensar —y dicho esto, cerró tras de sí la puerta, introduciéndose en las habitaciones interiores acompañado solamente de su perro.

Dejemos ahora al buen Hernando entregado a sus profundas meditaciones, y veamos de lo que se trata en un salón inmediato, que servía de habitación a D. Rodrigo Álvarez de Lara, padre de nuestro enamorado caballero.



Encarnación Rubio. *Sin título*
Colección Museo de Alcalá de Guadaíra

Capítulo VI

Los conciertos de una boda

EN un ancho sillón recostado se hallaba D. Rodrigo Álvarez de Lara, señor de Alcalá, Gandul y Machaniella. Era este caballero de estatura aventajada, de rostro enjuto y de aspecto noble, marcial e imponente. Sus pequeños ojos algo escondidos por la sombra de sus pobladas cejas, que ya iban encaneciendo, manifestaban una vivacidad extraordinaria y una firmeza de carácter poco común. La habitación que ocupaba era de figura cuadrada, y en cada uno de sus ángulos se hallaba colocada una brillante y completa armadura sobre banquetas forradas de terciopelo. En uno de los testers había una ventana adornada al gusto árabe, y en el opuesto una gran tarjeta con grandes letras de oro que decía: DON RODRIGO ÁLVAREZ DE LARA, SEÑOR DE ALCALÁ, DE GANDUL Y DE MACHANIELLA, FIEL SERVIDOR DEL REY, Y EL PRIMER CABALLERO DE SU NOBLEZA. Completaban el adorno de esta habitación caprichosamente amueblada otros cuatro sillones forrados de cuero y una mesa de piedra sobre la cual se hallaba una gran cruz de marfil, un casco y dos manoplas. De la bóveda, que le servía de techo, pendía una lámpara de metal, única luz que alumbraba aquel aposento.

El vestido que el caballero tenía era todo negro y su cara, algo tostada por los rayos del sol, parecía aún más oscura por la escasa luz que la lámpara proyectaba; solo su blanca cabellera se destacaba de una manera más marcada porque en ella se veían refractar los reflejos de aquella luz opaca, casi de la misma manera que en las lucientes armaduras. Tenía echada la cabeza sobre la mano derecha cuando se incorporó repentinamente y exclamó:

—Lo he ofrecido y lo cumpliré, tiempo es ya; y antes de muchos días, Blanca, la hija de mi desgraciado amigo, será esposa de Hernando Álvarez de Lara.

Se levantó luego precipitado y abriendo la puerta, que hasta entonces había permanecido cerrada, Nuño gritó; y en el momento un hombre pequeño, de miserable y raquílica catadura, apareció como por ensalmo delante de su señor, que le llamaba.

—¿Qué me mandáis, señor? —le dijo en tono humilde y acompañando sus palabras con una exagerada reverencia.

—Trae recado de escribir —le repuso D. Rodrigo con una voz de trueno.

—Señor...

—Si no vas pronto, te hago colgar de la torre como a un renegado.

—Dios me libre —salió diciendo el hombrecillo de las reverencias—, y qué mal humor tiene esta noche. Si no voy presto, por Santiago que es capaz de cumplirme su palabra.

Pocos minutos habrían pasado cuando ya estaba de vuelta con el recado de escribir que su señor le había pedido.

—Siéntate —le dijo este—, y escribe lo que yo te dijere. Entonces, acercándose al oído de su amanuense le dictó algunas palabras de las cuales tendrán noticia nuestros lectores más adelante.

Concluida que fue la carta, se acercó a la mesa D. Rodrigo y, haciendo en aquella la señal de la cruz, la cerró y llamó a uno de sus escuderos, al cual, luego que se hubo presentado, habló de esta manera:

—Al salir el sol ha de estar esta carta en su destino. Elige el caballo que te plazca porque, si no cumples mis órdenes con la prontitud de mi deseo, te haré moler a palos las costillas.

—Serán cumplidas, señor, serán cumplidas conforme a vuestro deseo —dijo sin levantar del suelo los ojos el apremiado Cosme, que así se llamaba el escudero, y despidiéndose respetuosamente del de Lara, salió precipitado a ensillar el caballo más veloz que en las caballerías había.

Despidió D. Rodrigo a su escudero y en seguida dio a Nuño la orden de retirarse, el que lo ejecutó de muy buen talante; y volviendo atrás la cara, temiendo algunas de las insinuaciones nada agradables con que su señor solía de cuando en cuando regalarle. Este volvió a ocupar la posición que antes tenía, y en este estado le dejaremos para ver cómo Cosme aprestaba lo necesario para su partida, mientras sus compañeros se divertían a costa de su mal humor.

—¿Qué es eso, Cosme? —le preguntaba uno examinándole el rostro con curiosidad—. Parece que, en el corto viaje que has hecho al cuarto de las armaduras, te ha picado alguna alimaña, según el mal gesto que traes.

—Te picara una en la lengua —le contestaba Cosme—, que no volvieras a andar con tus bachillerías.

—Mira —le decía otro—, y que amostazado y mohíno viene el tal señor, que no parece sino que le han zurrado bien el cuero.

—No te le zurrara yo mal —le repuso Cosme, mirándole de hito en hito y cruzándose de brazos—, que así tenéis de suelta la lengua como de atadas las manos cuando llegan las ocasiones.

—Miren, el mata-siete —gritaron todos a una vez riendo y desviándose poco a poco del mal humorado Cosme.

—Por el santo de mi nombre —gritó este—, que os habéis de acordar de mí, perros, y quiera Dios que el señor os mande ahorcar para que sirváis en las almenas de espantapájaros, ya que no podéis servir de otra cosa —y llegando a la cuadra, ensilló el caballo en que más confianza tenía.

—¿A dónde vas? —le decían de nuevo sus compañeros viéndole aparejado a marchar con tanta presteza; pero él, sin cuidarse de sus impertinentes bufonadas:

—A los infiernos, que Satanás os lleve —les contestó; y picando recio, salió como un exhalación por la puerta principal del castillo.

Dejémosle correr a todo escape, y mientras que se aleja precipitado de él a cumplir las órdenes terminantes de su amo, volvamos al sitio donde hemos dejado al desgraciado Pablo y su venerable compañero, y escuchemos cómo continúan su lectura, que tiempo tenderemos de ocuparnos del señor de Machaniella, de las órdenes dadas a su escudero Cosme y del contenido de la carta que no a muchas leguas de distancia conducía.



Molino de la Tapada

Capítulo VII

Continuación de la historia de María

AQUELLA noche la pasé en un completo sobresalto y cien imágenes, ya tristes ya halagüeñas, venían a sofocar mi fantasía. En vano quería yo explicarme aquella agitación. Yo sentía abrasarse mi frente, mi pecho estaba oprimido como por una mano de hierro, y era que la crueldad de mi destino se presentaba a mi imaginación a través de las más risueñas esperanzas. La imagen del caballero que me había acompañado no se separaba de mí un instante, su voz dulcísima resonaba en mi oído y sus tiernas palabras herían de muerte mi corazón.

Dormí algunos momentos y las halagüeñas visiones que despierta me enajenaban, tomaban en el sueño mayor incremento y una nueva vida.

Yo vi a mi Hernando sentado con tierna solicitud junto a mi lecho, jugando con sus manos mis cabellos mojados en la pasada noche. Su mirada fascinadora hacía palpar mi corazón y, con sus dulces halagos, yo, pobre inocente, enloquecía de placer.

Entonces conocí cuánto le amaba y lo imposible que me sería vivir en adelante sin el amor del ángel de mis sueños.

Mis labios secos por mi abrasada respiración se posaban maquinalmente en la medalla que él había echado a mi cuello, y un eco dulcísimo repetía dentro de mi corazón: María, María, yo te adoro.

Al encanto mágico de este acento embelesador, mi alma respondía con un tierno suspiro, y despertando precipitadamente tendía mis amorosos brazos hacia la dulce sombra que mi sueño me presentaba. ¡Horrible despertar! ¡Oh, aquel sueño debió durar toda mi vida!

Al siguiente día, la palidez de mi rostro, la alteración de mis facciones, hacían comprender perfectamente la mutación repentina que se había obrado en mi alma.

Mis padres amorosos me preguntaban la causa de mi abatimiento y mi única respuesta era un silencio profundo.

Así pasaron algunos días, en que hastiada de cuanto me rodeaba, buscaba tenazmente la soledad; pero ella no me prestaba todo el consuelo necesario a mi corazón.

Mi madre lloraba y yo lloraba también, y le ocultaba la causa de mi llanto. ¿Por qué lloras, hija mía?, me preguntaba tiernamente. No lo sé, le

contestaba yo, arrojándome entre sus brazos y estrechándola contra mi pecho. ¡No lo sé!... ¡Pobre madre mía! Si tú hubieras podido creer que tu hija te engañaba, la hubieras separado de ti como indigna de recibir tus caricias. Tu hija te engañaba, te engañaba, sí, porque aquel hombre misterioso me había prohibido hablar de la escena que motivaba todos mis pesares. Me lo había prohibido y yo no era capaz de hacer una traición al hombre que adoraba. Sus palabras eran para mí como el mandato de un Dios que no me atrevía a desobedecer. Y por ello callaba, y por eso a tus preguntas respondía con el llanto de mis ojos, y por eso te he dado, ¡madre mía!, tantas horas de pena y de amargura.

Seis días habían transcurrido y en ellos el ángel de mis sueños no venía; y entre tanto mis tristes ojos no se secaban. A la sexta noche, ya estaba yo acostada en mi lecho; los padecimientos de los anteriores días cada vez más me iban extenuando.

La continua ansiedad que experimentaba había producido en mí el efecto que hubiera hecho un trabajo corporal, y caí rendida y me dormí profundamente.

Ya había algunas horas que disfrutaba de un sueño, no más tranquilo pero sí más profundo que las otras noches que habían precedido. Entre mis sueños me pareció escuchar los acordes acentos de una música melodiosa. Desperté sobresaltada y ¡cuál sería mi admiración! al percibir al pie de mi ventana una voz que no me era desconocida, que con una dulzura y una expresión sobrenatural, moduló al compás de una armoniosa cítara la siguiente canción que quedó grabada eternamente en mi memoria.

CANCIÓN

Ábreme rosa temprana
la ventana,
y oye mi tierna canción;
y este suspiro, amor mío,
que te envío,
recoja tu corazón.

Ven, el ángel de tus sueños,
dulce dueño,
su amor te viene a cantar;
ven y escucha el dulce canto,
que tu encanto
al alma supo inspirar.

Despierta, bella María;
alma mía,
deja el sueño embriagador,
y oye el canto enamorado,
que extasiado
te entona tu trovador.

Ven, la luna refulgente
en tu frente
sus rayos reflejará;
y a mi acento conmovido,
en tu oído
el viento suspirará.

Mira la llama violenta,
que alimenta
mi abrasado corazón.
Los acentos de mi lira,
que suspira,
sus ecos de mi pasión.

Yo te vi, paloma mía,
y ese día
empezó el alma a vivir;
y al recordar ese instante,
anhelante,
siento el corazón latir.

No marchitó tu belleza
la rudeza
de la horrible tempestad.
Antes tus gracias brillaron,
y ostentaron
más sublime tu beldad.

La tormenta que importuna
de la luna
el resplandor ocultó,
al horizonte impelida,
de mi vida
el astro se presentó.

Yo te vi, paloma mía,
y ese día
empezó el alma a vivir;
y al recordar ese instante,
anhelante,
siento el corazón latir.

Ni la brisa que murmura
es más pura
que tu aliento abrasador,
ni al sol que brilla en Oriente
de tu frente
tiene envidia el resplandor.

Son tus ojos hechiceros
dos luceros
que mi vida alumbrarán,
y tus labios carmesíes
dos rubíes
que iguales no se hallarán.

Cae tu negro cabello
de tu cuello
de alabastro en rededor,
y entre las trenzas brillantes
y ondeantes
lascivo juega el amor.

Tu blanco pecho de nieve
no se atreve
hoy mi labio a descifrar,
que el templo, donde amor reposa,
niña hermosa,
solo se debe admirar.

Ábreme, rosa temprana,
la ventana,
y oye ni tierna canción;
y este suspiro, amor mío,
que te envío,
recoja tu corazón.

Mi pecho había estado comprimido mientras durara el canto. Aquellos sonidos melodiosos me había enajenado de tal manera que creí hallarme en un encantado paraíso. Todas las ilusiones más seductoras, todas las ideas de una felicidad sin límites pasaban por mi imaginación simultáneamente y mi cabeza se perdía en una embriaguez dulcísima.

No pudiendo sufrir más una agitación tan vehemente, me arrojé frenética a la ventana gritando: ¡Ángel mío, ángel mío! ¡Oh, es él! ¡El ángel de mis sueños!

Entonces aquel hombre, que me había fascinado, me recibió con una sonrisa celestial que acabó de enloquecerme. Recliné mi abrasada frente sobre los hierros de la ventana y, sin atreverme a separar mis ojos de los suyos, contemplé sin desplegar los labios aquel hombre misterioso a quien mi alma comenzaba a rendir un culto de idolatría.

Así permanecemos algunos momentos, al cabo de los cuales Hernando exhaló un suspiro y después me habló de esta manera:

—Ya ves, María, cómo el ángel de tus sueños ha venido a cumplirte su palabra.

—Sí —le repuse yo—, pero ha dejado pasar seis días. ¡Oh! uno más... y ya no me hubiera encontrado.

—¡Qué dices, María, qué dices!

—¡He sufrido tanto!

—Y ese sufrimiento yo he podido causarlo... No me lo perdonaré jamás.

—¡Oh! Sí, vos debéis perdonaros porque no tenéis culpa ninguna. Yo sola debo echarme en cara el haber esperado tanto tiempo lo que hasta ahora no había de suceder.

—¿No esperabas que yo viniera?

—Sí por cierto, lo esperaba porque vos no sois capaz de engañarme.

—María, yo te amo como a mi corazón. Tú eres un ángel de virtud y pureza, y engañarte sería el mayor de todos los crímenes.

—¡Seis días! —exclamé yo bajando los ojos, y empecé a llorar.

—¡Ah, no llores, no llores por piedad! —me decía Hernando—; cada lágrima tuya es un dardo punzante que me atraviesa el corazón.

—¡Seis días!... —continué sin atreverme a levantar los ojos—, y luego pasarán otros muchos y yo no os veré... y luego... ¿sabéis quién yo soy? —le pregunté con más serenidad de la que de mí misma esperaba.

—Sí, María, lo sé; tu padre es Pablo el Morisco.

—Y sabiéndolo...

—Sabiéndolo, te amo más.

—¿Cómo la pobre hija de un morisco a quien todos desprecian ha podido inspiraros ese cariño?

—Las joyas más preciosas de una mujer son el candor y la virtud; si a estas va unida la hermosura, entonces la mujer es un ángel de adoración; y tú, María, eres la mujer más adorable del mundo. Y además de eso, ¿sabes tú quién soy yo?

—Vuestro traje me dice que no es vuestra calidad igual a la mía.

—Pero es igual al tuyo mi corazón.

—Pues bien, prometedme que volveréis a verme con más frecuencia.

—Yo te prometo que ni una sola noche dejaré de verte. ¿Me amas mucho?

—¡Ah! Sí, mucho, tanto que si no os viera moriría de dolor.

Mucho más hubiera durado nuestra entrevista si la aurora no nos anunciara el venidero día, pero ya los pajarillos saludaban con su canto los próximos albores de la mañana y era preciso separarnos. Hernando se despidió de mí imprimiendo un beso ardiente en una de mis manos, que yo le había abandonado. Yo le seguí con los ojos hasta perderle de vista y con el corazón hasta la noche siguiente, en que debía volver al pie de mi ventana.

Capítulo VIII

El señor de la Membrilla

RETROCEDAMOS algunos años más y veremos cuál era la promesa que D. Rodrigo Álvarez de Lara había contraído para casar a su hijo, y luego seguiremos a Cosme, cuya misión, o por mejor decir el contenido de la carta que conducía, no se habrá escapado a la perspicacia de nuestros lectores. No faltará quien desee saber cuál era la prometida esposa de Hernando, cuyo corazón vemos ya interesado en los amores con la pobre hija de Pablo el Morisco, por lo cual, y para conducir la acción con más rapidez a escenas más interesantes, haremos conocer en este y el próximo capítulo cuanto tiene relación con la pactada boda.

En una de las muchas correrías que los caballeros de Castilla hicieron contra los moros en las marismas de Lebrija, por los años de 1247, salían una mañana D. Rodrigo Álvarez de Lara y D. Gutierre Suárez, ambos ricos hombres y ambos de la flor de la nobleza española, y no se esa nobleza que hoy, con mengua de nuestros ilustres guerreros de aquellos tiempos solo se hace consistir en la conservación de unos añejos pergaminos, sino de aquella verdaderamente ilustre, conquistada con la punta de la lanza en los campos del honor, donde el terreno se disputaba palmo a palmo y no se adquiría con tanta facilidad como hoy el renombre de *héroe*⁴. Salían, como digo, estos dos caballeros,

⁴ Dos consideraciones nacen de aquí necesariamente. Una sobre la importancia de la nobleza hereditaria, y la otra sobre la prodigalidad en la distribución de los honores.

Que la nobleza hereditaria ha sido una de las instituciones que más han perjudicado a la sociedad, que ha sido la fuente de males continuos física y moralmente considerados, se demuestra muy fácilmente.

En primer lugar, lejos de ser un estímulo honroso y un móvil de grandes acciones, ha enervado, por el contrario, las facultades de muchos hombres, convirtiéndolos en pigmeos cuando en otro caso hubieran sido gigantes.

Un hombre nacido de elevada clase, y considerado en la sociedad según los méritos de sus mayores, difícilmente se cuida de hacerse acreedor a ellos, toda vez que sabe que aquellos timbres no pueden serle arrebatados. ¿Cuántos hombres malvados se han visto llevar un honroso título? Y si este es el premio debido al mérito verdadero, ¿por qué confundir al que no es digno de llevarlo con los que por sus obras se han hecho acreedores a esta distinción?

El mal físico por fortuna ya casi ha desaparecido merced a las leyes de desvinculación, pero aún resta mucho que hacer en eso.

Que los honores y condecoraciones deben ser distribuidos con gran tino y mesura, nadie puede dudarlo. Y si las acciones verdaderamente heroicas son premiadas con una distinguido

los dos solos, mano a mano, montados en soberbios caballos cordobeses que, ufanos al parecer con los jinetes que los cabalgaban, hacían alarde de sus ligeros y graciosos movimientos, y como que participaban del belicoso espíritu que a sus señores animaba. Ambos caballeros eran jóvenes y como amigos inseparables habían peleado siempre juntos por la causa de la religión y de su patria.

El sol, que sin el más leve celaje se asomaba en Oriente, reflejaba sus luccientes rayos en las brillantes y dobles armaduras de que estos dos personajes iban cubiertos. Empuñaban sus manos dos robustas y afiladas lanzas y llevaban pendientes de la cintura dos espadas cortantes, cuyo acero probado en cien batallas como que había cobrado mayor fortaleza con la sangre enemiga de que tantas veces se había teñido.

Así iban caminando por aquella extensa llanura, cuando divisaron a lo lejos un grupo hacia el cual giraron sus caballos, y reconocieron al acercarse que eran cuatro moros que, como ellos, habían salido en busca de aventuras. No bien se hubieron aproximado a una distancia desde la cual fácilmente pudieran distinguirse, cuando D. Rodrigo dijo, mirando a su compañero:

—Pardiez, amigo mío, que ya tenemos hecha la mañana.

—Y muy bien hecha —contestó D. Gutierre—, que no hemos de estar ociosos.

—No vienen más que dos para cada uno, y yo, por Santiago, que he de hacer ver a esos perros que no al campo de cristianos puede salir un moro impunemente.

Y dicho esto, como los moros se acercasen, se bajaron las celadas y se apercibieron a la pelea. No menos contentos y satisfechos venían los moros conociendo la ventaja que sobre los caballeros tenían; y así, luego que vieron las muestras que la pareja había dado de aprestarse al combate, lo hicieron ellos de la misma manera y a los pocos momentos vinieron a las manos. A la voz de Santiago, acometen los dos bravos campeones a sus cuatro adversarios que, ganosos también de la gloria que darles pudiera el vencimiento, demostraban en cada golpe que no eran noveles en el arte de la guerra.

título, y este mismo se prodiga sin otros méritos que el favor de quien puede dispensarlos, ¿de qué valen entonces? Solo de inutilizar los esfuerzos de la noble ambición y de matar el entusiasmo por las acciones grandes.

Desgraciadamente en nuestro país se distribuyen a manos llenas. ¡Cuál se habrá dado con justicia!

Mucho más pudiéramos decir sobre esta materia, pero ocupándonos de ella en la actualidad, en una obra de más consideración, expondremos allí estas ideas más detenidamente y con mayor copia de razones, que las que hemos podido aducir en el estrecho límite de esta nota.

Cerró D. Gutierre con el moro más bravo que entre los cuatro venía y, entre tanto, dirigiéndose los tres restantes a D. Rodrigo, cercándole de tal manera que toda su gran destreza apenas le bastaba a defenderse. Entre tanto, más feliz D. Gutierre, pudo arrojar al suelo de un bote de lanza a su encarnizado enemigo que, bañado en la sangre vertida de una herida ancha y profunda, cayó maldiciendo su fortuna y blasfemando de su profeta Mahoma, a quien en vano había invocado. Desembarazado ya D. Gutierre del sarraceno, a quien dejaba tendido en tierra, exhalando el último suspiro entre horribles imprecaciones, se dirigió hacia donde su compañero estaba, que bien había menester de su auxilio, pues de no haber llegado tan pronto a su socorro le hubiera cabido la misma suerte que el moro había experimentado. Cercado por aquellos tres infatigables guerreros, no menos amaestrados que él en el ejercicio de las armas, había sufrido un tan fuerte mandoble en la cabeza que, abollado el casco y sin ser poderoso a resistirlo, se le cayó la lanza de la mano, sin quedarle fuerzas para empuñar la espada. Viéndole en este estado, le acometieron de tal manera que, a no haber llegado su compañero con tanta presteza, hubiera sucumbido bajo los alfanjes de sus enemigos.

Al verle D. Gutierre en tanto apuro, enristró la lanza y con la bravura de un león enfurecido y la ligereza de un tigre, se llevó por delante a uno de los tres moros que cercaban a D. Rodrigo. Repuesto este un poco del golpe que recibiera, hizo un terrible esfuerzo y, sin cuidarse de una herida que en el muslo había recibido y que no era la que menos le fatigaba, puso mano a la espada repartiendo tan acertados golpes, que a pocos de ellos otro de los mahometanos quedó fuera de combate, y el que quedaba huyó precipitado temiendo la suerte de sus tres compañeros.

—Un abrazo, venid —dijo D. Rodrigo a Suárez—. Hoy os he debido la vida y este combate, en que he hallado una nueva prueba de vuestra amistad y vuestra bravura, será un vínculo más que nos unirá para siempre.

—Un abrazo —contestó D. Gutierre con toda la efusión de su alma. Y los dos caballeros se abrazaron y se juraron de nuevo una amistad eterna.

Vendadas después las heridas de D. Rodrigo, se retiraron estos del campo ofreciéndose mutuamente no separarse más el uno del otro hasta que la muerte los separara.

Y efectivamente, algunos años después se celebraron dos bodas en un día y dos señoras principales de la corte del rey Alfonso se desposaron, una con D. Rodrigo Álvarez de Lara, señor de Alcalá, Gandul y Machaniella, y la otra con D. Gutierre Suárez, señor de Osuna y la *Membrilla*.

Ocurrió después, transcurrido algún tiempo, la muerte de D. Gutierre Suárez que, habiendo caído en desgracia del Rey, se hallaba privado de casi todas sus riquezas y honores.

En aquella última hora, su inseparable amigo Rodrigo Álvarez de Lara se hallaba sentado junto al lecho de muerte.

—Tengo una hija —dijo Suárez al de Lara tomándole una mano—. Tú tienes un hijo, único e ilustre vástago de tu familia. Blanca queda sola, huérfana y desvalida, y desde ahora verá en ti un segundo padre.

D. Rodrigo, entonces, estrechando tiernamente la mano de su amigo:

—Confía en mí —le dijo—, yo velaré por su felicidad, y el tierno cariño que siempre ha unido a los padres se verá renovar en los hijos. Yo te hago solemne promesa de que Blanca algún día será esposa de Hernando Álvarez de Lara.

He aquí la promesa que debía cumplirse y que el Sr. de Machaniella trataba de llevar a cabo, cuando en el cuarto de las armaduras entregó a Cosme la carta, cuyo contenido y dirección veremos en el próximo capítulo.

Capítulo IX

Blanca

SE hallan a unas tres leguas E. de Alcalá de Guadaíra en medio de una espaciosa vega y a la orilla del río tantas veces mencionado, los vestigios de unas ruinas que, como en otras muchas partes, han venido a este estado más por la mano destructora del hombre que por la acción gastadora del tiempo⁵.

En la época a que nos referimos había en este lugar una población pequeña llamada la Membrilla, con una fortaleza pequeña también y correspondiente a la importancia de aquel pueblo⁶.

En esta fortaleza, que la constituían tres torres en forma de triángulo unidas por una muralla de mediano espesor y algunas tierras de pan, sembrar era el único patrimonio que las intrigas palaciegas y la envidia del ambicioso cortesano habían dejado a los descendientes de D. Gutierre Suárez, cuya sangre vertida en cien combates había contribuido en gran manera a la conquista de bastos territorios, cuya posesión habían obtenido los que menos para alcanzarla habían trabajado.

Pero dejando aparte estas amargas reflexiones, propias más que del presente de otro lugar, entremos en el castillo de la Membrilla, donde Blanca, la hija del desgraciado amigo del de Lara, yacía casi en el olvido en compañía de su anciana madre.

Era esta una señora como de sesenta años de edad, su cabello estaba totalmente blanco, para lo cual habían contribuido, acaso más que sus mismos años, sus muchas y considerables desgracias.

Desde la muerte de su esposo se había dedicado exclusivamente al cuidado de su pequeña hija, sin recibir más visitas que las que algunas veces les hacían el Sr. de Machaniella y su hijo Hernando.

⁵ El sistema de población adoptado en España no ha podido ser más perjudicial para su prosperidad y aumento. Durante la dominación de los árabes existían en Andalucía más de doscientas poblaciones sobre las que hoy existen. El sistema monacal, los restos del feudalismo y la impericia y ambición de los gobernantes, casi la han convertido en un desierto; y en vez de reedificar sobre las ruinas, se han mandado desmoronar para no dejar ni aun ese resto de esperanza.

La torre de la Membrilla existió hasta el año 1820, en que un jefe político la mandó destruir, porque en ella se albergaban los malhechores. ¡Qué modo de extinguirlos!

⁶ Llegó a contar en su apogeo más de trescientas casas.

El cuerpo de esta mujer denotaba, a pesar de estar algo encorvado, que algún día no habría carecido de esbeltez y soltura. Sus facciones, ya bastante alteradas, conservaban aún cierta dignidad majestuosa, y su mirada fija, penetrante y escrutadora manifestaba las muchas vicisitudes que en la vida había experimentado.

Su hija, por el contrario, de una estatura menos que mediana, de cara redonda, color fresco y sonrosado y mirada dulce, aunque algo vaga y distraída, de cabello rubio y graciosas formas, aunque no muy esbeltas; si bien no tenía ese aire de gravedad majestuosa que en Doña Leonor se notaba, no carecía de ciertos encantos, que la hubieran hecho amable a vista de cualquier otro joven cuyo corazón no estuviera ya interesado en otro cariño, como lo estaba el de Hernando Álvarez de Lara, su prometido esposo.

Estas señoras habitaban la torre principal de la fortaleza, y dos criadas, única servidumbre que les quedara, ocupaban una de las dos torres pequeñas, quedando reservada la otra para los instrumentos indispensables al laboreo de sus reducidas tierras.

En los muebles que decoraban la habitación de las señoras, se notaba una modesta sencillez que bien se acomodaba a su desgracia.

Al ruido de cien vasallos, al movimiento y vida que en épocas más felices daban a aquel recinto los hombres de armas prontos a la voz de D. Gutierre, había sucedido un silencio profundo y una quietud tan solemne, que se asemejaba mucho al de la soledad de un árido desierto.

Aún no había el sol salido, la aurora iba disipando las profundas sombras de la noche, y el campo, en cuya verde alfombra se veían derramadas las gotas de agua que había dejado la lluvia, las presentaba ya como relucientes perlas, ya como preciosos rubíes heridos por la purpúrea luz de la mañana.

A esta hora dos fuertes golpes hicieron resonar las cerradas puertas del castillo de la Membrilla.

—¿Quién va? —gritó desde dentro uno de los criados encaminándose a abrirlas. Y asomándose por una pequeña reja que en el lado había, reconoció a Cosme, que era el que a la puerta había llegado.

—Bien venido, buen Cosme —dijo al escudero abriendo de par en par las puertas del castillo.

—Bien hallado —contestó Cosme al criado que le saludaba.

—¿Cómo tan de mañana por aquí?

—Traigo una carta de mi amo para tu señora.

—Justamente acaban de levantarse. Tenían proyectado un paseo al campo y han elegido esta mañana para salir.

—Pues bien, díles que soy portador de una carta de mi señor, y que traigo orden expresa de entregarla en sus manos.

Mientras Cosme se apeaba de su caballo, el fiel criado de D^a Leonor, que así se llamaba la madre de Blanca, se dirigió a dar el aviso a estas señoras, las que al punto mandaron entrar al escudero, que habiéndolo verificado las saludó respetuosamente hablándoles de esta manera:

—Aquí tenéis, señoras, una carta que para entregaros me ha confiado anoche mi señor. Apenas el sol ha asomado, y cumpliendo sus expresas órdenes, a esta hora debe hallarse en vuestro poder. Ahí os la entrego; ved si algo tenéis que mandarme, pues me es preciso estar de vuelta en el castillo de Manchaniella antes del mediodía.

Con gran agasajo recibieron las señoras a Cosme, y después de haber tomado la carta de que este era portador, le mandaron retirarse a descansar mientras se ocupaban de su lectura.

La carta estaba concebida en estos términos:

«Señora, ya hace quince años que vuestro esposo y mi mejor amigo dejó de existir. Para perpetuar el recíproco amor de nuestras familias le ofrecí con promesa solemne en sus últimos momentos, que mi hijo, Hernando Álvarez de Lara, se uniría en matrimonio con D^a Blanca, vuestra hija, cuyo protector me nombraba.

No he querido que Hernando diera su mano a la noble hija de un valiente hasta que hubiera sabido en las batallas lo mucho que cuesta alcanzar este nombre.

Hoy lo considero digno de aspirar a ese enlace, porque ya ha dado pruebas repetidas de que por sus venas corre la ilustre sangre de los ricos hombres de Castilla.

Si vos, señora, y vuestra hija, tenéis en algo esta promesa, hecha y aceptada en los últimos momentos de vuestro esposo, ved de fijar el día en que queréis se verifique unión tan deseada.

Yo, por mi parte, haré preparar grandes fiestas y regocijos en todos mis señoríos, y mis vasallos recibirán a vuestra hija con el respeto y cariño que merece por sus virtudes la que más tarde será su protectora».

Castillo de Machaniella, día seis del mes de octubre año de Cristo mil doscientos setenta y uno.

Rodrigo Álvarez de Lara.

Lágrimas de placer brotaron a los ojos de D^a Leonor al leer aquellas líneas en que veía colmarse la ventura de su adorada Blanca.

—Hija mía —le dijo—, he aquí que el señor que nunca desampara a los buenos, ha velado por tu felicidad. Mañana, cuando mis ojos se cierran a la luz del día, yo moriré contenta. Hernando será tan buen esposo como hijo, y Dios bendecirá vuestra unión colmándoos de ventura.

El rubor impidió a Blanca demostrar su extremada alegría, contentándose solo con manifestar que sería de su agrado. Y decimos que reprimió su alegría porque, habiendo visto diferentes veces la gallarda presencia de su prometido esposo y habiendo llegado a su noticia la fama de su valor y sus hazañas, había encontrado este motivo más para amarle.

Contestaron luego a D. Rodrigo con mil muestras de gratitud y aprecio, dejando a su elección el plazo que debía fijarse para la boda.

Cosme, portador de esta nueva, se despidió respetuosamente de D^a Leonor y D^a Blanca, y antes del mediodía ya había llegado al castillo de Manchaniella.

Capítulo X

Un confidente

A PENAS hubo D. Rodrigo recibido la noticia relativa al matrimonio de su hijo, mandó empezar los preparativos de la boda, sin dar a este noticia alguna de su decisión hasta haber pasado algunos días, y cuando ya estaban bien adelantados. En este tiempo ya Hernando había visto en diferentes noches a María y, como era de esperar, su cariño hacia ella se había hecho demasiado vehemente para retroceder con facilidad.

Se hallaba un día Hernando en su aposento embebido en sus agradables pensamientos y dulcísimas ilusiones que la ansiada posesión de María le traía constantemente a la memoria. Su fiel Leal estaba de pie junto a su señor, que sentado junto a una ventana contemplaba a lo lejos las altas torres del castillo de Alcalá de Guadaíra. El perro tenía reclinada su cabeza sobre un muslo de su amo, el cual, pasándole la mano por ella diferentes veces, lo acariciaba recordando el feliz encuentro de la noche de la tempestad.

Así se entretenía el joven caballero con la grata memoria de sus amores, cuando Nuño, de quien ya hemos hablado anteriormente, vino a avisarle que su padre lo aguardaba en el cuarto de las armaduras.

Se dirigió Hernando al aposento en que su padre lo esperaba, y encontró a este, que con semblante más risueño que de costumbre se paseaba lentamente.

—Buenos días, padre mío, he recibido la orden de presentarme a vos y aquí me tenéis a vuestro servicio —dijo Hernando tomando y besando respetuosamente la mano de su padre.

—Buenos días, hijo mío —contestó D. Rodrigo a Hernando colocándole la mano derecha sobre el hombro y dándole un par de golpecitos.

—Buen humor tiene hoy mi padre —dijo Hernando para sí viendo a D. Rodrigo tan cariñoso.

—Has cumplido ya veinte años —dijo el de Lara a su hijo, volviendo a cobrar su aspecto de imponente seriedad—. Eras aún muy joven cuando tu padre hizo una promesa a la cual le toca dar cumplimiento.

—Sabéis bien, padre mío —contestó Hernando—, que ha sido para mí una ley la más leve insinuación de vuestra parte.

—¡Bravo! —exclamó D. Rodrigo con cierto aire de satisfacción—. El que es buen español y buen soldado no podía dejar de ser buen hijo —y ocupando su ancho sillón de terciopelo, hizo sentar a su hijo cerca de él y luego continuó:

—Mi avanzada edad apenas me permite ocuparme de los asuntos de mis señoríos. La guerra no tiene ya para mí los encantos de otros tiempos, porque el vigor de mi brazo se halla casi extinguido por los años. Los servicios que a mi religión y a mi rey pudiera prestar en adelante con las armas, serían de tan poco valor que no merecerían la pena de enumerarlos. Conozco que ya la tierra, de que el señor se sirvió formarme, me vuelve a llamar a su centro, porque ya he cumplido mi destino en el mundo. Ahora tú, por el contrario, empiezas la gloriosa carrera cuyos términos va ya tocando tu anciano padre. La has principiado bien, vive Dios, que de otra manera yo nunca te hubiera llamado mi hijo. Cuando tu padre baje a la tumba, llevará la gloria de no haber menguado el lustre que sus antepasados le transmitieron. Deber es tuyo conservarlo, y si fuere posible con aumento. Y no es solo este el deber que te toca cumplir. Tú eres el único vástago, que quedará a mi muerte, de los Álvarez de Lara, y este nombre que tantos días de gloria ha dado a Castilla, tú estás encargado de transmitirlo a la posteridad.

Yo tuve un amigo, fiel compañero de mis fatigas en las sangrientas lides, y cuyos méritos no fueron recompensados como sus gloriosos hechos reclamaban. Murió infeliz, casi olvidado de todos, sin quedarle otro recuerdo de sus hazañas que sus muchas y honrosas cicatrices. Hace quince años que en su última hora, tomando una de mis manos entre las suyas, me confió el cuidado de su pequeña hija. Yo le ofrecí solemnemente que velaría por su felicidad y que algún día tú la conducirías al altar. Tiempo es ya, hijo mío, de cumplir esta promesa sagrada, y de que, uniendo tu suerte a la de Blanca, esa infeliz y virtuosa huérfana, descargues a tu padre del grave peso que le proporciona el cuidado de los señoríos que mañana han de pertenecerte.

A tu elección queda el plazo que debe fijarse para llevar a cabo el matrimonio. Esta es la voluntad de tu padre, la cual no dudo que cumplirás como un hijo obediente, siendo al mismo tiempo de tu agrado.

Sorprendido quedó Hernando al escuchar la inesperada propuesta de su padre. Pero el gran respeto que a este profesaba, no le permitió hacer la más leve indicación de disgusto. Así que, bajando los ojos y tratando de disimular su sorpresa, solo dio por contestación:

—Padre mío, vos lo habéis dispuesto. Yo no podré contravenir a vuestros deseos, pero necesito algún tiempo para decidirme a realizarlos.

D. Rodrigo despidió luego a su hijo con las mayores muestras de cariño y este, volviendo a besar la mano de su padre, se retiró pensativo a su aposento.

Figuraos cuál sería la agitación de Hernando, obligado por su padre a contraer un enlace que rechazaba su corazón. Prestado ya tácitamente su

consentimiento, solo faltaba la decisión del plazo, decisión que él debía determinar. Por una parte el cariño que a su padre profesaba, por otra el respetuoso temor de desobedecerle y, lo que es más, el tierno y decidido amor que ya profesaba a María, ponían a su alma en una cruel tortura imposible de expresar.

Apenas hubo entrado en su aposento, volvió a ocupar el mismo sitio que antes tenía y volvió a mirar con más avidez los lugares que tan grato recuerdo le presentaban. Reclinada la cabeza en una de sus manos, tendía su vista por el camino en que algunas noches antes había encontrado lo que el llamaba el principio de su felicidad. Desde allí se divisaba la higuera silvestre entre cuyas ramas sufría los horrores de una tempestad violenta una tierna niña, cuyos graciosos encantos habían hecho en su corazón una sensación tan profunda.

Más lejos, entre los altos muros de Alcalá, se confundía el modesto techo de la casa de Pablo el Morisco, bajo el cual en el sencillo pecho de una inocente virgen latía un corazón ardiente arrullado por las imágenes dulcísimas de su primer amor. Allí había unos ojos que en su dulce languidez manifestaban el sentimiento purísimo de un amor celestial, creado y alimentado en un alma sublime, nacida expresamente para amar.

Allí, a los acordes acentos de su cítara, modulados al pie de una ventana, una mujer encantadora había escuchado los ecos del corazón, apareciendo a sus ojos como una visión celestial.

Hernando amaba ya, y amaba de tal manera que cualquier obstáculo opuesto a su cariño era un nuevo combustible en la hoguera que dentro de su pecho alimentaba.

No era posible retroceder, pero faltaba a Hernando cierta energía de voluntad, que no nos será dado desconocer si atendemos a la posición que ocupaba respecto a su padre y a la clase a que desgraciadamente pertenecía la mujer a quien había consagrado sus amores, que aunque él, de un alma más elevada que la mayor parte de los hombres en aquella época, comprendiera bien que solo en el corazón y en las virtudes es donde puede hallarse la verdadera nobleza, no podía menos de conformarse y tributar, digámoslo así, cierta veneración a las creencias exageradas y fanáticas admitidas y sancionadas ya por la generalidad.

Bien hubiera querido evadirse de una promesa en que no tenía más parte que la que mal de su agrado le había hecho tomar; pero había un padre que lo exigía, un padre cuyo carácter de hierro no era posible doblegar. Necesario era un sacrificio, pero este sacrificio era cruel, y a que muy gustoso se

hubiera ofrecido siendo él solo la víctima. Mas no era solo él, había una mujer joven, pura y sensible, de cuyo corazón era necesario arrancar una a una mil gratas ilusiones, que cada una de ellas sería bastante por sí sola para llevarse unida su existencia. Él, por su parte, también acariciaba los gratos pensamientos que formaban su dicha en el porvenir. Necesario era renunciar a una ventura contemplada a lo lejos entre las vagas sombras de un porvenir dichoso. Necesario era dar un eterno adiós a tantas y tan risueñas esperanzas alimentadas en silencio y nacidas espontáneamente en el corazón.

En esta lucha terrible, Hernando no podía tomar una pronta y decidida determinación, y el tiempo corría velozmente, y el término fatal debía fijarse.

Apoyaba el abatido joven la abrasada frente entre sus dos manos y allí, con ojos fijos y penetrantes, contemplaba el lazo de su adorable María.

Su corazón franco, noble y sencillo no le daba lugar a valerse de una estrategia necesaria en el caso en que se encontraba, para librarse o detener al menos su enlace con Blanca, y realizarlo con María, que era su ensueño de felicidad.

No pudiendo, como digo, crear en su imaginación una intriga que pudiera conducirle a su deseo, se decidió a hacer su confidente a Nuño, el hombre raquítico y miserable de quien ya hemos hablado anteriormente.

Suele decirse generalmente que es el rostro el espejo del alma; y aquí resaltaba esta verdad proverbial de una manera poco común. En efecto, Nuño, cuyo cuerpo de unos cuatro pies de elevación, un tanto encorvado, sostenía una cabeza medio escondida entre sus hombros; cuyos ojos pequeños y de una vivacidad y penetración extraordinarias formaban ángulos agudos con su nariz gruesa y aplastada; cuya boca grande y algo hundida, y cuya barba picuda y prominente completaba una fisonomía extravagante y en gran manera antipática. Nuño, repito, era el hombre más apropiado que pudiera encontrarse para aprovechar sus talentos estratégicos y de él pensaba valerse Hernando, depositando en él toda su confianza y esperando de su sagacidad poder dar una buena solución a tan complicado asunto.

Le hizo venir a su aposento y, con las mayores demostraciones de adhesión y cariño, le participó el estado en que se encontraba respecto a su padre y la huérfana cuya mano se le destinaba, y al mismo tiempo le descubrió el intenso amor que profesaba a María, la hija de Pablo el Morisco.

Luego que Nuño se hizo cargo de cuanto su señor le había referido, frunciendo sus escasas y arqueadas cejas, dijo a este:

—No es muy fácil, a fe mía, señor, el que podamos salir victoriosos en un asunto que tantos y tan graves peligros, y tan arriesgadas dificultades ofrece. Ya sabéis, por otra parte, que si vuestro padre y mi señor llegara a entender que yo os había aconsejado contra su voluntad terminantemente manifestada, no se pararía mucho en mandarme ahorcar, cosa que, aquí para entre nosotros, no me haría mucha gracia.

—No solo es consejo —dijo Hernando al hombrecillo que le escuchaba—, lo que exijo de ti, preciso es también que me ayudes en esta empresa, porque antes de dar la mano a una mujer que rechaza mi alma, sería capaz de...

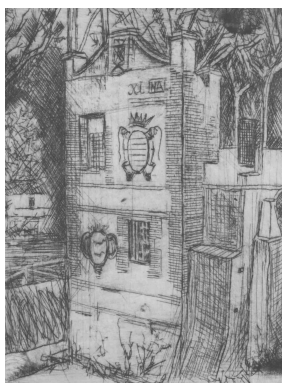
—Señor...

—En fin, ya sabes que hay una mujer por quien mi corazón se interesa, y a ella sola, a ella sola podré dar mi mano ante Dios y los hombres, por más que sea la pobre hija de un infeliz morisco. Tres días te doy de plazo para que busques un medio oportuno de llevar mi deseo al término anhelado. Si en ellos tu astucia no fuere bastante a salvarme, no lo será tampoco para librarte de mi enojo. Por el contrario, si tu imaginación, siempre pronta para estos lances, te presenta una idea de la cual podamos valernos en tan grave complicación de circunstancias, yo te prometo labrarte una fortuna que te habrán de envidiar muchos hidalgos.

—Solo el poder complaceros será para mí una agradable recompensa —dijo Nuño—. Erais aún tierno niño a la muerte de vuestra madre; vuestro padre, siempre ocupado en las guerras contra los moros, confió vuestra infancia casi del todo a mi cuidado. Os he visto crecer con la misma alegría que mira un labrador levantarse las mieses en sus campos, os he acariciado mil veces con la misma ternura que si hubierais sido mi hijo, habiendo sido siempre para mí muy agradable el satisfacer vuestros más pueriles caprichos. Y ahora, al veros ya hombre robusto y vigoroso, ¿tendría necesidad de vuestras amenazas para ayudar con mi pobre ingenio vuestro deseo más insignificante, aun a costa de mi propia vida? No permita el cielo que yo llegue jamás a desagradaros, y estad seguro de que, antes del plazo que habéis tenido a bien fijarme, habré encontrado ya un medio seguro de salir triunfantes en situación tan intrincada como la que ahora se nos presenta.

—En ti confío —dijo Hernando a su criado tendiéndole una mano.

La tomó Nuño prontamente y, dirigiendo a su señor una mirada de reptil, la estrechó contra su pecho en el lado del corazón y, besándola después, se despidió del joven Hernando, cuya felicidad comenzaba a trocarse desde este momento en la más amarga y cruel de las desventuras.



Capítulo XI

El convento de los Ángeles

A un cuarto de legua S. de Alcalá de Guadaíra, y cerca del río que le da su nombre, se descubren entre dos colinas pobladas de olivos los vestigios de un antiguo edificio, de cuyas ruinas apenas queda otra señal que algunos montones de escombros medio escondidos ya entre la tierra por el arado del labrador. Estas ruinas fueron un día el antiguo convento de los Ángeles, de cuyo remoto origen se habla con tanta variedad por nuestros antiguos y modernos escritores, que apenas es posible vislumbrar alguna probabilidad a través de tantos y tan encontrados pareceres⁷.

Pero sea lo que quiera de su origen, poco hace a nuestro intento investigarlo ahora, cuando en la época en que estos acontecimientos tenían lugar existía ya, y existía con la misma advocación de los Ángeles, que conservó aun después de haber pasado dentro de la población, en el año de 1537, y la cual debió sin duda alguna al rey S. Fernando, su fundador.

Se hallaban a la sazón solo cuatro frailes en este convento, de los cuales uno, llamado padre Ernesto, había sido, pocos años antes del acontecimiento que vamos a referir, amigo inseparable de Nuño, el escudero de D. Rodrigo Álvarez de Lara, y su cómplice en un delito que permanecía oculto y del cual fácilmente podía vengarse el mencionado escudero si aquel se negase a alguna de sus exigencias.

Este delito, que si bien era tal para Nuño, para el padre Ernesto solo era una acción verificada a impulsos de sus sentimientos de caridad; no obstante, podía el escudero hacerla aparecer como un verdadero crimen, pues tenía en su poder documentos que acreditaban una aparente culpabilidad contra aquel sacerdote.

Era, pues, el caso que, habiendo venido a tierras de Sevilla tres moros con el objeto de conspirar contra la dominación de los fieles conquistadores,

⁷ La opinión más seguida es que sobre el año 1249 se fundó este monasterio para colocar en él la imagen de Nuestra Señora de los Ángeles, que fue de las presentadas a San Fernando por su mandato, antes que la de Nuestra Señora de los Reyes, que se venera en la catedral de Sevilla.

Este edificio fue levantado casi por ensalmo, pues se cuenta que trabajaron en él hasta los caudillos de más nombre que el Santo Rey llevaba en su ejército.

incitando a la rebelión a cuantos moriscos habían quedado en estas tierras, Nuño, tan infiel a sus creencias religiosas como a la fe que a su señor debía, se había coligado con ellos y trabajaba por su parte con los mayores esfuerzos, seducido por la miserable esperanza de poseer algún día algunas riquezas a cambio de una traición infame hecha a su religión y a su patria.

Quiso el cielo que, cuando más próxima a estallar se encontraba aquella rebelión, que verificada hubiera dado a España nuevos días de luto y desventuras, se descubriese, siendo puestos en prisión gran parte de los conspiradores, de entre los cuales no pudieron ser habidos los tres árabes principales agentes de ella, evadiéndose también del castigo el escudero apóstata, porque nadie hubiera podido sospechar de su mala fe mediante a que se hallaba suficiente garantía para su conducta su calidad de escudero de D. Rodrigo Álvarez de Lara.

Descubierta, como digo, esta horrible trama, exigían de él sus tres cómplices que, según lo pactado, les proporcionase un lugar donde permanecer ocultos a las inquisiciones de la justicia hasta que con un salvoconducto pudiesen dirigirse libremente a sus tierras.

Este salvoconducto pudo al fin obtenerlo el infame conspirador y además tres hábitos o sayales de la orden franciscana, que más por clemencia que por otra causa indigna de su ministerio les facilitó el referido sacerdote, que, contra la costumbre de la época, consideraba como hermanos a los mismos infieles, no abrigando en su corazón otro sentimiento hacia ellos que el de la compasión, sentimiento a la verdad digno de un alma generosa y exenta de la intolerante preocupación de aquel siglo.

Conociendo la causa del predominio moral que Nuño ejercía sobre el padre Ernesto, no obstante las virtudes de este sacerdote, nuestros lectores no podrán extrañar que este se prestase a cualquier exigencia del escudero, pues no le concedemos una virtud tan sólida ni un valor tan heroico como para arrostrar sin temor alguno las graves consecuencias que pudieran resultarle de oponerse abierta y temerariamente a sus deseos.

Hecha ya una reseña, aunque leve pero suficiente a nuestro propósito, del carácter del padre Ernesto y los vínculos que a su pesar le ligaban con aquel hombre miserable, pasemos a ver de qué manera intentaba este salvar a Hernando del compromiso contraído, y cuál era el plan de astucia que se proponía y del que debía dar cuenta al joven caballero en los tres días de plazo que por este se le habían dado.

No tuvo necesidad de dejar pasar los tres días, pues su imaginación, siempre pronta para todo lo que no era bueno, le sugirió una idea, la cual

irán conociendo nuestros lectores por sus efectos; siendo así, que cuanto se obre hasta la conclusión de este novela, llevará el sello de fatalidad que aquel hombre sabía imprimir en cuantas cosas tomaba parte.

Solo una noche había pasado desde la última entrevista con Hernando, y al día siguiente se presentó a él, marcada en el rostro la triunfante y diabólica alegría con que se animaban sus facciones siempre que, en virtud de algunos de sus planes infernales, había de seguirse alguna desgracia.

—¡Albricias, señor, albricias! —entró gritando en el aposento de Hernando.

Este, al verle entrar, permaneció sin levantar apenas del suelo los humedecidos ojos que no se habían cerrado en toda la noche.

—Dadme albricias —repitió Nuño haciendo un nuevo esfuerzo y empujándose sobre las puntas de los pies para hacer más visible sus extravagante figura.

Entonces Hernando, dirigiéndole una mirada indiferente, se encogió de hombros, frunció las cejas y volvió a tomar la actitud sombría y meditabunda que tenía a la llegada del escudero.

—Muy embebido debéis estar en vuestros pensamientos —replicó por segunda vez el hombrecillo—, cuando no os cuidáis de vuestro fiel Nuño, que viene a daros importantes nuevas de la misión que le habéis confiado.

—Y bien... ¿qué?... —preguntó Hernando como si despertase de un sueño profundo.

—Podéis libraros de la promesa contraída si os entregáis en todo a mi confianza, sin separaros un punto de la senda que yo os marque. Hacedlo así y dentro de muy poco tiempo María será vuestra.

—¡Oh, María, sí, María! —exclamó Hernando enajenado...—, ella será mía, nadie podrá arrebatarme su posesión. ¡Ah Nuño!, yo seré lo que tú quieras que sea, yo haré lo que tú quieras que haga pero, al fin de todo, yo podré poseer a María sin llevar la maldición de mi padre. Obtenga Blanca el señorío de todos mis dominios, sea ella dueña de todo cuanto poseo menos de mi corazón, que está reservado enteramente para María.

Bien penetrado estaba Nuño de que su señor se entregaría enteramente a su voluntad, porque conocía muy bien la franqueza de su impresionable y sencillo corazón, ajeno de todo punto a las horribles tramas de que más tarde había de ser la víctima.

Y efectivamente así sucedió. Hernando se entregó completamente a la voluntad de su miserable consejero, el cual, desenvolviendo en su mente el inicuo plan que había trazado, principió a ponerlo por obra aconsejando a

su joven señor que prometiese a su padre celebrar su enlace con Blanca al expirar un periodo de cuatro meses, dentro del cual no dejaría de hallarse un medio oportuno de evadirse a la promesa, consiguiendo al mismo tiempo que D. Rodrigo, descansando en la confianza de su realización, no impidiera la de sus designios.

Luego que propuso a Hernando el hacer aquella promesa tan repugnante a su corazón, y que al fin debía ser un engaño, como todos los hombres de alma buena y generosa, miró a su consejero con despreciativo enojo, mandándole salir prontamente de su aposento.

—Si con una insolente falacia he de comprar mi felicidad —le dijo—, yo renuncio a ella para siempre, y prefiero morir separado de María antes que engañar al mejor de los padres de una manera tan villana.

Poco intimidó al perspicaz confidente la amenaza de su señor, antes por el contrario, bien penetrado de su carácter, vislumbró en esta negativa un obstáculo que solo serviría para hacer más enérgica la resolución del joven caballero, luego que llegara a decidirse a verificar lo que él le proponía.

Y no se engañó por cierto, porque Hernando, cuyas razones desvanecía Nuño con su malévolo charlatanismo, vino por fin a decidirse, en fuerza de los sofismas de su escudero, a abrazar el partido que este le proponía, por más que en un principio le pareciese indigno y despreciable.

—Bien, yo me retiraré —le decía Nuño—, vos luego, sin otro guía que vuestro corazón inexperto y sencillo, no sabréis oponer la más débil resistencia a los deseos de vuestro padre, y al fin vendréis a ser víctima de lo que llamáis vuestro deber y vuestra dignidad. Renunciaréis a la ventura de toda vuestra vida, y cuando queráis arrepentiros de vuestra docilidad ya será tarde. Entonces echaréis de menos las caricias de una mujer idolatrada, cuya posesión os hubiera hecho verdaderamente dichoso. Recordaréis con la amargura del más horrible remordimiento las gratas ilusiones perdidas unas en pos de otras, como se pierden las cristalinas aguas de los mansos arroyuelos entre las turbulentas ondas de un cenagoso río. Y esa mujer, esa pobre y desgraciada niña, que ha soñado cerca de vos en una ventura celestial, en cuyo corazón habéis abierto una herida profunda que tratáis ahora de emponzoñar, cuando os considere perdido para siempre, demandará al cielo el castigo de vuestro perjurio y maldecirá vuestra existencia.

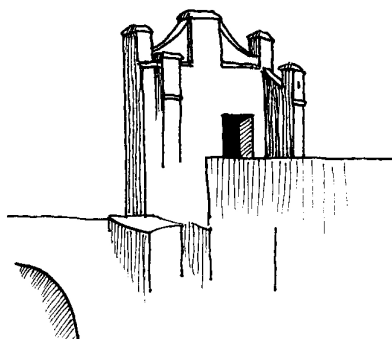
—¡Oh nunca, nunca! —exclamó Hernando levantándose como un demente y colocando una mano en la boca de aquel miserable que así le atormentaba—. Nunca, antes que la maldición de María, caiga sobre mí la maldición de...

—¡Señor!

—Calla, calla. ¡María, yo lo sacrificaré todo por ti! Nuño —prosiguió dirigiéndose al hombrecillo—, dispón de mí, mi voluntad te pertenece, yo seré el brazo y tú serás la cabeza que lo dirige.

—Al fin —exclamó Nuño con cierto aire de triunfo—, al fin habéis escuchado la voz de la razón, que es el camino de la felicidad cuando está en armonía con los sentimientos del alma. ¿Vuestra palabra me garantiza la promesa que acabáis de hacerme?

—Y mi mano también —contestó Hernando presentándola al escudero. Este la estrechó entre las suyas y salió de la habitación donde el incauto joven quedó entregado a una especie de enajenación, como la que se experimenta al despertar de un horroroso sueño.



Capítulo XII

La fuga

Y A hace mucho tiempo que hemos abandonado la lectura de la historia de María con el fin de que nuestros lectores vayan conociendo los acontecimientos que motivaban las escenas que vemos descritas en la historia de esta mujer misteriosa. No faltará quien critique el plan que en esta novelita nos hemos trazado, porque en nada se parece al de ninguna otra y porque vamos enlazando los hechos que conducen la acción a su desarrollo con los que solo se refieren a los recuerdos de estos mismos hechos vistos y comentados por María de la manera que a ella le era posible examinarlos.

No tenemos la presunción de creer nuestra novela exenta de defectos, tanto porque nuestra capacidad no nos permita otra cosa cuanto porque es el primer ensayo que hacemos en este género de literatura, cuyo principal objetivo es el que en la dedicatoria indicamos.

Sentado esto por base, seguiremos alternativamente las materias que entre sí tengan un enlace más íntimo y puedan producir, a nuestro juicio, mejor efecto en el ánimo de los lectores.

Ahora veamos cómo sigue María su historia tantas veces interrumpida.

Después de la primera noche en que Hernando, al pie de mi ventana, había modulado tan dulcemente al compás de su cítara los amorosos ecos de su corazón, yo sentía que el mío, poco a poco, se iba ensanchando para poder sentir las dulces y extraordinarias emociones que empezaba a experimentar.

El desasosiego, que continuamente me agitaba, se había convertido en una inquietud agradable y profunda.

A la energía de mis anteriores padecimientos había sustituido una languidez embelesadora, que me hacía esperar en el porvenir con una fe grande y sin límites.

Ya Hernando no era para mí aquel hombre misterioso cuya mirada fascinadora me hacía estremecer. Acostumbrada a verle y hablarle todas las noches, su presencia era para mi corazón lo que el rocío benéfico para las nacientes florecillas.

Si su mano estrechaba la mía, yo me sentía conmover, pero no era una conmoción como la que antes había experimentado, era una especie de éxtasis divino en que mi alma se embelecía, era una sublime emoción tan difícil de expresar como fácil de sentir en un corazón tan tierno como el mío.

Así habían pasado ya cerca de cuatro meses. Hernando no dejaba de verme una sola noche porque mi presencia, decía él, era el mantenimiento dulcísimo de su alma.

En todo este tiempo mi vida había sufrido una mutación extraordinaria. Ya no era yo María, aquella tierna y candorosa niña cuyo corazón se satisfacía con los tiernos halagos de una madre amorosa. A la superficialidad de la niñez se había sucedido en mi pecho la mortífera inquietud que el amor había hecho brotar en mi corazón, y la cual más tarde había de conducirme a esta soledad espantosa.

Llegó por fin el día, el terrible día cuya memoria aún me estremece. Hernando vino como de costumbre al pie de mi ventana. Su faz, siempre serena, se mostraba entonces como anublada por una cruel melancolía. El brillo de sus ojos estaba apagado y su mirada tenía a la vez cierta mezcla de indiferencia y una expresión de amargo y profundo sentimiento.

Yo me estremecí al verle en aquel estado. Su pupila fija, sus labios entre abiertos, su respiración agitada, su mano temblorosa y convulsa, todo me hacía comprender que en él había cierto extraordinario padecimiento que yo no me atrevía a adivinar.

Así estuvo algunos instantes mirándome en silencio, y al cabo, como dando rienda suelta a su dolor, me dijo con voz balbuciente:

«María, la suerte, más poderosa que nosotros, se empeña en separarnos para siempre».

Al escuchar estas palabras empecé a temblar y la voz con que quería haberle contestado se ahogó en mi garganta. Estuve algunos instantes sin poder reunir las ideas que sucesiva y rápidamente pasaban por mi imaginación extraviada. Al fin hice un esfuerzo y, hallándome ya dueña de mis sentidos, observé que las facciones de Hernando habían tomado una expresión enteramente contraria a aquella con que me había dirigido las primeras palabras. Sus ojos ya no tenían aquella triste languidez, muestra inequívoca de su sentimiento profundo. Habían recobrado instantáneamente su brillo, y su mirada había adquirido una energía tan sobrenatural que me espantaba. Su fisonomía se había animado de tal manera, y tal era la fiereza y dignidad que sus facciones denotaban, que parecía estar dominado por una fiebre violenta.

Yo me estremecí de nuevo y participé, a mi pesar, de la agitación que él experimentaba.

«María –volvió a decirme–, la suerte se opone a que tú seas mía para siempre, pero mi voluntad, más enérgica que su poder, y tu amor, máspreciado que cuantas riquezas encierra el mundo, sabrán hacer frente a la adversidad del destino, al cual desafiaré para poseerte».

Yo no sabía qué pensar. Me parecían a veces sus palabras la expresión de un delirio horroroso; y otras, creyendo leer en el fondo de su corazón, yo no veía en sus acciones sino una momentánea enajenación producida por un amor inmenso al que se oponían algunos obstáculos. Yo comparaba con los míos sus sentimientos y esta me parecía la causa más natural que pudiera haber producido aquel estado.

Y ¡qué hacer! Yo estaba toda trémula. Mis ojos se habían arrasado de lágrimas y al reflejar en ellas los escasos rayos de luz que las estrellas despedían, me parecía contemplar en mi amante un ser superior a todos los mortales, un ángel rodeado de una atmósfera luciente cuya presencia me embelesaba si su delirio no despertara en mi corazón otras muy diversas sensaciones.

Entonces conocí cuánto adoraba a aquel hombre misterioso, que no se dejaba ver sino envuelto entre las densas sombras de la noche y cuyo nombre y condición aún eran para mí un secreto impenetrable.

—¡Oh, calla, calla por Dios! —le dije—. Si tú tienes valor suficiente para desafiar las adversidades del destino, yo le tendré también, y tu María te seguirá donde quiera. Yo comprendo perfectamente tu corazón. Él me dice que tú mereces que te ame eternamente; y sin embargo, de que tu nombre está para mí velado por una misteriosa oscuridad, yo sabré sacrificártelo todo, hasta mi misma vida.

—María, María —exclamó él enajenado—, si tu amor es tan inmenso como lo manifiestan tus palabras, ya ha llegado el tiempo de hacérmelo conocer. Nuestro destino va a fijarse para siempre y mañana debes partir conmigo donde nos aguarda nuestra felicidad. Allí, ante el ara sagrada, yo te daré mi mano y un sacerdote bendecirá nuestra unión.

Estas palabras, pronunciadas con toda la efusión de su corazón, produjeron en mi alma el efecto que él se proponía y a pocos ruegos obtuvo la promesa de mi partida.

Aquella noche su separación me causó una pena más grave que de ordinario. Yo lo veía alejarse de mí y me parecía que aquella era la última vez que debía volver a verlo.

Según él, nuestra unión y mi fuga debían permanecer ocultas para todos hasta mejor día. Y a pesar de que este silencio nada bueno me presagiaba, yo no me atrevía a oponerme a su voluntad. Tal era la inmensidad de mi amor y la ceguera de mi confianza.

El siguiente día todo lo pasé llorando y procurando ocultar mi dolor a las caricias de mis afligidos padres.

¡Oh, era muy cruel! En aquel día fatal debía abandonarlos para siempre. Yo buscaba en mi imaginación risueñas esperanzas con que engañarme a mí misma y con las cuales poder santificar mi locura.

Mi amorosa madre procuraba consolarme de un dolor que ella no conocía y sus tiernos halagos lo aumentaban insensiblemente. Algunos momentos estuve próxima a confiárselo todo, implorando de su bondad el perdón de mi ingratitud, pero mi promesa y el amor que a Hernando profesaba, interponiéndose a mi determinación, me hacían retroceder espantada de mí misma.

En esta lucha cruel, que aún se presenta vivamente a mi memoria, pasé todo el día agitada por un horrible padecimiento. Llegó la noche y una violenta tempestad, precursora de mi desgracia, vino a aumentar con su horroroso aspecto las lúgubres ideas que tenían embargada mi imaginación. Las nubes amontonadas despedían furiosos torrentes y los truenos, que rápidamente seguían a los fugaces relámpagos, aumentaban los horrores de aquella noche espantosa.

Apenas hubo anochecido, me despedí de mis padres abrazándolos tiernamente y, sola ya en mi aposento, me entregué a mi dolor anegada en un copioso llanto.

Mi pobre madre, sin atreverse a dejarme entregada a mi desconsuelo en la soledad, volvió a acompañarme algunas horas, prodigándome los más tiernos halagos. Yo sentía desgarrarse mi corazón a cada una de sus caricias, y este mismo padecimiento me consolaba en algún tanto de mi ingratitud.

Viéndome en un estado que no me era posible soportar por más tiempo, dándole un beso en la frente y estrechándola convulsivamente sobre mi corazón, le dije:

—Madre mía, tú has padecido mucho. Este dolor de ignorado origen que ahora me atormenta, acaso podrá calmarse con el sueño. Déjame sola, ve a descansar de tu mucha fatiga, que tu pobre hija se calmará. Viéndote padecer a mi lado, mis dolores se aumentan, y ni tú ni yo podremos encontrar el descanso.

Mi madre, entonces, me abrazó de nuevo, pero de una manera que me hizo estremecer. Sus húmedos ojos se fijaron en los míos y sus labios pronunciaron mi nombre tan apagadamente que apenas su acento penetró en mis oídos y, sin articular otra palabra, se separó de mí dejándome entregada a toda la intensidad de mi tormento.

Imposible me será dar aquí una leve idea de mi dolor, porque las palabras nunca tendrán la energía suficiente para expresarlo. Solo el que se haya encontrado alguna vez en una situación semejante a aquella, podrá tener una idea de lo que entonces padeció mi alma.

En esta ansiedad, las horas pasaban rápidamente y el terrible momento se acercaba. Por no retroceder en mi designio, y para consolar de alguna manera a mis padres de mi precipitada fuga, dejé escritas sobre un lienzo al pie de una imagen que en mi aposento había, las siguientes palabras:

«No lloréis, padres míos. Hoy me ausento con el que mañana será mi esposo. No he podido resistir a mi pasión».

Después me arrodillé ante la madre de Dios, implorando el perdón de mi locura y rogándole por la felicidad de mis amorosos padres.

«Madre mía, le dije cruzando las manos y levantando al cielo los ojos, vos sabéis cuánto los amo, vos sabéis también que si cometo un crimen en abandonarlos, me es imposible dejarlo de cometer. Ese hombre, al cual pertenece mi corazón, mañana ante un altar consagrado a vuestro hijo me hará su esposa, y acaso un día ellos nos deberán una felicidad que ahora me veo forzada a arrebatárles».

Al acabar esta plegaria, me pareció que los ojos de la virgen se fijaban en mí con una expresión de enojo que me horrorizó. Me levanté atemorizada y, sin saber lo que hacía, me arrojé sobre mi lecho cubriéndome el rostro con las manos, queriendo de este modo ocultar de mí misma mi dolor y mi vergüenza. Pero ya era la medianoche, hora señalada para consumir el sacrificio. Entre el confuso ruido que el agitado viento producía, escuché la voz de Hernando que, conforme a la señal entre nosotros convenida, cantó a media voz de esta manera:

Entre las sombras profundas
de la noche bienhechora,
el ángel que el alma adora
por su amor velando está.

Huye de sus bellos ojos
el dulce y tranquilo sueño,
y la imagen de su dueño
contempla absorta quizá.

Ven, tortolilla amorosa,
ven a ocupar otro nido,
que en un corazón herido,
el amor te preparó.

Ven, aduerme con tu canto
la pena del alma mía,
al viento tus alas fía,
ya que el cielo te las dio.

Un dulce nido te aguarda
cercado de gayas flores,
donde mis tiernos amores
dichoso te cantaré.

Y el eco de mis acentos
acompañará tu arrullo,
y de la fuente al murmullo
contigo me extasiaré.

No tardes, tórtola mía,
remonta ufana tu vuelo,
y extiende tu vista al cielo,
tu nombre escrito está allí.

Y ese Dios omnipotente,
que tan bella te ha criado,
a la tierra te ha enviado
a hacerme feliz por ti.

Toda la energía de que me sentía animada antes de aquella hora fatal se desvaneció como el humo. Trémula y enajenada no acertaba a dar un paso para arrojarme fuera del hogar paterno, pero, al escuchar los repetidos acentos que herían tan profundamente mi alma, hice un esfuerzo y me lancé precipitada al abismo que ante mis plantas acababa de abrirse.

Al ruido que hicieron las puertas para darme paso, mi madre, mi infeliz y desconsolada madre, se arrojó frenética en pos de su desventurada hija; pero en vano, mi suerte estaba ya decretada y mi amante, que impaciente me esperaba, me llevó rápidamente fuera de la villa donde, habiéndome colocado sobre su caballo, fui conducida hasta el lugar en que había de empezar la expiación del crimen que acababa de cometer.

—Mi hija, mi hija, María —fueron las últimas palabras que oí pronunciar en medio del dolor a una madre digna de otra hija menos ingrata.

Aquella voz, que por última vez penetró en mis oídos, se extinguió al punto por la velocidad de nuestra fuga.

Hernando, cuyo nombre y clase no conocí hasta pasado algún tiempo, guiaba nuestra marcha en su fogoso caballo, y dos hombres que le acompañaban caminaban en pos de él, siguiendo rápidamente la huella que el animal dejaba marcada.

Con la oscuridad de la noche no me fue posible conocer el camino que habíamos emprendido, ni el lugar que se me destinaba para habitación hasta que estuve ya instalada en él.

Capítulo XIII

El padre Ernesto

AL mismo tiempo que Hernando había partido del castillo de Machaniella con dirección a la casa de Pablo el Morisco, donde debía encontrar a su María, Nuño había partido también, por mandato de su señor, hacia el convento de los Ángeles, en busca del padre Ernesto, que debía bendecir la unión del joven hijo del de Lara con María, la hija del desgraciado Pablo.

Para llegar al convento mencionado, se encaminaba por la ribera del río, en dirección de su corriente, hasta llegar cerca del castillo de Alcalá, donde un puente, sostenido por dos grandes barcas, le dio paso a la opuesta orilla, por la cual, sin dejar su dirección, habiendo caminado dos millas escasas se encontró entre las dos colinas en que se levantaba el edificio de que hablamos en el capítulo que lleva por epígrafe *El convento de los Ángeles*.

La noche estaba, como hemos visto, oscura y lluviosa, y otro menos conocedor que Nuño de la tierra que pisaba, no hubiera llegado a él con la facilidad que este había arribado.

Apenas se encontró en los umbrales de sus anchas y herradas puertas, las hizo resonar con algunos fuertes y repetidos golpes, los cuales fueron contestados sin tardanza por una voz lejana que decía así:

—¿Quién llama a la casa de Dios a esta hora?

—Un cristiano que ha de menester un sacerdote —contestó Nuño dando a su voz un acento que conmovía.

Las puertas no tardaron en abrirse y un religioso apareció en ellas, demandando a Nuño la causa de su venida.

—He menester un sacerdote —repitió Nuño con el mismo acento que en la primera vez—. Decid al padre Ernesto que un cristiano, que necesita su presencia, le aguarda a las puertas del convento.

El religioso desapareció por una extensa galería y, al poco rato, el sacerdote que Nuño procuraba llegó precipitado adonde estaba el escudero.

—¡Oh!, ¿eras tú? —le dijo con voz afectuosa.

—Sí, padre mío —contestó Nuño tomando y besándole una mano—. Necesito que vengáis conmigo.

—¿Y a dónde vamos a esta hora? —replicó el sacerdote con algún recelo.

—Donde vuestra presencia es necesaria —repuso Nuño con algunas muestras de impaciencia—. No os excuséis de venir a prestar los auxilios de vuestro ministerio adonde él mismo os impone la obligación de acudir cuando se os llame.

—Pues es necesario, vayamos —dijo el sacerdote. Y llamando al religioso que había recibido al escudero, se despidió de él, quien cerrando las puertas del convento, lo dejó en el umbral acompañado del escudero Nuño.

Apenas se separaron algunos pasos de las paredes de aquel edificio, cuando Nuño dijo al padre Ernesto:

—Vuestra misión, padre mío, será en esta noche algo incómoda, preciso es confesarlo; pero, en cambio, vais a dar descanso a dos almas que a mi parecer bastante lo necesitan.

—¿De qué se trata? —preguntó el sacerdote.

—¡Oh!, es una cosa de mucha entidad —y aplicando la boca al oído del religioso, como si hubiera algún peligro de que en aquella soledad alguno lo escuchara, le dijo por lo bajo—, se trata de un casamiento.

—Pues yo creo que el asunto no exige tanta reserva.

—Pues yo creo que os habéis equivocado de medio a medio, porque si algo de este matrimonio llegara a saberse, yo pagaría con la vida y vos con la vida y la honra. Ya sabéis.

—Bien, calla.

—Y es de tanta entidad, vuelvo a deciros, que aunque vos estéis obligado a guardar el secreto, yo lo estoy también a usar de ciertas precauciones...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada, que para que en ningún tiempo podáis veros obligado a una revelación, iréis con los ojos vendados hasta el punto donde os aguardan. No hay cosa más sencilla. Llegáis, se os quita la venda, echáis una bendición, os la vuelven a poner, y yo os conduzco de la misma manera hasta la puerta de vuestro convento. Luego ni vos os acordáis de lo que os ha pasado en esta noche, ni yo de lo que vos no quisierais acordaros.

—¡Oh!, este hombre es un monstruo de iniquidad —dijo el padre Ernesto. Y sin atreverse a contradecirle, se prestó sin aparentar repugnancia alguna a la exigencia del escudero, el cual, habiéndole vendado los ojos, lo hizo montar a las ancas de su caballo y volvió por el mismo camino hasta el lugar en que dejamos a María.

Capítulo XIV

La bendición nupcial

A menos de un cuarto de legua del castillo de Machaniella, que ya dejamos descrito, se encuentra la antigua villa de Gandul, de la cual apenas quedan hoy más que ruinas. En la época a que nos referimos, tendría unas doscientas casas y el palacio, que en algunas temporadas habitaban sus señores. A la sazón estaba desierto y solo algunos criados de D. Rodrigo Álvarez de Lara tenían ocupada una parte del edificio; lo demás estaba perfectamente amueblado al gusto de la época, y a este palacio se dirigió Hernando con la joven María.

Se halla este situado en una de las posiciones más pintorescas que pueden encontrarse en toda la bella Andalucía.

En la ladera de un pequeño monte que termina la cordillera que rodea la espaciosa vega de Carmona por el N.O., se levanta, como un majestuoso recuerdo de aquellos tiempos, este palacio cuya vista nos trae a la memoria las muchas y gloriosas hazañas de sus antiguos señores. Al pie, cien frondosas y pobladas huertas amenizan aquel terreno delicioso y las cascadas de algunos molinos forman un agradable murmullo, que contrasta suavemente con la armonía del enamorado ruiseñor, poblador constante de aquellas frondosas enramadas. Se extiende a lo lejos la ancha y feracísima vega de Carmona, y allá en el horizonte se divisan las elevadas sierras que sirven de límite a esta dilatada llanura.

Por la puerta principal del palacio corre mansamente un cristalino arroyo, cuyas aguas descienden a fecundizar aquella hermosa ribera.

El edificio, cuya superficie tendrá de longitud unas sesenta varas y cuarenta aproximadamente de latitud, tiene su puerta principal al S.O. sobre una ancha y fuerte explanada.

Entrando, a la derecha, se encuentra una galería descubierta, sostenida por dos columnas, desde la cual, por una puerta pequeña, se va a las habitaciones interiores. A la izquierda de esta entrada, otra puerta pequeña también conduce a una escalera que da a las habitaciones subterráneas, iguales enteramente a las superiores.

En el centro del edificio hay una sala cuadrada como de ocho varas de extensión, cuyo techo es una bóveda sostenida por cuatro arcos. Más adentro, al S.E., termina el edificio una galería de cuarenta y cinco a cincuenta

varas de longitud y cuatro de latitud, con ventanas a los bellos jardines de este palacio, plantados de espaciosa calle de naranjos y limoneros, y regados por los ricos manantiales que brotan por doquier al pie de estos alcórcos.

Dada ya a conocer a nuestros lectores la posición del palacio de Gandul, a donde María había sido conducida, diremos también cómo fue conducido al mismo lugar el padre Ernesto, que por llevar los ojos vendados no pudo ver el lugar en que se encontraba hasta que, introducido por el escudero en la sala de la bóveda, que ya dejamos descrita, le fue por el mismo quitada la venda, mandándole esperar hasta que allí vinieran a buscarle.

Le dejamos en este lugar para ver cómo María, en la continuación de su historia, nos refiere el importante acontecimiento para el cual había sido llamado el sacerdote.

La historia continuaba así:

La habitación que se me había destinado tendría unas diez varas de extensión.

Apenas hube entrado en ella, mi amante se despidió de mí afectuosamente, según me dijo, para dar algunas órdenes a sus criados. Luego que él salió, una mujer como de unos cuarenta años, de gesto desabrido y de fiero y brutal aspecto, entró en mi habitación y, afectando una dulzura que le era imposible sentir, me dijo:

—Mi señor me ha enviado cerca de vos para servirlos en cuanto podáis necesítarme, encargándome ante todo que a su vuelta, que será en breve, os hayáis colocado este vestido expresamente hecho para vos.

Y abriendo un armario, que en un ángulo del aposento había, sacó un rico vestido bordado de oro, el cual me ajustó con prontitud llevándose consigo el modesto traje que hasta entonces había usado.

Cuatro sillones forrados de terciopelo, una mesa de mármol y una alfombra de pieles era todo lo que había en aquella habitación. Frente a la puerta que le daba entrada había una ventana espaciosa, la cual, por estar cerrada, no pude ver hasta el siguiente día qué vista podía proporcionarme. Sobre la mesa, un hermoso candelabro de plata con dos mecheros esparcía una clara luz por todo el aposento.

De allí a poco volvió de nuevo la mujer que se destinaba a mi servicio, trayendo un blanco velo que me cubría hasta los pies, el cual me colocó, según decía, por orden de su señor.

Hernando no se hizo esperar mucho; entró donde yo estaba y con una sonrisa celestial me dijo, besándome una mano:

—María, vas a ser mi esposa. Ven, el sacerdote nos espera; quiero conducirte al altar.

Dicho esto, me tomó de la mano y, cubriéndome hasta los ojos con su capa y echándose el sombrero a la frente, nos dirigimos por una espaciosa galería hasta un salón cuadrado cubierto de una elevada bóveda, donde el altar estaba preparado.

Allí, un venerable sacerdote nos esperaba acompañado de un escudero del señor de aquel palacio, cuyo escudero fue siempre para mí la sombra del infortunio. Solo una luz opaca había en aquella habitación, por lo cual, apenas se distinguían confusamente las facciones de los que en ella estaban.

El aspecto melancólico del aquel aposento y el misterio con que todo se obraba fue tan importante para mí que, al tomar el sacerdote mi mano para unir la con la del que más tarde había de ser mi esposo, sin poder contenerme, empecé a temblar, dejando escapar un grito ahogado y reclinándome maquinalmente en el brazo de Hernando. Este me dirigió algunas palabras de consuelo con una voz casi imperceptible y el sacerdote, recitando por lo bajo algunas palabras, nos echó su bendición.

En seguida salimos de allí y Hernando me condujo a una habitación próxima a aquella, que me había destinado, la cual debía ser en adelante nuestra morada.

Dos días estuvo mi esposo sin separarse de mi lado. Sus continuas caricias casi me habían hecho olvidar el dolor que a mis padres habría causado mi fuga, pero, sin embargo de que en aquellos momentos la suerte me sonreía, yo experimentaba en mi corazón un sobresalto que no sabía definir.

De la modesta casa de mi padre, donde todo era sencillo y pobre, me había visto de improviso trasladada a un suntuoso palacio cuya grandeza, sin saber por qué, era para mí de un presagio funesto; y tanto más, cuanto el nombre de mi esposo aún no se me había revelado.

Hernando no estuvo separado de mí más que un día, y al siguiente volvió a mi lado lamentándose de las ocupaciones que por tanto tiempo le habían privado de mi vista.

Como al entrar hubiese notado la melancolía que debía pintarse en mis facciones:

—¿Qué tienes, María? —me preguntó—. Veo que no estás contenta con tu suerte.

—¡Oh, no! —le repliqué yo queriendo en vano reprimir una lágrima—. Me habéis traído a este suntuoso palacio donde solo queda para la pobre María una jaula dorada y el nombre de esposa de un hombre que no se digna

concedérselo sino en la oscuridad del misterio. Durante vuestra ausencia he pretendido salir a ver los jardines que están al pie de esta ventana, y vuestros criados me lo han impedido. Les he preguntado la causa y nada me han contestado. ¡Oh!, su silencio me destrozaba el corazón.

—¡Pobre María! —exclamó él estrechándome contra su seno—. Tú no sabes la mortal angustia que he tenido lejos de ti. Previendo este mismo acontecimiento, casi llegué a reconvenirme de las órdenes que había dado, porque has de saber, pobre tórtola mía, que ese silencio y la prohibición de que te quejas son una emanación de mis mandatos. Un poco más de resignación; el tiempo vuela rápidamente y acaso mañana podré decirte con orgullo mi nombre, presentando a mi esposa delante del mundo con el mismo placer que la he recibido delante de Dios.

—Vuestras palabras me consuelan —le dije yo—, pero acaso cuando llegue ese día...

—¡Qué dices!

—Perdonadme, yo me resignaré hasta que la suerte termine vuestro silencio, siempre que vuestro amor no me falte en mi soledad.

—Mi amor, María, mi amor, él es puro como tu alma y eterno como tu virtud.

—¡Ah, bendito sea vuestro amor! Bendiga el cielo vuestras palabras por el mucho bien que me hacen. Pero os suplico que no me abandonéis. Consagrada como estoy a vos, no tengo otra delicia que el hablaros. Vuestra presencia me hace olvidar de mí misma y mi corazón se ensancha para recibir vuestras caricias. Vos, que fuisteis el ángel en mis sueños, sedlo también mientras estoy despierta. No me abandonéis y vuestra esposa será feliz.

Hernando me tendió sus brazos, y estrechándome nuevamente contra su corazón:

—María —me dijo—, tú eres mi único pensamiento. Tengamos un poco de esperanza y, cuando llegue el venturoso día que tanto anhela mi alma, recogerás con usura el premio de las muchas privaciones que por la suerte te ves obligada a sufrir en silencio. Entre tanto, preciso es que permanezcas ignorada de todos. Solo mi escudero y esa mujer dedicada a tu servicio pueden saber de tu existencia. Más adelante serás libre y dichosa.

De esta manera se pasó todo aquel día y muchos siguientes sin que me fuera posible comprender cuál había de ser mi destino en el porvenir.

Se me representaba a veces, entre los sueños dorados de mi fantasía, una ventura sin límites al lado de mi adorado esposo. Otras, por el contrario, me parecía ver a lo lejos, sembrada de abrojos y sinsabores, la triste carrera de

mi vida. Entonces, sin poder contenerme, lloraba con amargura una desgracia que veía descender sobre mi cabeza. En medio de mi soledad, creía mirar a mi amorosa madre, tendiéndome los brazos cariñosa, para apartarme de un abismo que a mis plantas se abría; y al acercarme a ella, me repelía con enojo como a una hija que llevaba su frente la torpe mancha de la ingratitud.

Los días que Hernando estaba cerca de mí los pasaba más tranquilos y una dulce esperanza me sonreía; pero cuando estaba alejada de su presencia, las imágenes más desgarradoras venían a martirizar mi corazón.

Tres meses habrían pasado cuando una mañana recibí a mi esposo con una alegría sobrenatural. Él, conociendo el placer que rebosaba en mi alma, me acarició más tiernamente demandándome la causa de aquel extraordinario regocijo.

—Esposo mío —le dije—, ven, soy muy dichosa —y tomándolo por la mano, lo conduje al pie de la ventana que daba a los jardines. La mañana era templada, las gotas de rocío estaban aún pendiente de las verdes hojas y los rayos del sol, naciente apenas, las herían débilmente con sus dorados reflejos. A la orilla de una apacible fuente, una tierna paloma arrullaba sus dos pequeños hijuelos, que por primera vez habían volado del nido, y su arrullo se confundía con los sonoros trinos de las alondras de la vega y de los pintados jilguerillos que cantaban entre el verde follaje de los acopados naranjos—. Mira aquella paloma —continué estrechando más y más la mano de mi esposo—, acaso en el día feliz, que tantas veces me has pintado, tú y yo podremos, como ella, acariciar a nuestro hijo.

—¡Qué dices, María, será posible!

—¡Oh, sí, sí, esposo mío! El cielo nos va a hacer completamente dichosos, voy a ser madre.

Hernando entonces, abriéndome sus brazos, me estrechó en ellos con un tierno delirio y, posando sus labios sobre mi frente, hizo palpar mi corazón con la sublime expresión de su ternura. ¡Día feliz! Tu imagen siempre grabada en mi memoria ha sido el tormento que ha aniquilado mi resistencia. ¡Ah!, ¿quién me hubiera dicho que en pos de aquellos momentos de gozo y de alegría, habían de venir las lentas y amargas horas de mi cruel desventura? Pero sigamos; cada recuerdo es una nueva espina, acaso un día convertida en rosa de la corona de mi martirio.

Dios, que todo lo ve; Dios, que todo lo oye; Dios, que comprende el corazón de sus criaturas, admitirá las lágrimas vertidas de mis cansados ojos como una ofrenda debida a su misericordia en expiación de mi pecado.

Sigamos, sí, sigamos. Acaso al apurar mi copa de amargura, Dios se apiadará de mí colocando en el fondo de ella el fin de mi existencia...

Me estrechaba Hernando contra su corazón y, viéndome agitada y convulsa, ven, me dijo, María, tiempo es ya de descubrirte el secreto misterioso que por tanto tiempo te he velado. Todo lo sabrás, que ya que el cielo me ha dado en ti un ángel de virtud y de pureza, justo es que yo deposite en el seno de mi adorable esposa el secreto que, a costa de mi ventura, hasta ahora he podido ocultarle.

Me parecían entonces los acentos de Hernando, los acentos dulcísimos de una voz celestial llena de encanto y de armonía.

La densa nube que rodeaba de pesar mi frente se evaporó ligera, dejándome mirar el rostro de mi esposo radiante de hermosura y el porvenir tan risueño y rico de ilusiones, como en mis venturosos éxtasis lo había mirado muchas veces.

Miraba yo a Hernando con cierta veneración llena de tierna idolatría, y mis brazos rodeaban su cintura, y mis ojos espiaban los movimientos de sus pupilas, y mis labios pendientes de los suyos parecían esperar un bálsamo dulcísimo para mi corazón, como un niño sediento al aplicar los suyos a las bullentes aguas de una fuente.

En esta posición esperaba yo por instantes el colmo de mi ventura, cuando a deshora, el malhadado escudero, presagio de todas mis desgracias, entró precipitado en nuestro aposento turbando la alegría que empezaba a nacer dentro de mi corazón.

Al acercarse a Hernando le dijo algunas palabras al oído que le hicieron palidecer. Volvió a salir con la misma precipitación y Hernando, entonces, sin cuidarse de mi agitación ni del dolor que su repentina ausencia me causaba, siguió los pasos del traidor Nuño, extinguiéndose poco a poco el ruido de sus pisadas por la espaciosa galería, al fin de la cual se hallaba mi aposento.

Capítulo XV

Un consejo

CUÁL será, dirán nuestros lectores, la causa que motivó la repentina salida de Hernando. Una palabra de consuelo estaba próxima a deslizarse de los labios del generoso caballero para colmar el corazón de una desconsolada niña, pero el destino, a que la pobre María estaba condenada, no permitía a su dolor una pequeña tregua. Sus ojos debían llorar y sus lágrimas, vertidas en la soledad y el desconsuelo, debían ser las únicas compañeras de su desgracia.

El plazo fijado por Hernando estaba ya próximo a cumplirse y D. Rodrigo Álvarez de Lara hacía todos los aprestos necesarios para llevar a cabo su proyectado enlace.

Nuño, sabedor de ello y, por otra parte, interesado en su realización como veremos más adelante siguiendo el curso de esta historia, llegó a deshora, según hemos visto en el anterior capítulo, a participar esta terrible nueva al, más que nunca, enamorado esposo.

Como herido del rayo quedó Hernando al escuchar la noticia de preparativos tan funestos. Así es que no vaciló un momento en seguir a su escudero para conjurar, si era posible, la tempestad que sobre su cabeza se formaba.

Qué hacer entonces. La voluntad de su padre, terminantemente significada, no era susceptible de revocación. Por otra parte, su palabra había sido solemnemente empeñada y faltar a ella resueltamente hubiera sido un baldón arrojado sobre sus gloriosos timbres, que si bien aquella promesa, hecha sin la necesaria premeditación, no tenía en su conciencia toda la fuerza necesaria para obligarle a su cumplimiento, no obstante, la promesa había sido hecha y las consecuencias habían de ser fatales, cualquiera que fuera la decisión que abrazara.

Se decidió, pues, el joven Hernando a participar a su padre el estado de su corazón y la imposibilidad de llevar a cabo la fatal promesa respectiva a su enlace con Blanca. Él había dado su mano ante el ara del Señor a la joven María, la bendición de un sacerdote lo había unido a ella para siempre, y estos sagrados vínculos no podían romperse sin quebrantar a un mismo tiempo las leyes de Dios y de los hombres, pues, a pesar de haber sido el enlace clandestino, hecho en la oscuridad y en el misterio, el honor de un

caballero del siglo trece era una garantía más que suficiente para sostenerlo a todo trance.

Se decidió, como hemos dicho, a arrojarle a los pies de su padre implorando, más que para él, para la pobre María, la clemencia de su corazón.

Con tan buen ánimo, se dirigió al castillo de Manchaniella resuelto a llevar a cabo su pensamiento.

No bien hubo llegado, cuando Nuño, que en el camino le había precedido, salió a recibirle dando evidentes muestras de estar poseído del mismo sentimiento que a su joven señor entristecía.

Hernando, con la frente inclinada al suelo, los ojos arrasados de lágrimas y el corazón abatido por la melancolía, se dirigió al escudero participándole su loable determinación.

Apenas Nuño lo hubo escuchado cuando, poniéndose de hinojos ante el joven caballero, le suplicó con el ansia más solícita no diera un paso del cual tan malas consecuencias podían deducirse.

—¿Qué haréis —le decía—, con arrojaros a sus pies implorando un perdón cuya consecución es imposible? ¿No consideráis que, siendo vuestro padre y mi señor el que tanto se interesa en vuestro enlace con la señora Blanca, de nada servirían vuestros suspiros, de nada vuestros ruegos, de nada vuestras súplicas, de nada vuestras lágrimas? El corazón de un anciano, semejante al árbol endurecido por los años, ni se mueve al viento de un suspiro, ni brota nuevos tallos, humedecido por una lágrima; pues estéril ya, y casi insensible a las impresiones de la juventud, no se acuerda de cuando un blando céfiro lo balanceaba y una gota de rocío hacía reverdecer sus agostadas hojas. Acaso no sería tan difícil que consiguierais un plazo más dilatado. Mil causas justas podrían exponerse para ello y, si me permitierais, yo os indicaría una...

—Habla, habla —dijo entonces Hernando con una voz nacida de lo íntimo del corazón—. Tú, que fuiste mi salvación en otro tiempo, selo ahora también. Indica tú la manera de obrar; la ejecución será mía.

Se pudo Nuño a pensar algunos instantes, al cabo de los cuales dijo a su señor:

—El cielo me ha iluminado. Yo retardaré el cumplimiento de esa promesa. Iréis a ver a vuestro padre; decidle que estáis pronto a realizar sus órdenes, pero que antes es necesario que cumpláis otra promesa, cual es la de no dar vuestra mano a la joven que se os propone hasta haber obtenido en los combates un trofeo digno de ofrecerle. Que, por lo tanto, es preciso os deje partir a los campos de batalla donde os esperan nuevos

laureles, conseguidos los cuales, volveréis a llevar a efecto sus deseos. De este modo conciliáis el obtener un plazo más dilatado que os librára por ahora de cumplir la promesa cuyo término expira, y al mismo tiempo saciaréis la sed de gloria que en vuestro noble corazón se encierra y por la cual tantas veces habéis suspirado.

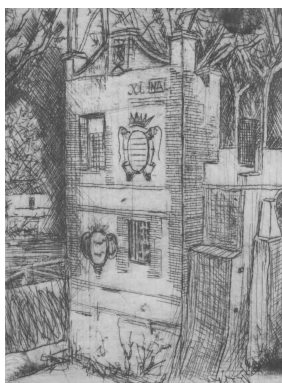
En cuanto a lo demás, dejadme hacer, que a caso a vuestra vuelta bendeciréis a vuestro fiel Nuño por el consejo que acaba de daros.

Exaltado Hernando con las ideas de gloria que Nuño había despertado hábilmente en su corazón, como todo joven de alma grande y corazón ardiente se dejó arrebatar fácilmente por tan halagüeña esperanza y, sin dar lugar a la premeditación necesaria, corrió a los pies de su padre, donde con todo el entusiasmo del ardor juvenil, le expuso el pensamiento nuevamente concebido y tal como Nuño se lo había representado.

Hubo de consentir D. Álvaro en fuerza de sus encarecidos ruegos; y así, con la esperanza de hacerlo regresar prontamente bajo cualquier pretexto, le concedió el permiso de su partida.

Delirante de alegría salió Hernando de la habitación de su padre y corrió a abrazar a su escudero, que por momentos ansioso lo esperaba.

A los pocos momentos se dirigía a la habitación de su infeliz esposa, donde le encontraremos en el próximo capítulo.



Capítulo XVI

La partida

ALGO pudo tranquilizar a la infeliz María la pronta vuelta de su adorado Hernando.

Al sentir sus pasos por las extensas galerías que conducían a su aposento, ella los conoció perfectamente como si el ruido que ellos producían fuera imposible confundirse con otro, porque el alma por sí sola percibe y conoce ciertas sensaciones cuya causa no nos podemos explicar, y la cual nace sin duda de un conocimiento superior al que nos puede prove-nir de los sentidos.

Pero sigamos la historia de María, que ella describe perfectamente los acontecimientos que queremos narrar en este capítulo.

Al cabo de algunas horas volvió Hernando trayendo pintada en su fisonomía la expresión de una melancolía hasta cierto punto agradable. Yo, que durante su ausencia me había entregado al más amargo desconsuelo, levanté hacia él mis llorosos ojos demandándole una explicación que pudiera satisfacerme.

Hernando me comprendió perfectamente y, sin dar lugar a una nueva súplica, me hizo sentar a su lado y empezó a hablarme de este manera:

—Si al sentimiento purísimo que tú supiste inspirarme, alma mía, no se uniera la horrible fatalidad de nuestros destinos, fuera yo el más feliz de los hombres.

Hasta ahora un secreto misterioso ha velado ante tus ojos mi nombre y mi fortuna. Acaso alguna vez te habrá parecido criminal mi silencio, y tu alma habrá rechazado con indignación los tiernos halagos que mi afecto te prodigaba. Habrás mirado en mí un hombre cruel, que se complacía en atormentarte, sin dejarse comprender, cual debiera a una mujer cuya existencia le pertenece. Pues bien, ese velo fatal ahora se desprenderá de tus ojos y el hombre, cuyo corazón has sabido conquistarte, podrá decirte con orgullo: he aquí mi nombre.

Le contemplaba yo con ojos radiantes de alegría, y las lágrimas de pesar, que antes habían humedecido mis párpados, se habían trocado en lágrimas dulcísimas vertidas casi en un completo enajenamiento.

Yo estrechaba con la más ardiente exaltación las manos de mi esposo, que se hallaban entre las mías, humedeciéndolas con el copioso llanto de placer que se desprendía de mis ojos. Después, como él me contemplara en silencio:

—Háblame, háblame —le dije—, mi alma está pendiente de tus palabras. —Y como si temiera perder alguna de ellas, suspendí mi respiración, temerosa de que pudiera oscurecerme un solo acento.

Hernando lloraba también, pero era el llanto sublime con que un alma de fuego expresa una sensación profunda y agradable. Dos lágrimas bajaban tranquilamente por sus mejillas; yo me apresuré a recogerlas con mis labios.

Hernando continuó con voz menos firme que su revelación había comenzado.

Mi nombre es Hernando Álvarez de Lara. Arrullaron mi cuna los murmullos de las ondas del claro Guadaira, meciéndola los benéficos aires que han mecido la tuya. Ese embalsamado ambiente, que se respira en las encantadas orillas de esa ribera, ha sido respirado por ambos en los presurosos días de nuestra niñez. Esa enorme fortaleza que se levanta a su margen, orgullo un tiempo de las huestes agarenas, y hoy rico blasón de sus nobles conquistadores, ha visto pasar en un bello recinto los primeros instantes de mi vida, felices porque eran el presagio de la época dichosa en que yo había de poseerte. Mi padre, a quien cien vasallos acatan y obedecen, contemplaba en mí un ilustre vástago de la nobleza castellana, destinado a perpetuar las glorias de sus ilustres progenitores.

He aquí, María, el hombre a cuya suerte has querido unir la tuya. Mañana, dueño de mis castillos y fortalezas, podría presentarte al mundo como a la dulce compañera elegida por mi corazón. Tus virtudes, tu pureza, tu corazón noble y generoso son timbres más esclarecidos que cuantos pudieran adornar otros blasones que de ellos carecieran; pero los hombres, más acostumbrados a examinar a los demás por una exterioridad engañosa que a profundizar en el corazón donde tienen su asiento las virtudes, se engañan fácilmente con deslumbradoras y falsas apariencias, sin advertir el enorme engaño de que suelen ser víctimas cuando se presenta bajo su verdadera y propia figura la triste imagen de la realidad.

Tres cosas pueden formar la felicidad de un hombre sobre la tierra: la primera es el buen nombre, adquirido en premio de sus acciones; la segunda, el valor, que lo hace respetable ante sus enemigos; y la tercera, una mujer, cuyo corazón, unido al suyo por la secreta simpatía que el Señor ha establecido entre sus criaturas, endulce los momentos amargos de su vida y se goce con él en sus prosperidades.

El amor no conoce otras leyes que las de la naturaleza. Las leyes, a que los hombres han querido sujetarlo, son vanas quimeras que solo sirven para hacer la infelicidad del género humano.

Ama, dijo Dios al hombre al colocarlo sobre la tierra; y este hombre, impelido por la necesidad de amar, no puede seguir otra senda que la que su corazón le marca, que es la senda trazada por el Señor hablando por la naturaleza. Si esto es así, ¿a qué sujetar estas eternas leyes a los caprichos, las más veces ridículos, de los hombres incapaces de escuchar el eco de sus nobles pasiones?

Yo te vi, hermosa y tierna niña, y en aquel momento escuché la voz de la naturaleza, por medio de la cual el Dios omnipotente me ordenaba que te amase.

Los hombres en cuyo corazón no penetra este acento, acaso tendrán por un crimen el responder a esta voz celestial, présaga de nuestra ventura.

Ellos han querido sujetar el amor a una serie de falsos y mal calculados raciocinios, sin considerar cuán imposible es uniformar los sentimientos que nacen espontáneamente en el corazón a impulso de las santas pasiones con los mezquinos cálculos de un interés miserable y rastrero.

El amor, sublime emanación del espíritu, no recibe ni puede recibir leyes más que de Dios, sabio ordenador de todas las cosas.

Difícilmente comprenderías tú el objeto de este preámbulo si yo no te explicara la causa de haber empezado con él la revelación que tanto has deseado.

Al hacerte conocer mi calidad y mi nombre, me parecía indispensable darte algunas noticias sobre estas ideas, que continuamente se me presentan a la imaginación y principalmente en los momentos en que se me quiere hacer víctima de esas combinaciones que mi corazón rechaza.

Mi padre, noble y honrado caballero, tuvo un amigo desde la infancia, compañero en las lides y partícipe de sus glorias, hasta que la suerte, que en variar de faz a cada momento se complace, le privó del galardón recibido en premio de sus muchos y muy considerables servicios.

Al morir solo conservaba una pequeña fortaleza y un número reducido de vasallos que, como un triste recuerdo de mejores días, le había dejado su fortuna. Al exhalar su último suspiro entre los brazos de mi padre, exigió a este una promesa, la cual fue hecha, desde luego, sin considerar lo mucho que en ella tal vez aventuraba.

Este caballero dejaba una hija de mi misma edad... María, la promesa era... la de unirme a ella con vínculos eternos.

Apenas escuché esta confesión de los labios de Hernando, un temblor convulsivo se apoderó de mí y, sin ser poderosa a resistir sus efectos, caí turbada y sin sentido entre sus brazos.

Vuelta ya en mí, a fuerza de sus muchos cuidados, comencé a llorar como si aquella revelación fuera el fatal anuncio de los amargos días en que más tarde he pasado mi existencia.

Condenada entonces a una cruel incertidumbre, y con la inexperiencia propia de mis cortos años, fácilmente lo creía todo y dudaba de todo al mismo tiempo. Cualquier insignificante acontecimiento era suficiente para sumirme en la mayor amargura, y cualquier otro, rodeado de alguna apariencia de felicidad, bastaba para hacerme enloquecer de alegría. De esta manera, no fue difícil a Hernando consolarme, como en otras ocasiones lo había hecho, pues sus palabras tenían para mí cierta fuerza de convicción a que en vano hubiera querido resistirme. La voz de aquel hombre, que había sabido fascinar mi corazón, llevaba para mí el acento de la verdad emanada de un ser extraordinario, ante el cual enmudecen los sentidos, calla la razón y cree el alma.

—Y bien —le dije yo—, mañana esa mujer a quien vos llamáis hija de un caballero, poseerá vuestro corazón y vuestra mano, como un tiempo la ha poseído la desgraciada hija de un infeliz morisco. Esa mujer elegida por vuestro padre será bendecida por él ante el ara del Señor, olvidando la unión temeraria que habéis osado realizar en medio de la oscuridad misteriosa.

No pude decir esto sin alguna mezcla de turbación, ni sin que mis lágrimas volvieran a mis ojos buscando tranquilamente su acostumbrado curso.

Hernando volvió a reiterarme sus promesas de no abandonar nunca a la mujer que su corazón había elegido, manifestándome su pensamiento de alejarse por algún tiempo del lado de su padre para dar lugar de esta manera a que algún acontecimiento viniera a relevarle de la obligación contraída por este, sin consultar antes su voluntad.

Excuso aquí mencionar las mortales angustias que se apoderarían de mí al contemplar la separación que, por primera vez, había de privarme de la presencia de mi adorado esposo.

Un sentimiento, hasta entonces desconocido, se había apoderado de mi corazón. Los celos, esa pasión irresistible que agota los tiernos sentimientos de un alma generosa, habían emponzoñando entonces mi existencia, dejándome ver mi porvenir aciago, cercado de todos los horrores, que más tarde había de prestarle una realidad funesta.

Hernando partió al fin. Yo no tuve valor para soportar su tierna despedida y, por algunos días, permanecí casi insensible, entregada al más cruel abatimiento.

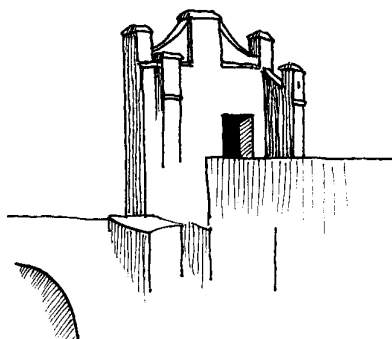
Se me representaba a veces la imagen de aquel hombre adorado entre los brazos de una mujer desconocida y a quien, sin embargo, aborrecía con toda mi alma.

Así pasaron muchos días sin que en ellos hubiera tenido noticia alguna del hombre por cuya ausencia suspiraba.

Si alguna vez habría las ventanas de mi aposento para respirar la embalsamada brisa de los jardines cercanos, me parecía ver aquella tierna paloma que en tiempos más felices arrullaba a sus pequeños hijuelos y a cuya vista había manifestado a Hernando el estado en que entonces me encontraba.

Pero demos alguna tregua a mis dolores. Va a comenzar la más terrible época de mi vida y es necesario para continuarla un valor que acaso excederá a mis fuerzas...

Suspendamos por un momento la continuación de esta historia para ver cómo el infame Nuño trató de llevar a cabo el más ruin proyecto que pudo abrigar la imaginación del más perverso de los hombres.



Capítulo XVII

La seducción

SIEMPRE ha sido de almas mezquinas prevalerse de las amargas situaciones para asestar los tiros de sus maldades contra el indefenso, que en vano trataría de desviarlos cuando ellos han sido bien dirigidos.

Nuño había calculado, y acaso habría calculado bien, si sus planes no se dirigieran contra la virtud de María, que una mujer, colocada en la situación en la que ella por desgracia se encontraba, era tanto más fácil de seducir cuanto lo era el manifestarle con todo el aparato de realidad una infidelidad de parte del hombre que adoraba. Él calculó bien, repetimos, que una mujer abandonada por un hombre, fácilmente se presta a ejecutar lo que otro, por quien se ve alagada, le propone. Pero él no consideraba lo difícil, y aún casi imposible, que es las más veces introducir el veneno de la seducción en el corazón de una mujer que ama todavía, y que ama con esperanza.

Nosotros no admitimos en manera alguna la teoría, que hasta ahora se ha querido establecer, de que una mujer, solo por ser desdeñada, está dispuesta y aún tiene derecho a usar de represalias, siendo infiel solo por vengarse. Algún tanto conocedores de las pasiones que agitan el corazón humano, creemos más bien que esa venganza, por algunos mal entendida y explotada por muchos, es más bien hija de una depravación del alma que de ese instinto que en manera alguna podemos conceder a las mujeres. La mujer que se venga de una infidelidad recurriendo a otra, podemos asegurar, sin temor de engañarnos, que estaba dispuesta a ejecutarla sin necesidad de tal excitación, y que al disculpar un crimen, cuyas circunstancias quieren atenuar por ese medio, escogen el escudo a cuya sombra más fácilmente pretender guarecerse.

Permítasenos esta digresión en gracia de las verdades que envuelve y de que, por fortuna, no puede dudarse con un mediano conocimiento del corazón humano.

La mujer que ama es imposible que abrigue una venganza contra el objeto de su amor. Esa pasión santa, pura, vivificadora, inmensa, que Dios ha colocado en sus criaturas, y por cuyo medio alcanza el hombre su más sublime felicidad, si rectamente es conducida, es imposible de rodearse de esos atributos que almas mezquinas y corrompidas por el egoísmo más estúpido

quieren atribuirle. Ese sentimiento dulcísimo, que embriaga el corazón y enajena el alma elevándola hasta la divinidad, es imposible, repetimos, de extrañar la razón hasta el punto que algunos maliciosamente han pretendido.

Nunca está más lejos de una mujer de imaginar esas supuestas venganzas, que cuando el amor ha penetrado en su corazón; nunca más próxima a realizarlas que cuando ese sentimiento, de origen celestial, ha perdido para ella sus mágicos encantos, convirtiéndose en un manantial de impuras y bastardas sensaciones. Pero vengamos a nuestro propósito.

Nuño, cuya estrategia maravillosa y cuyo malévolo corazón iremos conociendo en el curso de esta historia, se había propuesto corromper el corazón purísimo de María, convirtiéndolo en una sentina de vicios, que estuvieran en armonía con los instintos de su alma depravada. La fragancia de aquella flor, cuyo cáliz no se había abierto sino a las puras auras de un amor eterno y espiritual, por decirlo así, formaba un contraste con la hediondez de las venosas plantas que la rodeaban. El huracán de las bastardas pasiones, nacidas en el corazón de aquel infame escudero, debía agotar la frescura y lozanía de aquella rosa sin espinas que la guarnecieran; pero su fragancia y sus dulces y suaves perfumes de ningún modo podía ser arrancados de sus marchitas y abatidas hojas.

La virtud, esa atmósfera purísima que embalsama el ambiente de una mujer, es imposible arrancarla de su corazón si ella no la arroja voluntariamente. Como todas las cualidades del espíritu, es incapaz de desvanecerse mientras el alma se obstina en conservarla.

Nuño, colocado respecto de ella en una posición ventajosa, quería aprovechar la superioridad, que él acaso ponía en sus manos, para arrastrarla en pos de sí a un abismo de corrupción y de maldades.

Le prodigaba desde la partida de Hernando los cuidados más afectuosos, usando con ella de cuantas condescendencias y tiernos desvelos pudieran imaginarse. Pero aquí tomaremos de nuevo el hilo de la interrumpida historia, en la cual María se expresa de esta manera.

Los cuidados que Nuño me prodigaba desde la partida de mi esposo me parecían solo el efeto de las órdenes que él le habría dado antes de su salida. Ya no había para mí la severa reclusión en que me había hecho permanecer los primeros días de mi estancia en aquel castillo. Las puertas estaban abiertas para mí a todas horas y no me privaba de pasar los días enteros en los jardines, al pie de aquella fuente que para mí tan gratos y lisonjeros recuerdos conservaba. Si se exceptúa la presencia de Nuño, que como una sombra fatal me seguía a todas partes, gozaba yo allí de la libertad más completa.

Una noche, en que sentada al lado de mi fuente querida contemplaba los rayos de la luna, que sobre sus cristales reflejaban y en que el melancólico ruiseñor llenaba de dulce melodía el aura tranquila y serena que mi abrasado pecho respiraba, cuando con el mayor enajenamiento me entregaba, en aquella soledad apacible, a la contemplación de las bellas ilusiones que mi fantasía me presentaba, sentí moverse las hojas de un naranjo cercano de la fuente, y sin poder contener mi emoción, exhalé un grito de espanto al cual una voz monótona y desabrida contestó con estas palabras:

—Nada temáis, señora, ¿qué cosa puede sobresaltaros estando a vuestro lado el hombre que de continuo vela por vuestra felicidad, como el ángel custodio por el alma que le está confiada?

Me parecieron en un principio las palabras de aquel hombre nacidas de un verdadero afecto, excitado en su corazón por mi soledad y mi infortunio. Él me veía joven, enteramente abandonada de todo el mundo, sin tener otro amparo en aquel ignorado retiro que la bondad de los que me rodeaban, y acaso un recuerdo del que a lejanas tierras se ausentaba. Las creía, digo, nacidas del afecto que pudiera inspirarle una tierna y desconsolada niña, pero nunca hubiera imaginado que aquel hombre, de corazón perverso, hubiera fijado una mirada de torpes y asquerosos deseos en que mancillaba mi honor y al mismo tiempo daba pruebas de la más negra ingratitud hacia su señor, que en él había depositado su confianza.

Si grande fue mi sorpresa por la aparición inesperada de aquel monstruo de iniquidad en medio de la soledad de la noche, mucho mayor lo fue al escuchar de sus nefandos labios una declaración hecha con la mayor imprudencia y con aquella serenidad propia de un alma envilecida.

Me había repuesto apenas del sobresalto que su presencia me había causado, cuando, demandándole yo la causa de su venida, se sentó a mi lado y me habló de esta manera:

—No extrañaréis, señora, que quien ha sido tanto tiempo vuestra custodia por invitación ajena, ahora, por su propio interés y por los tiernos cuidados que habéis sabido despertar en su alma, os siga por todas partes, cual si fuera la sombra de vuestro mismo cuerpo. Mientras una llama es pequeña, fácilmente puede sofocársela o al menos hacerla permanecer algo escondida bajo algunas sencillas apariencias; pero cuando a esta llama se añaden sin cesar combustibles que la alimenten, difícil sería, y aun acaso imposible, hacerla estar oculta, cuanto menos desvanecerla, porque entonces, formada ya una hoguera voraz e irresistible, consumiría cuantos obstáculos quisieran oponerse a su violencia.

Tal es, señora, el estado a que ha llegado mi triste corazón con el inmenso amor que lo consume. Desde el primer instante en que mis ojos os vieron, comencé a sentir la llama ardiente que ellos dentro del pecho han encendido y que, empezando por despojarme de mi tranquilidad y mi alegría, se ha convertido en una hoguera inmensa que sin cesar me consume y me devora.

Sois demasiado joven. Aún no conocéis del mundo las engañosas tramas y habéis sido víctima de una de ellas, que hábil y cautelosamente se os había tendido.

Hernando, ese hombre a quien habíais consagrado vuestro corazón lleno de ternura, lejos de corresponder fielmente a vuestra pasión insensata, os ha abandonado en los brazos de vuestra desgracia, cuando va a unir su suerte a la de otra mujer, que corresponde a su elevada clase.

En vos no ha visto otra cosa que la satisfacción de un capricho vago y pasajero, que con su ilusión ha arrebatado las bellas esperanzas que habíais formado en los sueños de vuestra fantasía.

Él, nacido en noble e ilustre cuna, no hubiera osado jamás efectuar con vos un enlace que a la faz del mundo lo degradaba.

Vos no podéis alegar otros méritos que los de la hermosura, y la belleza de una mujer pasa tan ligera como una ráfaga de luz en el cielo, que cruza velozmente por los aires, sin dejar huella alguna de su camino.

Lloráis, bien lo veo. Ese es el único consuelo que os han dejado en esta soledad. Mañana, cuando desengañada y sin esperanza alguna seáis arrojada de este castillo, ni aún tendréis el consuelo de que se os compadezca, porque embriagados todos con la alegría del enlace que va a contraer vuestro fingido esposo, nadie se cuidará de una mujer que, arrancada de los brazos de la infelicidad, torna a ella por el camino de su deshonra.

Sin embargo, aún existe un corazón que por vos ha latido en silencio y que acaso un día podrá hacer vuestra felicidad.

Este corazón, que con el mayor delirio os adora, sabrá inspirarme acciones dignas de vuestro aprecio. Yo os consagraré mi vida entera, y si fuere preciso huir de este recinto donde tan injustamente se os ultraja, yo os seguiré donde quiera para defenderos y para amaros. Venid, venid a mis brazos. En ellos encontraréis el consuelo que ha menester vuestro corazón, y yo os haré comprender que aún existe en el mundo quien pueda merecer vuestra ternura.

Dicho esto, se levantó precipitado y corrió hacia mí en ademán de estrecharme entre sus impúdicos brazos. Yo le rechacé con la mayor indignación, reprendiéndole su vil y temeraria osadía y haciéndole ver cuánta era la bajeza de sus sentimientos.

Esta repulsa, en vez de apaciguar sus bárbaros intentos, sirvió de un nuevo incentivo a su brutal deseo. Volvió a instar con mayores ansias, haciéndome promesas ridículas y extravagantes, que hicieron llegar a su colmo el resentimiento de mi dignidad ofendida.

Le volví a rechazar con la mayor aspereza, ofreciéndole dar al olvido su infame atrevimiento si desistía para siempre del pensamiento infame cuya declaración se había atrevido a hacerme, y que, además, nada de ello participaría a Hernando a su vuelta, si un arrepentimiento sincero había de seguirse a la ingratitud y deslealtad que entonces había mostrado.

Al escuchar estas palabras, fijó en mí una mirada de compasión irónica y, asomando a sus labios una infernal sonrisa, me dijo:

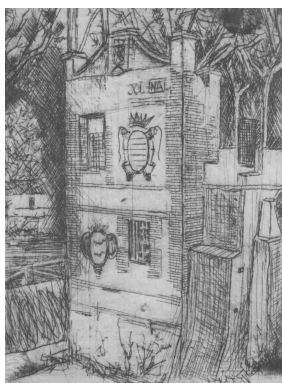
—Si la lástima y el desprecio no hubieran apagado en mi corazón la llama del amor insensato que hacia vos había sentido, fácil me fuera probaros que, para conseguir mi deseo, era bastante la fuerza de mi voluntad, pues aquí nadie podría favoreceros. Por otra parte, estoy convencido de que algún día llegaréis a implorar de mí el amparo que he venido a ofrecer, y quiero esperar ese momento para dar más valor a mi triunfo.

La amenaza que me hacéis de revelar a mi señor la osadía que decís he mostrado poco temor a la verdad me causa. Él contestará a vuestras quejas a lo más con una sonrisa de compasión, porque ya nada le queda que esperar de la hija del morisco, y sobre todo, que es necesario que os vayáis convenciendo, pobre cordera ofendida, de que no volveréis a ver a mi señor, siendo así que él ya os ha abandonado como un objeto inútil a su felicidad.

Cuando acabó de hablar de esta manera, dejando en mi corazón el mortal veneno que aún en este momento me consume, prorrumpió en una carcajada diabólica y se separó de mí, gozándose al parecer en el horrible tormento de que me había rodeado para siempre.

Entonces conocí todo el horror de mi infortunio, viendo que empezaban a realizarse los funestos presagios que había tenido mi corazón.

Fuera de mí, sin saber qué hacerme ni a quién decidirme, me dirigí hacia mi aposento y, arrojándome en el lecho, extraviada mi razón y en un enajenamiento inexplicable, permanecí hasta el siguiente día para volver de nuevo a la contemplación de mi amarga y cruel desventura.



Capítulo XVIII

La lucha

SI hay corazones nobles que generosamente perdonan una ofensa, por más que no hayan dado lugar a ella, hay otros, por el contrario, que llevan el resentimiento hasta su último grado, no perdiendo ocasión de vengar el agravio más leve y conservando el rencor más apasionado en todos los instantes de su vida.

Los seres que poseen un corazón de tal naturaleza tienen como vinculado todo su placer en la venganza. Ella forma sus delicias cuando alguna vez, inspirados por sus miserables pensamientos, pueden devolver centuplicado el mal que han recibido.

Tal era el carácter del escudero, que había visto fracasar y desvanecerse sus locas esperanzas contra la firme roca de la virtud de María.

Inclinado por su naturaleza al mal, no podía dejar impune la afrenta recibida y, por lo tanto, se preparaba para llevar a cabo la obra de su malignidad del modo que le fuera posible.

Vencer aquella fortaleza, donde tenía que combatir a un tiempo la virtud, la pureza y un amor tierno y apasionado, sin tener de su parte otras fuerzas que las que le prestaban su audacia y su descaro, era de todo punto imposible. Sin embargo, aún conservaba en su corazón alguna remota esperanza, y sin dar oídos más que a su insensato ardimiento, se había formado este dilema: *o su posesión o su ruina*.

Fácil es de calcular las consecuencias que de cualquiera de ambos modos habían de seguirse a la infeliz María. Ella, por su parte, había conocido bien la posición en que aquel monstruo la colocaba y se había formado a la vez otro, en estos términos: *o la infamia o la muerte*.

Ya no había más esperanza. Ella se veía abandonada, sin amparo alguno, encerrada en aquella fortaleza. Su esposo, a quien creía perdido para siempre, la había engañado traidoramente valiéndose de la sencillez de su alma, según las palabras de Nuño. ¿Qué debía esperar? Allí debía pasar el resto de su vida, entregada continuamente al llanto y a la desesperación. Allí era preciso escuchar continuamente las péfidas sugerencias de un hombre depravado, sin tener a quien volver sus empapados ojos para demandar una palabra de consuelo. La lucha debía ser tremenda; pero, no obstante, ella

se armó de todo el valor que su virtud le daba y decidió en su corazón dejarse morir mil veces antes que ceder a las asquerosas invitaciones de aquel hombre miserable.

Su estado era cruel. Llevaba en sus entrañas el fruto de un amor infortunado, que desde las puertas del paraíso la arrojaba a lo más profundo del infierno.

El tiempo corría velozmente. El día de su alumbramiento se acercaba y ella, entre tanto, con la resignación de un mártir, esperaba aquel momento fatal que había de venir a complicar su suerte.

Pero volvamos a la continuación de la historia.

La presencia de aquel hombre desalmado no turbó mi sosiego por algunos días. Yo, insensata, esperaba que, conociendo su crimen, tal vez el remordimiento le haría evitar mi presencia. Pero, ¡cuán al contrario sucedía! Mi repulsa había despertado en él mayores deseos y una tenacidad sin límites siguió a sus insensatas persuasiones. Ni un día, ni un solo día se pasaba sin tener que oponer una enérgica resistencia a su brutal deseo. En esta lucha penosa pasó todo el tiempo que faltaba hasta el momento fatal que se acercaba por instantes.

Sola, sin más auxilios que mi esperanza en un Dios de bondad inmensa y los de aquella mujer que Hernando había destinado a mi servicio, y a quien desde su partida había visto muy pocas veces, di a luz una criatura que despiadadamente me arrebataron, sin darme lugar a estrecharla ni una vez siquiera entre mis maternales brazos.

Todos los padecimientos, todos los intensos dolores que entonces me angustiaron, y todas las penas que desde entonces a acá he sufrido sin exhalar una sola queja, hubiera duplicado con gusto si se me hubiera dejado llevar a mi hijo y vivir con él en la soledad más apartada. Pero, ¡ah!, no ha sido posible. El dedo del Señor marcaba la senda de mi destino y no me era dado separarme de ella, porque mi destino debía cumplirse.

Al día siguiente volvió aquel hombre infernal a mi presencia para hacer sufrir un nuevo suplicio en cada una de sus palabras.

—Vuestro hijo vive —me dijo—, pero no os será entregado hasta que más humana hayáis cedido a las continuas súplicas que mi corazón os dirige.

No me fue posible contestar a esta nueva afrenta. La voz quedó helada en mi garganta y, con las manos elevadas al cielo, demandé a Dios el castigo para aquel mirable.

No sé si desesperado por mi obstinación, si horrorizado por su mismo crimen, salió precipitado de mi aposento, donde no volvió después a sentar su inmundicia y asquerosa planta.

Capítulo XIX

La venganza

RARA vez, cuando un alma ha emprendido el camino de la depravación, le es posible separarse de él hasta haber tocado su término.

Esto mismo sucedía a Nuño que, obstinado más y más en la ruina de aquella joven inocente, no quería abandonar su comenzada venganza hasta haber dado colmo a su bárbaro proyecto.

Si mal le había salido la empresa de sus amores, en cambio, había jurado la perdición de aquella niña infeliz, que no era ya ante sus ojos la mujer capaz de inspirar sensibles y tiernas emociones, sino un ser ante el cual había visto humillarse su desmedido orgullo; y a la manera que las olas del mar embravecido cuando encuentran la resistencia de un peñasco, pugnan entonces con más fuerza por destruirlo y abatirlo, de la misma manera las bastardas pasiones que luchaban dentro de su corazón, pretendían deshacer y aniquilar el obstáculo contra el cual se desbarataban, que era la firma roca de la virtud de María.

No satisfecho aquel corazón sediento de maldades con verla padecer bajo el enorme y degradante peso de su desgracia, su perversidad no se satisfacía sino arrojándola fuera de aquel castillo, testigo de su osadía temeraria.

Para esto era preciso dar el golpe con seguridad, valiéndose de una mano extraña, mano poderosa a quien no pudieran alcanzar las iras de su joven señor cuando diera la vuelta a sus dominios.

Nunca alcanza más la imaginación de un hombre que cuando esta se dirige a perjudicar a sus semejantes.

Constantemente se ha observado, examinando los humanos seres desde el estado natural (caso de concederlo) hasta el mayor grado de civilización, que si bien han inventado algo para su conservación propia, los efectos de este *algo* son nada en comparación de lo mucho que han creado para su ruina. Por eso decimos, y decimos muy bien, que nunca es más fecunda la imaginación de los hombres, que cuando va encaminada a producir un mal a su misma especie.

Animado de estos funestos pensamientos, se dirigió aquel hombre de maldición al castillo de Manchaniella, donde a la sazón D. Rodrigo Álvarez de Lara se encontraba, y hallándose ya en su presencia, con fingidas muestras

de un profundo sentimiento, le participó los amores de Hernando con la joven María, sin ocultarle el estado en que aquella se encontraba, relativo a su maternidad. Solo pasó en silencio la parte que él había tenido en aquellos amores, alegando como un mérito el haber hecho concurrir para la bendición de aquel enlace a un hombre, ministro del altar en la apariencia, y que no era en verdad sino un fingido sacerdote.

Con esto evitaba el escrúpulo que pudiera tener el anciano caballero en oponerse a un enlace en que hubiera intervenido la potestad de un ministro del Señor; y como estaba seguro de lo difícil que hubiera sido descubrir su impostura, nada le detenía en aventurarla. Pero adonde más llegó el colmo de su iniquidad fue al asegurar a aquel caballero que, lejos de guardar aquella mujer la fe debida al hombre que hasta a su amor la había elevado, impúdica y sin rubor se entregaba en los brazos de otro hombre durante la ausencia de su señor, crédulo y apasionado. Y llegó a tanto la infamia de aquel monstruo aborrecible que, para saciar de una vez los instintos de ferocidad que alimentaba, propuso al anciano señor de Manchaniella arrojar aquella mujer envilecida por sus crímenes de la más alta torre del castillo, premio debido a sus muchas liviandades.

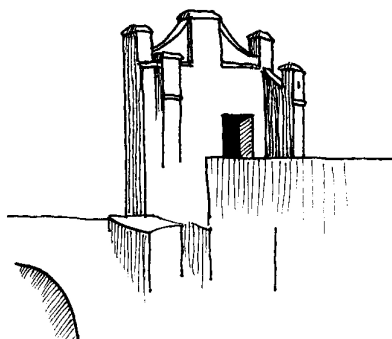
Crédulo por demás era D. Rodrigo Álvarez de Lara, y no fue poca parte aumentar esta misma credulidad la repugnancia, que siempre en Hernando había encontrado, al tratarle de su enlace con la de la Membrilla. Creía, así mismo, a su hijo fascinado por aquella mujer que, con tan negros colores, Nuño le presentaba y, admitidos ya estos precedentes, nada podía dudar de la relación de su escudero.

De carácter irascible, el de Lara, enérgico y precipitado, como el de la mayor parte de los caballeros de aquella época, no tardó un momento en pronunciar la sentencia de muerte contra aquella joven desventurada en el primer arrebato de su indomable ira. Además, fanático y poco conocedor de las dulces pasiones, creía que, en el amor inspirado a su hijo por aquella mujer, podía haber alguna parte de hechizo, cualidad que concedían entonces a muchas mujeres, con especialidad a las que de familias moriscas procedían, y esta era una causa más para decretar su muerte.

Ya había sido encomendada a Nuño la ejecución de aquel nuevo y horroroso crimen, cuando la conciencia, que rara vez deja de tomar parte en las deliberaciones del hombre, hizo conocer al anciano caballero toda la gravedad del asunto de que se trataba. Y el que no hubiera vacilado en dar muerte a cien enemigos en el ardor del combate, se estremeció al considerar la sentencia que sus labios habían pronunciado contra una mujer indefensa.

La orden de ejecución fue revocada, dando a entender a Nuño que no la llevaría a cabo hasta haberse persuadido, por sí mismo, de cuanto acababa de manifestarle.

Este, que ya había sentido en sus labios el néctar de la venganza, y que con él se saboreaba, escuchó con indignación profunda, oculta bajo la máscara de sumisión y respeto, las últimas palabras de compasión que había pronunciado el señor de Manchaniella. Pero no se desanimó de conseguir su objetivo, antes bien, cobrando nuevas fuerzas y nuevos bríos, a la par que los obstáculos se multiplicaban, solo se ocupó desde entonces de hacer aparecer culpable a aquella ante los ojos de su señor, que bastante compasivo se había mostrado. Sigámoslo, pues, en el próximo capítulo, donde veremos desarrollado el plan de sus iniquidades.



Capítulo XX

La prueba

CUANDO el alma está preocupada y ofuscados los sentidos por sensaciones profundas, ya de placer o ya de tristeza, fácil es hacernos ver los objetos que nos rodean según la voluntad del que los ha preparado de antemano, por más que, profundizando un poco, nos fuera fácil encontrar la realidad; pero como en el estado de ofuscación, en el que algunas veces se encuentran los sentidos, no nos he dado meditar sobre los acontecimientos que a nuestra vista pasan, sin dificultad prestamos entero crédito a las apariencias, sin investigar hasta qué punto puedan estar conformes con la verdad que representan.

Nuño se había propuesto ofrecer a los ojos del de Lara un cuadro perfectamente trazado, sirviéndose de la misma persona que, sin saberlo, había de patentizar, a lo menos en la apariencia, el crimen que por aquel hombre se le había imputado.

El engaño y la perfidia jamás pudieron encontrar un ser más a propósito que aquel miserable escudero para ostentar el poder de que son capaces cuando están hábilmente manejados.

Él quería dar a su señor una prueba que patentizara la existencia del crimen de que era acusada la infeliz María, y para ello era preciso hacerle presenciar la escena que estratégicamente preparaba.

Cuando se hubo separado de su señor, solo se ocupó de preparar los medios de realizar su proyecto. Y como para esto necesitase un cómplice que le ayudara a llevar a cabo su diabólica trama, se puso de acuerdo con uno de los criados de aquel castillo sobre el cual ejercía tan grande influencia, qué fácilmente pudo decidirlo a secundar sus intentos sin preguntar siquiera el objeto a que se encaminaban. ¡Tanto es el poder del oro oportunamente ofrecido!

Preparado ya todo lo necesario para la farsa que debía convencer a D. Rodrigo de las sospechas que Nuño le había inspirado, le dio este aviso de que aquella tarde entrase silenciosamente en su palacio, donde, colocado por él en un lugar conveniente, examinaría por sí mismo una entrevista que aquella mujer había de tener con su desconocido amante.

Tan bien urdida estaba la intriga, y tanta apariencia de realidad había de tener la escena que había de representarse, que nadie pudiera dudar de los hechos que debían figurarse para la ruina de aquella joven desdichada.

Pero antes de proseguir la narración de estos hechos, justo parece dar una idea a nuestros lectores de quién era el criado que había de secundar las tramas del escudero como un autómatas sin más acción que la que le prestaba su voluntad.

Hay ciertos hombres, por desgracia en un número considerable, que, semejante a la aguja imantada, no tienen otro polo ni otro norte fijo que el dinero. Esos miserables seres, degradación de la especie humana, han divinizado las riquezas hasta el punto de rendirles un culto exclusivo y fanático; y es tal en algunos esa sed insaciable de riquezas, que metalizarían, si les fuera posible, hasta su propio corazón. Esto había conocido Nuño en el hombre de quien trataba valerse para sus amañes, y esto mismo le hizo entablar con él el diálogo siguiente tres días antes que hubiera de consumarse el sacrificio.

—¿Ves este bolsillo? —dijo Nuño al criado mostrándoselo al mismo tiempo.

—¡Oh! Sí, lo veo —contestó este con agitación marcada.

—Es oro y puede ser tuyo.

—¿Cómo!

—Este metal tiene la virtud de hacer hablar a los muertos y callar a los vivos.

—Os comprendo, seguid.

—¿Te atreves?

—A todo.

—¿Serás cobarde?

—Un león.

—¿Astuto?

—Una culebra.

—¿Callado?

—Una roca.

—¿Sufrido?

—Un cordero.

—¿Quién te fía?

—Si el oro es mucho, mi fuga; si es poco, la esperanza de aumentarlo.

—En esa confianza voy a encomendarte uno de los asuntos de más importancia de mi vida. Conforme la ejecución, será el premio; prudencia y obrar.

- Disponed.
- Escucha... Hay una mujer en este castillo...
- Lo sé.
- Su habitación está próxima a las galerías del lado del jardín.
- Lo sé también.
- ¿Cómo?...
- Haceos cuenta de que no os he dicho una palabra.
- Bien, una de las ventanas de su aposento está enfrente de la fuente de los naranjos.
- Sí, la tercera.
- Está abierta casi toda la noche.
- Seguid, ¿qué hago?
- Esta noche te has de asomar a ella y cuando estés seguro de que te escuchan, has de decir estas palabras: *Señora, aún hay quien se apiade de vuestra desgracia. Si queréis ver a vuestro hijo, estad mañana al oscurecer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio, porque me va en ello la vida.*
- ¿Y después?
- Cuando hayas desempeñado tu misión primera, se te darán más instrucciones. Del resultado de ella me darás aviso al momento.
- Quedad con Dios.
- Él te guarde.

Se despidió el criado del escudero para dar fiel cumplimiento a sus órdenes y, apostado en el jardín frente a la ventana, esperó una ocasión oportuna.

Efectivamente, María, que no encontraba un momento de sosiego, apenas la noche tendió sobre la tierra la oscuridad de su manto, abrió la ventana de su aposento y se puso a contemplar con silencioso recogimiento la armonía que existía entre su suerte y las densas tinieblas de aquella noche.

Contemplaba así esa majestad que Dios se complace en dar a la naturaleza en estas horas en que todos los objetos han enmudecido para dejar hablar con elocuente silencio la voz imponente de la divinidad creadora.

Hay momentos en la vida en los cuales el alma menos inspirada cree penetrar los arcanos misteriosos con que Dios ha velado su omnipotencia. En estos momentos, éxtasis divino de la imaginación, cruza rápidamente por nuestra fantasía un pensamiento brillante. Sígueme, dice el alma este pensamiento; y el alma, confiada en las fuerzas que le presta su delirio, pretende seguirlo; pero el pensamiento se escapa, la ilusión se pierde y queda el inmenso vacío con que hace Dios conocer al hombre su pequeñez y su miseria.

En uno de estos éxtasis se encontraba María cuando vino a distraerla un ruido que se notaba al pie de su ventana.

Como la noche estaba oscura, no pudo ver la causa que lo produjera, pero escuchó distintamente estas palabras que una voz extraña le dirigía: *Señora, aún hay quien se apiade de vuestra desgracia. Si queréis ver a vuestro hijo, estad mañana al oscurecer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio, porque me va en ello la vida.*

Solo esto era bastante para decidir a aquella madre desconsolada a cualquier determinación, por arriesgada que fuese, cuando las noticias que esperaba eran para ella el objeto de sus continuas ansias. Así que, sin premeditar las consecuencias que le pudieran seguir, contestó a la voz que le había hablado:

Al oscurecer estaré mañana al lado de la fuente.

Obtenida esta contestación, partió el criado con paso presuroso a dar noticia de ella al escudero. Este la recibió con las mayores muestras de alegría, y dándole, en prueba de su ulterior liberalidad, algunas monedas de oro, comenzó a instruirlo en cuanto era indispensable para la realización de su pensamiento.

Excusamos decir cuáles serían estas instrucciones, supuesto que las hemos de ver puestas en práctica maravillosamente, con aquel tino que sabía imprimir aquel hombre malvado en cuantos eran instrumentos de sus pérfidos amaños.

Capítulo XXI

La vuelta

LA tarde del día en que debía verificarse el sacrificio tocaba ya a su término. El sol, cubierto con rojas y ligeras nubes, se ocultaba tranquilamente entre las elevadas cumbres de las colinas que por el O.E. circundan el edificio que servía de morada a la infeliz María.

Las ligeras sombras del crepúsculo velaban ligeramente los contornos de los objetos, presentándolos a la vista con aquella vaga indecisión que les presta el crepúsculo de la tarde.

Todo estaba ya preparado. Nuño había dado ya a su cómplice las órdenes convenientes y esperaba el resultado con aquella estoica serenidad propia de las almas avezadas al crimen.

María, por el contrario, aguardaba con ansiedad los pocos momentos que faltaban para la hora de la cita, advirtiéndose en todas sus acciones la agitación que reinaba en su espíritu. Sus ojos estaban fijos en la fuente, su corazón en su hijo y su esperanza en Dios.

Desde muy temprano se había colocado en la ventana, creyendo por este medio hacer pasar los instantes con mayor rapidez. Cada momento que pasaba era para ella una eternidad de pesados angustia. Ella no podía dudar que el ser, cuya voz misteriosa le había hecho concebir la esperanza de ver a su hijo, podía ser el ciego instrumento de que se valía la perversidad de un hombre desalmado porque, con un corazón generoso y puro, difícilmente se atribuyen a los demás acciones de traidora perfidia.

D. Rodrigo Álvarez de Lara había sido colocado por Nuño en una posición desde la cual dominaba perfectamente el lugar donde había de presentarse el simulacro, y desde la cual podía evitar las miradas de los que estaban fuera del edificio.

Ya el momento fatal estaba cerca. La víctima estaba pronta a caminar al sacrificio, y el verdugo espiaba con avidez satánica y cautelosa el lugar donde debía verificarse. El más pequeño ruido le parecía producido por la aproximación de su víctima o de su cómplice.

El sol escondió del todo sus benéficos rayos para no ser testigo de tanta iniquidad. Ya llegaba el momento cuando se dejó escuchar, primero en las puertas y luego en el interior del mismo palacio, el murmullo producido por diferentes voces que en profundas aclamaciones se mezclaban.

Un nuevo personaje apareció en la escena; este era el joven Hernando que, cubierto del acerado casco y la endurecida malla, sin temor a la fatiga de una jornada larga y trabajosa, se presentaba en el palacio de sus mayores después de una ausencia considerable.

Se extrañará tal vez la causa que había conducido a aquel guerrero de vuelta a sus dominios en tiempos en que la guerra contra los moros se hacía cada vez más tenaz y porfiada, y cuando en ella era más precisa la espada del fuerte castellano.

Era, pues, el caso que, hallándose Hernando impedido de manejar las armas, de resultas de una herida recibida en el brazo derecho y la cual aún no había cicatrizado, obtuvo el permiso de volver a sus tierras donde aguardaba restablecerse con ánimo de regresar al combate cuando sus fuerzas le permitieran empuñar la espada.

Desde el momento en que se apartó de los reales, un funesto presentimiento le perseguía, de tal suerte que, sin poder resistir la influencia, salvó en muy pocos días el espacio que de sus señoríos le separaba⁸.

Cubierto de sudor y cansado de fatiga llegó, como hemos visto, al palacio de Gandul, donde su inesperada presencia produjo una sensación extraordinaria.

Avisados D. Rodrigo y Nuño de su regreso, salieron a recibirle. Echó D. Rodrigo los brazos al cuello de su hijo y Nuño se adelantó a besarle una mano con muestras de la mayor alegría, queriendo encubrir el pánico terror que de él se había apoderado con la apariencia de un súbito alborozo.

No se ocultó al joven guerrero la turbación que su presencia producía, y mucho más hallando a su padre en aquel lugar y a aquella hora. Con miradas de inteligencia interrogaba al escudero el estado de su esposa adorada; pero este, fingiendo no conocer lo mucho que en ellas se le decía, bajaba al suelo los confundidos ojos sin atreverse a mirar a su señor cara a cara. Cansado ya de mudas investigaciones, y algún tanto alarmado por el embarazo que ambos presentaban, preguntó decididamente la causa que podía producirlo.

Su padre, entonces, sin contestar una sola palabra, le indicó por señas que le siguiese, y los dos, precediendo a Nuño, se colocaron en el lugar desde el cual habían de presenciar la extraordinaria escena que en aquel momento iba a verificarse.

⁸ Por este tiempo, bajo el reinado de D. Sancho IV, llamado el Bravo, y a consecuencia de la paz ajustada con los reyes de Granada y Marruecos, muchos caballeros regresaron a sus tierras con el objeto de descansar de los muchos trabajos y sinsabores que aquella lucha acarreaba. Uno de ellos fue D. Hernando Álvarez de Lara, que permaneció en sus dominios hasta que, habiendo dado el de Aragón libertad a D. Alfonso de la Cerda, volvió a encenderse la guerra desoladora en que con tanta tenacidad combatieron los opuestos bandos.

Capítulo XXII

El cordero en las garras del lobo

DESDE la noche precedente, en que María había ofrecido a aquel ser oculto y misterioso su asistencia al lado de la fuente en que se le había citado, una terrible agitación se había apoderado de su alma.

En las restantes horas de aquella noche, sus ojos no se habían cerrado y sus pensamientos no había podido dirigirse a otro objeto que al que con tantas ansias esperaba ver en el lugar convenido.

Llegó por fin aquella malhadada tarde. María, sentada a su ventana, veía pasar con demasiada lentitud los momentos que la separaban de su adorado hijo y, fijo los ojos en la sombra que los árboles proyectaban, contaba con alborozo hasta las más menudas quijas que, al avanzar, iban cubriendo. Luego que el sol dejó de extender sus rayos por el jardín cercano, su vista siguió las sombras de los montes, que por la extensa vega insensiblemente se perdía. La luz del sol desapareció de una vez para dejar renacer la esperanza en el corazón de la joven.

Hernando, D. Rodrigo y el miserable Nuño contemplaban en silencio la soledad que a su vista se ofrecía. Hernando llegó a temer.

El crepúsculo de la tarde iba ya, como hemos dicho, dejando lugar a la oscuridad de la noche.

Un hombre, joven al parecer, embozado en una larga capa, se adelantó como con cautela hacia la fuente de los naranjos. Al mismo tiempo las puertas de aquel edificio, que daban al jardín, giraron sobre sus goznes para dar paso a una inocente víctima. María salió...

Su paso desconcertado, sus hermosos cabellos en desorden sobre la blanca espalda, su ligero vestido agitado por las embalsamadas auras de la tarde y, unida a todo esto la sublime expresión que el dolor prestaba a su fisonomía, hubieran hecho creer a primera vista en las visiones celestiales. Hernando se estremeció.

Llegó aquella joven encantadora al lado de la fuente, donde el desconocido la esperaba.

—Seguidme —le dijo este—, y en el extremo del jardín hallaréis a vuestro hijo. He contravenido a mis órdenes pero, en cambio, me deberéis el consuelo de haberlo abrazado.

María no vaciló y siguió al desconocido. Hernando tembló.

Su padre entonces, tomándole una mano, mira, le dijo, la mujer a quien has entregado tu corazón. Mírala, seguir liviana y sin pudor al miserable que en tu ausencia te deshonoraba.

Hernando nada de esto había escuchado. La voz de la venganza penetró en su corazón y, respondiendo al eco destructor de aquella voz exterminadora, echó mano a la daga que pendía de su cintura y como un furioso león se precipitó tras el objeto que había provocado su ira.

D. Rodrigo y Nuño le seguían, pero como les faltaban las alas de su enojo ciego, pronto lo vieron desaparecer ante sus ojos.

El hábil confidente de Nuño, según las instrucciones que había recibido, luego que internó a María algunos pasos entre las espesas enramadas, con la ligereza del gamo se deslizó por lo más oculto de la arboleda y, abriendo una puerta que daba al campo, se alejó buen espacio de aquellos sitios.

María, que comprendió toda la infelicidad de su destino, viendo así burladas sus esperanzas, cayó de rodillas implorando del cielo un momento de tregua a tantos males.

En esta posición la encontró Hernando. A su vista, la ira creció dentro de su corazón y, levantando la mano en ademán de hierirla, ella volvió los ojos... Sus miradas se encontraron... ¡Hernando!, gritó María y cayó desmayada. ¡María!, exclamó Hernando al mismo tiempo, y el hierro homicida, suspendido sobre su cabeza, cayó a los pies de aquella virtuosa criatura.

A este tiempo, ya D. Rodrigo y Nuño habían llegado.

María estaba tendida en el suelo casi sin respiración. Hernando, cruzados los brazos y sin movimiento alguno, la contemplaba con amargo y desesperado silencio.

¡Muera!, gritó Nuño al acercarse a aquellos dos desgraciados. ¡Muera!, repitió D. Rodrigo con un acento de indecible dolor. ¡Nunca!, exclamó Hernando con voz firme y segura. Si esa mujer es culpable, su mismo crimen le dará el cielo por castigo. Los remordimientos de su conciencia le robarán la tranquilidad de su vida y el horrible recuerdo de su infamia envenenará su existencia.

Dejadla vivir, continuó cubriéndose sus ojos con las manos. Huya lejos de mí a ocultar su ingratitud y su vergüenza, y hasta el seno de la tierra vaya cargada con su oprobio.

Hernando se separó presurosamente de aquel sitio para evitar un espectáculo, a cuya vista su corazón se destrozaba.

Con las profundas sensaciones de aquella tarde, cayó en un completo delirio. María, entre tanto, había sido conducida a su habitación casi como un cadáver. En este estado permaneció dos días enteros sin dar la más pequeña señal de vida, hasta que, prorrumpiendo en un llanto copiosísimo, se desahogó algún tanto su corazón.

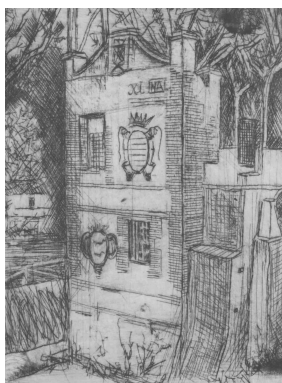
El nombre de su esposo fue la primera palabra que salió de sus labios, y tal era el efecto que aquellos sucesos habían producido en su alma, que poseída de una enajenación dolorosa, huía indistintamente de cuantos objetos se le presentaban.

Hernando no se había visto abandonado un solo momento del monstruo abominable que había causado todas sus desgracias y, cuando logró encontrarse libre de su delirio, escuchó de los labios de aquel hombre malvado la relación del crimen que a María se le imputaba y cuya prueba había presentado palpablemente ante sus ojos.

El desprecio y la compasión, en cuanto estos dos sentimientos pueden hermanarse, habían sucedido en el corazón del joven caballero a la desesperación y a la venganza.

Noble por instinto y generoso por naturaleza, no abrigaba contra aquella mujer más resentimientos que los que le inspiraba su ingratitud, por lo cual dio las órdenes convenientes para que la arrojaran de su palacio, pero conservando al hijo que podía ser, como lo era en realidad, el fruto de su amor infortunado.

Dadas ya todas las órdenes para que se llevase a cabo su determinación, Nuño se encargó de ejecutarlas; pero más adelante, prosiguiendo la historia de María, nos ocuparemos de este acontecimiento, el más interesante quizás de cuantos se contienen en estas páginas.



Capítulo XXIII

Consumación del crimen

DESPUÉS de tan amargos y multiplicados acontecimientos (continuaba María), uno, para mí de la mayor importancia, tuvo lugar una noche en que, sentada en mi ventana, oí una voz desconocida que me hablaba de esta suerte:

«Señora, aún hay quien se apiade de vuestra desgracia. Si queréis ver a vuestro hijo, estad mañana al oscurecer al lado de la fuente. Os recomiendo el silencio, porque me va en ello la vida».

No vacilé un momento en asegurarle mi asistencia al lugar de la cita, pues el ver a mi hijo era para mí una ventura extraordinaria.

Asistí, en efecto. En el lugar convenido encontré a un hombre embozado en una larga capa, el que me intimó le siguiese hasta un extremo del jardín donde encontraría lo que deseaba. Le seguí también sin arredrarme y, apenas habíamos dado algunos pasos, huyó de mí con la mayor ligereza dejando burlados mis deseos.

Viéndome tan infamemente engañada, me arrodillé demandando al cielo siquiera un momento de tranquilidad en medio de tantos dolores.

No bien me había arrodillado, cuando sentí ruido cerca de donde yo estaba. Volví los ojos llena de sobresalto y vi, ¡oh Dios mío!, a Hernando, a mi adorado Hernando, que se dirigía a mí con la daga desnuda en ademán de herirme. Con una ardiente exclamación, su nombre salió de mis labios. Me pareció escuchar de los suyos el de su tierna esposa y, al par que el hierro se escapó de sus manos, yo caí a sus pies desmayada y sin sentido.

Mucho tiempo estuve en aquel estado y, cuando ya creía volver a la vida para gozar de la presencia de mi esposo, vi desaparecer toda mi esperanza.

Era ya de noche. Las puertas de mi aposento estaban cerradas y yo, entregada a mi dolor constante, me lastimaba a solas de mi suerte.

Las puertas se abrieron con estrépito. El hombre inicuo, que incesante me perseguía, se presentó delante de mí, animado el semblante de una feroz sonrisa, y comenzó a hablarme de esta suerte:

—Tiempo es ya de que la iniquidad y la ingratitud, ocultas por la hipocresía, dejen el lugar que solo a la virtud estaba reservado. La máscara con

que encubríis vuestras liviandades, ha desaparecido. Mi señor, a quien vos creíais vuestro verdadero esposo y a quien yo he librado de la infamia que le preparabais trayendo para vuestro enlace un aparente sacerdote, ha sido testigo de vuestro crimen y el cielo ha permitido que él mismo os imponga la pena que yo he venido a ejecutar.

—Sois mi verdugo —le repliqué yo toda conmovida—, venís a gozaros en los tormentos de la víctima que ha elegido vuestra barbarie; y no contento con eso, insultáis mi desgracia y me injuriáis tan cruel y despiadadamente. ¡Qué os he hecho yo, qué ha podido infundir en vos el implacable odio que me profesáis! No habéis tenido bastante con haber acibarado mi existencia todo el tiempo que he tenido que sufrir vuestras horribles y nefandas sugerencias, sino que, instigado por una venganza tan atroz como vuestro crimen, queréis hacerme parecer culpable a los ojos del hombre que idolatro. Preciso es que tengáis las entrañas de tigre, cuando vuestro odio es tan implacable. Bien, yo seré ahora la víctima sacrificada a vuestros rencores, pero el cielo es justo y él se encargará de vengar mi inocencia.

—En vano acrimináis mi conducta —exclamó el escudero con una serenidad que me helaba la sangre—. Nada me importan vuestros dictérios. Yo he cumplido con mi deber denunciando vuestros crímenes y nada me importan las calumnias de una mujer envilecida.

—¡Eso más, Dios mío, eso más! Y vos, que miráis desde el cielo la iniquidad de este monstruo, ¿permitís que me ultraje siendo inocente? —Así exclamaba yo en medio de mi agonía, y el intenso dolor que me agitaba apagó mi voz y entorpeció mi lengua.

Mi verdugo siguió. En esta misma noche es preciso que abandonéis este lugar donde ya no caben vuestras ingratitudes. Esto me ordena vuestro esposo, o lo menos mi señor, a quien dais ese nombre, y yo, su servidor fiel y constante, estoy dispuesto a llevarlo a cabo.

Horrorizada yo al escuchar tan tremenda nueva, comencé a temblar y, sin saber lo que hacía, caí arrodillada a los pies de aquel miserable.

Nada pudieron con él mis quejas, nada mis súplicas, nada mis lamentos, porque las almas empedernidas a fuerza de maldades no se impresionan jamás a la vista de la desgracia.

Cuando me vio así humillada delante de él, se sonrió maliciosamente. Su silencio me demostraba todo el veneno oculto en su corazón.

—¡Oh!, al menos me devolverán a mi hijo —le repliqué con un acento desesperado.

—Ya no os pertenece —me contestó con la mayor sangre fría—. Una cosa sola debéis sacar de este palacio como la única de vuestra propiedad. Creo que me habréis comprendido.

—Yo no os comprendo.

—Pues bien, lo único que aquí os pertenece son los harapos con que vinisteis cubierta; de lo demás, nada.

Dicho esto, me hizo despojar de mis vestidos presentándome aquellos que había sacado de casa de mis padres y que cuidadosamente habían sido conservados.

Condenada a tan cruel humillación, no vacilé un momento en trocar por ellos los lujosos trajes con que hasta allí, forzoso es confesarlo, yo me había envanecido.

El corazón se me despedazaba entonces. Miraba desvanecerse de repente todas mis esperanzas para el porvenir, y me veía deshonrada, abatida y arrojada de aquel asilo por el hombre que me había ofrecido un amor eterno.

Confiada en mi inocencia, demandé a aquel verdugo el permiso de ver a mi esposo para ver si con mis lágrimas enternecía su corazón. Yo me proponía convencerle de que estaba inocente, porque, comprendiendo la nobleza y generosidad de su alma, no dudaba que daría crédito a las palabras de su infortunada María.

Pero todo era en vano. Aquel humano tigre no me permitía llegar a la presencia de Hernando, cuyo amparo era el único que me restaba en el mundo.

—No es posible que le veáis, señora —me decía con un acento de bárbara fiera—. Él, lejos de ablandarse a vuestros mentidos y humillantes ruegos, se enojaría en gran manera al ver delante de sí a una mujer que tan villanamente ha jugado con su amor y su confianza. Estoy seguro de que tampoco os admitiría, porque el mal estado de su salud, que os habéis complacido en agravar, no le permite entregarse a ocupaciones tan poco gratas.

Apenas oí hablar a Nuño de los padecimientos de mi esposo, atropellando cuantos obstáculos se me oponían, corrí precipitada en su busca, sin ser poderoso a sujetarme el enojo del escudero, que corría tras de mí prorrumpiendo en mil improperios y amenazas...

Aquí interrumpieron la lectura Pablo y el sacerdote para dar lugar a los muchos suspiros que el dolor y la compasión les arrancaban, y al abundante llanto que de sus tristes ojos corría.

Por un momento ambos fijaron la vista en el cadáver que tenían en su presencia, y el desgraciado padre, ávido ya de nuevas emociones que embotaran su sensibilidad, suplicó al sacerdote continuara leyendo aquella triste memoria de su infortunada hija.

Sigámosla nosotros también para ver en el capítulo siguiente el golpe más cruel que estaba reservado a la heroica resignación de aquella desventurada criatura.

Capítulo XXIV

¡Adiós ilusiones!

PABLO se preparó a escuchar con extraordinaria emoción lo que restaba de aquellos fatales pergaminos y el sacerdote continuó leyendo de esta manera:

Llegué por fin adonde Hernando se encontraba. Abrí la puerta de su aposento con extraordinaria violencia y me arrojé frenética a sus pies, abrazando y besando sus rodillas. Levanté luego los ojos para mirarle y los suyos me contemplaban con una fijeza extraordinaria. Su semblante tenía la palidez de la muerte y en sus ojos desencajados se ostentaba la expresión de un frenético. Sus labios se movían convulsivamente sin articular una sola palabra. No obstante el estupor que su vista me producía, yo me atreví a decirle:

—¡Hernando!, esposo mío, ¿qué tienes?

—Señora, yo no soy vuestro esposo —me contestó con un acento de marcada ira.

Su voz me dejó sin aliento para replicarle, como si un rayo hubiera caído sobre mi corazón.

Permanecí algunos momentos asida a sus rodillas y la cabeza inclinada sobre ellas sin atreverme a levantarla, mientras mis ojos bañaban sus pies con lágrimas de sangre.

Luego que pude reponerme algún tanto, continué hablándole de esta manera:

—¡Vos no sois mi esposo!, vos os avergonzáis de darme ahora ese nombre que en otros días más felices os complacíais en darme con orgullo. Miráis ahora que no soy digna de aspirar a tanta grandeza y no lo mirasteis cuando, arrancándome del lado de mis padres infelices, me prometíais una ventura eterna asegurada por vuestro amor. Vos me conocísteis inocente y sencilla, me hicisteis escuchar unas palabras cuyo poder no comprendía y ocultasteis, con el velo de una pasión mentida, el veneno que me dabais a beber en ellas. Después, sin mirar que soy madre de vuestro hijo, me abandonáis de una manera cruel para dar lugar en vuestro corazón a otro amor que os halaga más que el que esta infeliz puede ofreceros. Nada me resta que consagraros. Me pedisteis mi amor y os entregué mi corazón sin el menor

recelo exigisteis de mí un grande sacrificio, el de abandonar a mis padres, y yo, ingrata, los abandoné y os seguí sujeta a la voluntad de un hombre a quien solo conocía mi corazón. Después, con misterioso y criminal silencio, fingisteis un enlace contraído solo por vuestro capricho. Necesitasteis más tarde la abnegación de mi libertad y he permanecido encerrada en este recinto, sin exhalar una sola queja, sin demandaros otra cosa que el amor con que habíais logrado fascinarme. Y ahora, porque ya habéis saciado vuestro capricho, porque soy un obstáculo a vuestra felicidad, permitís que se me calumníe y se me ultraje como a una mujer infame, vil y prostituida.

¿Y sois vos el que, ajenos a esos mezquinos cálculos, me ofrecíais un porvenir de gloria antes de vuestra partida? Pues sabed que yo no ambicionaba más gloria que adoraros, que oculta en el lugar más miserable de la tierra, poseyendo un solo recuerdo de vuestro cariño, me hubiera contemplado la mujer más feliz del universo. Y ahora, ahora mismo, envuelta entre estos harapos, única cosa que me resta de tiempos más dichosos, si vos me dijerais al menos que estáis seguro de mi inocencia, yo me tuviera por feliz con solo la memoria de haberos pertenecido. Pero si cargada con un oprobio que no merezco, pretendéis arrojarme envilecida de vuestra casa, yo no me separaré de vos y moriré de dolor en vuestra presencia para probaros que soy inocente.

Hernando iba a contestarme. Su fisonomía tomó cierta expresión de enternecimiento que me hizo esperar todavía. Pero a este tiempo, el escudero entró apresurado; el semblante de Hernando tornó de nuevo a enfurecerse y con voz de forzada aspereza se levantó y me dijo:

—Señora, nada tenéis que pedirme. Una mujer criminal no tiene derecho a hablar al hombre a quien ha ofendido. Vos en otro tiempo poseeríais mi amor porque entonces era justicia concedéroslo; ahora huid de aquí, yo no os conozco.

Y hablando así, se levantó como para evitar la molestia de mis ruegos. Yo tendí hacia él mis manos suplicantes, demandándole un momento de piedad para la infeliz que en nada le había ofendido.

Supliqué, sí, pero en vano. Aquel corazón, en el cual habían ya introducido la desconfianza, no estaba dispuesto a escuchar los ayes de mi infortunio, que los creía hijos de la más villana impostura.

—¡Hernando, Hernando! —le dije yo al verle separarse de mí y abandonarme—. También vos..., el hombre que me había ofrecido su amparo en este mundo me abandona también. Víctima de la más cruel impostura, de la traición más cobarde y villana, me arrojáis de aquí sin escuchar la voz de

mi corazón que nunca os ha mentido. ¡Oh, Dios mío, cuán poca fuerza tienen hoy mis acentos para vos!

—Señora, no me atormentéis más. Yo os prometí mi amparo cuando vuestra pureza lo merecía. Vuestra voz encontró eco en mi corazón cuando era la voz de una joven virtuosa, que no había conocido la mentira, ni abrigado en su seno el crimen que a mi vista os envilece.

—¡Oh!, arrancadme la vida, arrancadme esta vida que me es ya aborrecible, pero no me acuséis de un crimen que no he cometido jamás.

—¡La vida! Yo no os quiero privar de ella porque os privaría de vuestro castigo. Vivid, vivid. La memoria de vuestra infamia os seguirá doquier que vuestros pasos se dirijan y el remordimiento de vuestra ingratitud será vuestro suplicio.

—Yo os juro por el cielo que nos mira, por ese Dios que castiga al perjurio, que soy tan inocente como en el día que me arrancasteis de mi ignorado y venturoso asilo.

—Señora, mis ojos no pueden engañarme. ¿Qué hacíais en el jardín?

—La esperanza de ver a mi hijo...

—¿Y la esperanza de ver a vuestro hijo os hizo seguir las huellas de aquel hombre que os aguardaba al lado de la fuente?

—Él me indicó que más lejos lo hallaría.

—¡Cuanta credulidad! ¿Y por qué aquel hombre desapareció cuando yo os perseguía?

—Yo no lo sé.

—Y bien, ¿quién era ese hombre?

—También lo ignoro.

—¿Y es posible que tanta falsedad hayáis aprendido en el poco tiempo que hace que me separé de vos?

—¡Falsedad, Dios mío, falsedad! ¡Ah, quién me hubiera dicho que un día me había de ver ultrajada por vos de esta manera! ¿Dónde están las promesas de amor tantas y tantas veces reiteradas?

—Señora, el amante desapareció. Ahora solo existe el juez; más tarde, el verdugo. Ya estoy cansado de escuchar vuestras inútiles quejas. Cuando os plazca, salid.

—¡Ah!, ya no podéis sufrir mi presencia. Vuestro corazón comprende que yo no os he ofendido jamás, y la imagen de otra mujer, que acaso en él se esconde, no es bastante a borrar de un todo sus instintos de generosidad.

Mirad, Hernando, soy la madre de vuestro hijo, he llevado en mis entrañas el fruto de vuestro amor que, aún ultrajada, me envanece. Ahora vos

me arrojáis de aquí porque no queréis concederme por más tiempo lo que nunca deberíais de haberme concedido... Yo me resignaré, huiré de aquí si huyendo puedo complaceros. Estos vestidos miserables, con que vine a vuestro poder, me servirán de abrigo donde quiera que mi dolor se oculte. Solo me resta que demandaros una gracia. Soy madre, me han arrebatado despiadadamente el hijo de mi amor, y ese hijo debe partir también con su desventurada madre. Hacedmelo entregar. Yo iré con él lejos, muy lejos de este recinto. Yo le enseñaré en la soledad a amar a un padre que no ha conocido. Yo le haré pedir a Dios todos los días por vuestra felicidad... Le enseñaré a pronunciar vuestro querido nombre, sin decirle jamás dónde podrá encontraros, para que no se vea con desdén arrojado de estos lugares donde por primera vez ha contemplado la luz del día. ¿No me escucháis? ¿Volvéis la cara para ocultar vuestra turbación? ¡Oh, Hernando, Hernando, entregadme a mi hijo y yo abandonaré más tranquila vuestro palacio!

—Vuestro hijo no existe para vos. Él es inocente y no ha de sufrir con vos el castigo de un crimen que no ha cometido. Yo le enseñaré a implorar del cielo el perdón para una madre que no ha conocido, pero jamás le haré repetir vuestro nombre para no hacerle humillar la frente avergonzada...

Quise hablar entonces y no pude. El dolor había cortado la voz en mi garganta y solo tuve acción para dirigir una mirada al padre de mi hijo y bajar después los humillados ojos inundados de llanto de amargura.

Hernando salió, ordenando a Nuño me arrojase fuera de su palacio, y este, dando una carcajada feroz, me condujo hasta la puerta por donde había entrado colmada de esperanzas, y allí me abandonó a mi desesperada suerte.

Capítulo XXV

Un alma compasiva

LA cordillera de montes, de que hemos hablado anteriormente y en cuya falda se eleva el edificio mencionado, se extiende casi paralela a la sierra de Ronda, en dirección N.E. a S.O. A distancia de una milla escasa, siguiendo la cordillera hacia el S.O., se eleva un monte superior a los demás, en cuya cumbre de piedras calcinosas crecen algunas palmas mezcladas con otros arbustos pequeños que dan a aquel terreno un aspecto de perpetua esterilidad.

Entre estas piedras de magnitud y formas diferentes sobresalen algunas que, unidas íntimamente al monte de que forman parte por alguno de sus lados excéntricos, parecen como suspendidas en el aire cuando se observan desde el declive de la colina.

Desde cualquiera de ellas puede admirar el espectador el variado y extenso panorama que ofrece a su vista la dilatada vega de que antes también hemos hecho mérito, sembrada, digámoslo así, de caseríos de diversa especie, que forman un bello contraste con la monotonía de aquellas dilatadas llanuras.

A la hora en que María fue arrojada de aquel palacio, ella se dirigió, acaso sin notarlo, al lugar que ya dejamos descrito.

Agitada de tanta fatiga, y para dar libre rienda a su dolor profundo, se sentó sobre la piedra más elevada y allí se entregó libremente a sus tristes y amargos pensamientos.

La luna en todo su esplendor le presentaba aquel vasto paisaje, que ella debía admirar por primera vez rodeada de aquella majestad severa y melancólica que presta a la naturaleza el silencio imponente de la noche.

El espectáculo era maravilloso. En medio de aquella soledad cubierta con el velo misterioso de aquella luz blanquecina, en donde la calma no era interrumpida por el ruido más leve y pasajero, allí donde a través de una claridad indecisa, la vista se afana por descubrir el verdadero límite de los objetos, donde el oído cree escuchar murmullos que no se han producido, donde el alma, en fin, consagra a todo lo que la rodea un respeto, un temor hasta cierto punto religioso, allí, decimos, se encontraba la infeliz y desconsolada María, cruel y bárbaramente abandonada, sufriendo cuantos

tormentos le acarreaba su suerte, tormentos tanto mayores cuanto mayor era el aumento que les daban el corazón sensible y el alma elevada y pura de aquella mártir inocente.

Pero volvamos a tomar el hilo de la historia en el lugar que la dejamos interrumpida, y en ella encontraremos mitigando el dolor de esta desconsolada joven, a quien un alma compasiva vino a hacer más llevaderas sus desgracias.

Apenas me vi sola en medio de aquellos campos, continúa la historia, puesto el corazón en Dios, que jamás olvida ni desampara al inocente, me encaminé en la misma dirección de la salida del palacio, sin saber a qué lugar mis lentos y errantes pasos dirigía.

Al llegar a la cumbre de un monte no muy lejano al sitio de donde había partido, cansada ya de mis muchas fatigas, me detuve a tomar aliento sentada sobre un empinado peñasco. La luna extendía sus rayos sobre aquella soledad inmensa, que nada me parecía en comparación de mis desgracias.

Anublados los ojos por el copioso llanto, herido el corazón por el dolor más intenso y ateridos mis miembros por el frío excesivo de la noche, me parecían los efectos de un espantoso sueño todos los males que en realidad me cercaban.

Lo pasado y lo presente se presentaban a mi imaginación con un risueño aspecto comparados con los horrores del porvenir. Mi pensamiento se perdía en conjeturas inútiles respecto a esa época inescrutable y segura, y al cabo a nada podía decidirme. Entonces demandé al cielo con toda mi alma una muerte que pudiera librarme de todo el enorme peso de mi infortunio; pero el cielo no me escuchaba porque mi medida no estaba llena y aún me restaban en el mundo eternos días de dolor y llanto.

En estas meditaciones, absorta y embebida el alma, me encontraba sin temor de que nadie pudiera venir a turbar mi doloroso silencio en medio de aquella soledad espantosa. Cuál sería, pues, mi asombro, al ver dirigirse hacia mí un bulto, al parecer figura humana, que a paso presuroso se me iba silenciosamente acercando. Yo entonces, poseída de todo el valor que presta la desgracia, esperé casi con serenidad la llegada de aquel ser misterioso.

—Os he venido buscando, me dijo cuando ya estaba a muy corta distancia, y a favor de la claridad de la luna he podido al fin encontraros, cosa de que ya desconfiaba.

—¿Y quién sois vos —le pregunté yo—, que así os interesáis por mi suerte? ¿Acaso sois algún emisario de mi cruel enemigo que venís a gozaros en el horror de mi desventura?

—No soy —me dijo, acercándose y descubriéndose— lo que vos pudisteis con justicia imaginaros.

Al escuchar estas palabras, di un salto y me lancé en sus brazos. Era Juana, la pobre mujer que me había servido durante mi permanencia en el palacio y a la cual habían separado de mí porque se interesaba algún tanto en mi desgracia.

Aquella mujer de formas varoniles, de grosero aspecto y de voz ronca y desapacible, escondía bajo aquella corteza de estupidez repugnante un alma generosa y pura, y sentimientos más exquisitos que los que de ella pudieran esperarse si con el exterior se comparaban.

—He venido a encontraros —me repitió—, porque sabedora de vuestras desdichas, no me era posible abandonaros en medio de estos campos y cercada de los horrores de la noche. Conozco cuánta ha sido la infamia de vuestros calumniadores porque he visto armar el lazo que se os había preparado, pero no tenía poder para romperlo. Como vos, también confiaba yo en que pudiera salvaros el amor que D. Hernando os profesaba; me engañé. La trama estaba bien urdida y han cuidado muy bien de envolverlo en ella; pero tened confianza, acaso algún día caerá de sus ojos la venda con que ahora le ciegan y entonces volveréis a su lado a recoger el fruto de vuestra constancia y sufrimiento.

—¡Oh!, eso es imposible. Hernando ha desechado de su corazón los sentimientos que en otro tiempo profesaba a la madre de su hijo, y cuando esos sentimientos se agotan, es para no volver jamás. Vedme aquí, errante y sin asilo, sin saber adónde dirigir mis pasos.

—Si queréis, yo os conduciré a casa de vuestros padres. Conozco perfectamente el camino y antes de rayar el día podemos llegar a su puerta.

—¡Ah, nunca, nunca! Ellos perdieron una hija inocente y virtuosa, y yo no les devolveré una mujer vilipendiada e indigna de su cariño. Yo vagaré por estas soledades donde, sujeta a toda clase de privaciones, tal vez aplacaré al cielo enojado con mi crimen.

—¿De qué crimen habláis? ¿Cuál es el que habéis cometido?

—El de abandonar a mis pobres padres y dejarme seducir y engañar por ese hombre que, acaso por divertirse, me llamaba algún tiempo su esposa. Pero, ¡oh, no, Dios mío!, yo no quiero agraviar a Hernando atribuyéndole pensamientos tan viles. Él ha sido, como yo, engañado. Víctima

de la más infame impostura, acaso sufrirá en silencio el mismo dolor que devora mi alma.

—Y bien, ¿qué pensáis hacer?

—Ya os lo he dicho. Viviré en medio de estos campos, me alimentaré de hierbas y raíces, y cuando Dios señalare el fin de mi vida, acaso se dará por satisfecho y recibirá mi alma para colocarla entre las de los justos.

—¿Conque estáis dispuesta a haceros penitente? ¡Ah, quién pudiera imitar vuestra resolución heroica! Hacéis bien, hija mía. Retirada del mundo, donde solo se encuentran desengaños, pasaréis una vida feliz que Dios os premiará dando una tranquilidad completa a vuestro espíritu. No muy lejos de aquí hay un albergue que podéis elegir para morada. Yo os conduciré a él, os proveeré de todo lo necesario y desde allí podréis contemplar todos los días el techo que los vio nacer sin que nadie vaya a turbar vuestro religioso retiro.

—¡Oh, bendita seáis mil veces! Vos descargáis a mi corazón del enorme peso que lo oprimía, y hacéis que mi alma se ensanche para dar lugar a esas ideas de felicidad por cuya realización estoy ya impaciente.

En efecto, aquella mujer de alma noble y generosa, aunque de aspecto siniestro, me tomó de la mano guiándome hacia el lugar que me había indicado anteriormente.

Sin descansar anduvimos el resto de la noche, y cuando la aurora se dejaba ver en el oriente con su purpúreo manto, nosotras nos encontrábamos a la entrada de una gruta formada de zarzas y madre selvas, que entre sus hojas apiñadas tenían casi oculta la entrada de la cueva que debía servirme de morada el resto de mi vida.

Entramos en ella, aunque con algún trabajo, y el primer sentimiento que experimenté, al pisar por vez primera mi ignorado y solitario asilo, fue el sentimiento profundo que consagra nuestra alma a los objetos rodeados, por decirlo así, de cierta majestad salvaje.

—Este es —me dijo mi compañera—, el albergue que más a propósito he creído para que en él ocultéis vuestro dolor. Yo vendré a visitaros con frecuencia para traeros el consuelo que la amistad ofrece, y al mismo tiempo os proveeré de cuanto sea necesario a vuestra subsistencia.

Diciendo esto, se despidió de mí estrechándome afectuosamente entre sus brazos y vertiendo sobre mi corazón una lágrima compasiva.

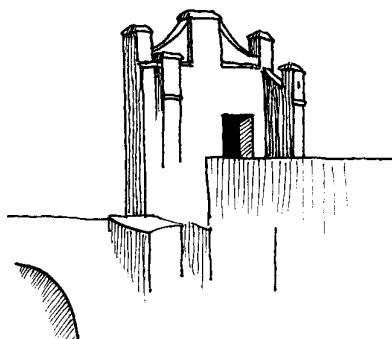
Yo la vi alejarse apresurada por el mismo camino que hasta allí nos condujera y mis ojos la siguieron involuntariamente hasta perderla de vista. ¡Oh, qué feliz era ella que podía disfrutar tranquilamente de la dulce presencia de mi cruel y despiadado esposo!

Cuando ella hubo desaparecido, yo me oculté dentro de mi estrecho y lóbrego subterráneo donde he pasado quince años de penosa existencia.

Pocos me restan ya. El corazón, que tantas y tan amargas penas ha sufrido, empieza a sentir más llevadero el peso que le oprime, y es que la mano del Dios de la justicia, satisfecha de mi martirio lento y continuado, se levanta para dejarle alguna expansión en los últimos momentos que han de conservar sus latidos.

Mi primer cuidado, al tomar posesión de mi nueva morada, fue demandar al cielo que, ya que a tan amargos sufrimientos me condenaba, concediera a lo menos un porvenir exento de tanta amargura a mi infeliz y desgraciado hijo...

Dejemos a María en aquella mansión solitaria entregada a su dolor inmenso, y pasemos momentáneamente al palacio, donde queda Hernando, para examinar los acontecimientos que siguieron a la expulsión de la madre desventurada, cuanto leal y malhadada esposa.



Capítulo XXVI

Remordimientos

CUANDO aún palpita el corazón agitado por pasiones profundas cuya causa se ve o se toca, se deja el hombre llevar de esos impetuosos arranques hijos del amor propio o del honor ofendido. Entonces, fácilmente se pronuncian sentencias fatales de que solemos arrepentirnos cuando ya es imposible el remedio.

De esta manera Hernando Álvarez de Lara, aquel joven guerrero que en cien combates se había mostrado digno de su nombre, lloró como una débil mujer cuando las órdenes, que había dado en un momento de acalorado enojo, recibieron su cumplimiento.

Se le presentó entonces a la memoria la imagen de aquella infortunada criatura, a quien sus halagos y promesas le había hecho olvidarse enteramente de su ser para entregarse sin recelo alguno a los preceptos de su voluntad.

La memoria, ese libro eterno en que se graban con caracteres indelebles todas las acciones interesantes de la vida, se complacía en presentarle las más dolorosas páginas, cuales eran aquellas en que se miraban en otro tiempo los recuerdos de su admirable encanto.

La imaginación, a su vez, aumentaba el martirio de estos recuerdos de lo pasado, confundiéndolos con las amargas y fantásticas creaciones de lo presente.

Acosado por los remordimientos que le producía su impremeditada determinación, se encerró en su aposento para poder entregarse allí libremente al exceso de su dolor.

Luego que se halló sin testigos que pudieran echarle en cara su debilidad, dando libre rienda a sus comprimidas lágrimas, comenzó a quejarse de esta manera:

«Y será posible, Dios mío, será posible que tú, ¡oh! mujer adorable cual ninguna, hayas marchitado en tu corazón y en el mío la flor de nuestras más dulces esperanzas. Será posible que ese honor, esa virtud sublime, cuyo destello parecías en la tierra, fuera una mentida ilusión destinada a hacer la infelicidad de mi vida. Pero no, no es posible. Ese ser supremo, que se complació en adornarte con todas las galas de candidez y pureza, no quiso engañarme presentándome bajo la forma de un ángel un espíritu del infierno.

No, no es posible. Tú lo decías cuando, arrodillada delante de tu cruel esposo, regabas sus pies con tus preciosas lágrimas. Es una calumnia, una calumnia vil de que se han valido para hacerte anti mis ojos aborrecible. Es una calumnia, porque me lo dice dentro del corazón la voz penetrante de un cruel remordimiento que atosiga mi conciencia».

Apenas acabó de decir estas palabras, prorrumpió en furibundas imprecaciones y salió de su aposento en el mayor desorden, presentando en su fisonomía, en sus acciones y en sus palabras todos los accidentes de un furioso.

Su padre, su escudero y sus criados, cuantos al paso se encontraban, trataban de detenerle, pero en vano. El respeto de unos, el cobarde temor de otros y el amor de su anciano padre, eran causas que impedían a todos oponer a sus intentos una resistencia obstinada.

El nombre de María salía incesantemente de sus labios y sus desencajados ojos la buscaban por todas partes. También era en vano.

Aquel hombre frenético corría y recorría todo el palacio, y cuantos le rodeaban se hallaban poseídos de esa estupefacción dolorosa que producen los inesperados acontecimientos que allí se multiplicaban.

Como nadie se oponía abiertamente a sus intentos, abrió precipitadamente la puerta del jardín, que conducía a la fuente, y se precipitó hasta el lugar en que había encontrado a la infeliz María la tarde en que se ejecutó la infame y diabólica farsa.

Apenas hubo llegado, se detuvo como por instinto en el mismo lugar que aquella tarde y, echando mano a la daga que no había desprendido de su cintura, dio una puñalada en el suelo con un furor extraordinario, y dejando el acero profundamente clavado entre la grama, ¡la he muerto!, gritó y cayó sin sentido entre los brazos de su padre que a su socorro había llegado.

Mal enojado D. Rodrigo por la situación desconsoladora que Hernando presentaba, juró vengar los padecimientos de su hijo con la muerte de la infeliz que bien a su pesar los causaba.

Luego que Hernando fue conducido a su habitación para prodigarle los auxilios que necesitaba, ofreció D. Rodrigo una cantidad de oro considerable a quien le presentara pruebas irrecusables de haber dado muerte a la desventurada María.

Solo dos se ofrecieron a ejecutar este acto de inaudita barbarie. Uno fue el criado de quien Nuño se había valido para dar cima a sus amañes. La otra era Juana, aquella mujer que la acompañó hasta la cueva donde la hemos dejado, y a quien ya conocen nuestros lectores.

Luego que ambos hubieran ofrecido al señor de Manchaniella proceder como vasallos leales en la ejecución de sus deseos, se retiraron para hacer cada cual sus preparativos y formar el plan al que en su ejecución habían de sujetarse.

Cuando hubieron hecho sus preparativos, se disponían ambos a salir en busca de la víctima inocente a quien tan inmerecida y cruel expiación se le preparaba.

Pero antes de que salieran por las puertas de aquel palacio, Nuño, que aún conservaba en su corazón las lúbricas ideas que habían ocasionado tantas desgracias, los convocó en un lugar apartado y les habló de esta manera:

—¿Estáis dispuestos a ejecutar las órdenes del señor dando muerte a esa mujer donde quiera que la encontréis?

—Es nuestro deber —replicaron ambos—, y además —continuó el criado solamente—, la paga es buena y yo no creo que debamos desperdiciar una ocasión en que tan buena ganancia se nos ofrece.

—Y si yo os hiciera nuevas proposiciones —volvió a preguntar el escudero—, ¿las admitiríais?

—Según sean ellas —replicaron los dos a un mismo tiempo.

—Pues bien —continuó Nuño—, yo deseo que viva esa mujer todavía algún tiempo. Si me prometéis decirme el lugar donde se encuentra, sin privarla de la vida, yo hallaré medio de que presentéis al señor pruebas fingidas de su muerte, y además recibiréis por mi parte una nueva recompensa. ¿Aceptáis?

—Acepto —exclamó el criado seducido por la idea de un nuevo lucro.

—No acepto —dijo Juana, que comprendió perfectamente las intenciones del escudero—. El señor desea que muera esa mujer y morirá.

—Y tendréis valor...

—Mi mano herirá segura porque el deber que me he impuesto no me permite faltar a mi promesa.

—Sois muy cruel.

—La compasión jamás se ha abrigado en mi pecho.

—¡Será posible!

—Sí, es muy posible; y por cierto que no me faltarían puntos de comparación dentro de este mismo palacio.

Nuño se estremeció creyéndose aludido por aquella mujer incomprensible, pero luego, para hacer entender que nada recelaba, siguió diciendo en tono solemne:

—En verdad que con poca compasión se la ha tratado, pero el crimen es grande y...

—¡Oh!, descuidad, señor Nuño, que ningún crimen queda sin castigo en el mundo. Tarde o temprano todo se satisface.

El escudero se estremeció de nuevo al escuchar de los labios de aquella mujer unas palabras que eran quizás la sentencia de su condenación. Sin embargo, para terminar aquella entrevista que pesaba demasiado sobre su corazón, preguntó otra vez con voz balbuciente:

—¿Conque no aceptáis?

—Ya os he dicho que no acepto —repitió Juana con acento de entereza y energía—. Es preciso que muera y morirá.

Dichas estas palabras, se encaminó diligente hacia las puertas del palacio.

El criado se encogió de hombros y salió también en la misma dirección que ella llevaba.

Nuño se quedó estupefacto.

Apenas salieron de las puertas de aquel edificio, Juana se dirigió al criado que con ella salía y le dijo:

—Para tan poco empeño no se necesita más que una mano. Cada cual siga el rumbo que su suerte le depare y el que tuviere la dicha de encontrarla goce del premio sin necesidad de que otro participe.

Entonces, cada uno eligió distinto camino provistos ambos de un puñal agudo y llevando Juana, además, otros objetos de que hablaremos más adelante.

Aunque a la salida habían elegido caminos diferentes, ambos se dirigieron hacia la oculta cueva donde la inocente víctima esperaba tranquila el sacrificio.

Dejémoslos caminar por aquellos áridos y desiertos campos, que en el próximo capítulo daremos fin a este acontecimiento interesante.

Capítulo XXVII

Una mancha de sangre

Y A hemos visto en el capítulo precedente cómo salieron aquellos dos personajes del palacio en busca de una víctima. El astuto criado comprendió que Juana debía saber el paradero de la joven María, y así se situó en un lugar a propósito desde el cual espío su derrota y la siguió a corta distancia, siempre ocultándose para no ser descubierto.

Al llegar ya próximos a la cueva, y a la orilla opuesta del río, se descubrió a la infortunada joven que, sentada cerca de ella, lloraba amargamente su total aislamiento. Juana se había adelantado para pasar el río por un puente de barcas situado a alguna distancia, y el asesino, temiendo que aquella le arrebatara la presa si se le adelantaba a consumir su crimen, no vaciló en arrojarle al agua para pasarlo a nado. Pero Juana, que le había tomado bastante delantera y que lo vio en la orilla opuesta dispuesto a evitar nadando aquel rodeo, corrió con toda la precipitación que sus fuerzas le permitían con el objeto de frustrar sus intentos. Él había hecho la misma observación y se esforzó también cuanto pudo para llegar antes adonde la inocente víctima esperaba. En efecto, consiguió adelantarse, pero María, que por un instinto de conservación pudo penetrar algo de sus intenciones, corrió a ampararse en su escondido albergue, creyéndose con esto bastante segura; mas no lo estaba en verdad, porque aquel monstruo de codicia se lanzó furioso tras ella sediento de consumir su criminal intento. Se introdujo hasta donde aquella joven desdichada se había refugiado y, sin causarle la menor sensación al encontrarla arrodillada en ademán de suplicarle por su vida, levantó el puñal para hierirla de muerte. Entonces, otro puñal, dirigido más certeramente, penetró hasta el corazón de aquel hombre malvado sin darle lugar a consumir su obra. El arma homicida cayó abandonada en el suelo y él mordió también la tierra que pisaba, revolcándose en su propia sangre. María se desmayó. Al mismo tiempo, una voz enérgica y conmovida exclamó: ¡Ya he comenzado mi justa venganza. Aún me resta uno! Esta voz era la de Juana, que con la ligereza de un gamo había podido llegar hasta aquel paraje para evitar la muerte de la infeliz María.

Luego que esta volvió de su desmayo, abrazó a su libertadora con toda la efusión de su alma, rogándole le manifestara la causa que la impulsaba a interesarse tanto por su existencia.

—Aún no es tiempo de que os lo manifieste —le dijo Juana fuertemente conmovida—. No perdamos el tiempo en hablar cuando para obrar es tan necesario. Ahí tenéis ese nuevo traje que es el que debéis vestir en este retiro para poder estar más encubierta —y arrojando a sus pies un manto y un sayal de lana negros, le hizo despojarse del que vestía, y ella, al punto, lo recogió empapándolo en la sangre de que la cueva estaba inundada. Luego agarró entre sus brazos aquel cadáver y, atándole al cuello una pesada piedra, lo arrojó a las ondas del Guadaira, librando de este modo a la humanidad de un monstruo de ambición abominable.

Se despidió al punto de la desconsolada María, después de dejarle un frugal alimento. Durante su ausencia, y tomando los vestidos ensangrentados, se dirigió al palacio a recibir el premio de manos de su señor, que la aguardaba.

Cuando D. Rodrigo Álvarez de Lara recibió aquella prueba irrecusable de su venganza satisfecha, no tardó en presentarla a su hijo, creyendo de este modo tranquilizarle. Pero sucedió muy al contrario, porque Hernando, enfurecido a la vista de tamaño crimen, llevó su desesperación hasta tal punto que nadie se creía seguro de su furia, y a no haber sido por el respeto profundo que a su padre profesaba, aun este hubiera tenido que temer las consecuencias de su ira. Pero el tiempo hizo su efecto y poco a poco se fue serenando hasta quedar en un estado de casi completa insensibilidad.

El hijo infortunado de sus amores fue recogido por Juana, la cual esperaba hallar una ocasión oportuna en que presentarlo a su padre. Entretanto, no dejaba de visitar con bastante frecuencia a la desgraciada joven, que lloraba en la soledad, para facilitarle los escasos recursos que le bastaban para conservar su existencia, no sin la esperanza de poder algún día tornarla a su primitiva felicidad, contando para ello con que su joven señor se hallaría en un estado capaz de escuchar tan extraordinaria nueva. Pero este pensamiento se le frustró también porque D. Rodrigo, con el objeto de apartar a su hijo de aquella tristeza que lo consumía, trató de llevar a cabo su enlace con Blanca, la hija de su desgraciado amigo.

Lo propuso así a Hernando y este se prestó con docilidad a las exigencias de su padre, recibiendo la bendición nupcial con la misma indiferencia que la recibiera un autómatas.

Blanca quedó instalada en el palacio al lado de su abatido esposo, procurando, aunque inútilmente, distraerlo de la pena voraz que lo abatía.

Don Rodrigo Álvarez de Lara y D^a Leonor, madre de la esposa de Hernando, bajaron poco después tranquilos a la tumba, después de ver cumplidos sus votos por la felicidad de sus hijos.

Capítulo XXVIII

Epílogo

DOCE años habían pasado ya de todos estos acontecimientos, cuando D. Hernando Álvarez de Lara, que aún no había podido olvidarlos, ni aun en los brazos de una amable esposa que se esforzaba inútilmente en consolarle, determinó partir de nuevo a la guerra para buscar, en medio del fragor de los combates, una muerte heroica o algunos momentos de consuelo a su dolor profundo.

Cuando ya todo estaba dispuesto para la partida, Juana entró en el aposento de su señor con los ojos arrasados de lágrimas y llevando de la mano a un niño de doce años. Se arrodillaron los dos al entrar delante del caballero, y aquella mujer, de alma noble y generosa, le dirigió en estos términos la palabra:

—Hace doce años, señor, que una mujer infortunada salió de este palacio dejando, como único recuerdo de su existencia y del amor que os había merecido, este niño que me fue confiado poco después del infortunio de su madre. Vais a partir, señor. Acaso en los horrores de la guerra encontraréis la muerte, que es el premio de los hombres valerosos, y esta infeliz criatura, olvidada para siempre, quedaría expuesta a la miserable situación de villano, cuando el cielo acaso para ser señor lo destinara.

Yo no hubiera tenido la osadía de presentároslo si el cielo os hubiese concedido algún fruto en vuestro matrimonio, pero Dios no lo ha ordenado así y acaso debemos mirar en ello su mano poderosa que protege y ampara a este inocente.

Hernando fijó los ojos en el vástago de su nunca olvidado cariño y después, levantándolo con tierna solicitud, lo estrechó entre sus brazos bañando su frente con las lágrimas de dolor consagradas a la triste memoria de su madre.

Juana no se atrevió a darle la más pequeña noticia de la existencia de María, y así se consoló con el bien que a su hijo había proporcionado.

Hernando observó en el joven la extraordinaria semejanza que con su madre tenía y conoció que corría por aquellas venas su misma sangre cuando, al despedirse de él para encaminarse a la guerra, el niño le habló de esta suerte:

—Yo quiero también, padre mío, partir con vos, que aunque mi diestra participe de la debilidad de mis cortos años, yo espero que a vuestro lado estará muy pronto en disposición de manifestar que soy vuestro hijo.

Lo abrazó entonces con orgullo el de Lara, y dirigiendo luego la vista al cielo, exclamó: ¡Bendito seáis, Dios mío, es digno de perpetuar mi nombre!

Al día siguiente D. Hernando Álvarez de Lara y su hijo, a quien había dado su mismo nombre, partieron juntos para las fronteras en donde la suerte les reservaba continuados triunfos e inmarcesibles lauros.

Dejémoslos correr tras de la gloria entre el horror de las sangrientas lides y veamos cuál era el móvil que había impulsado a Juana a obrar de aquella manera, lo cual se demostrará en el siguiente capítulo, donde daremos fin a la historia de la desventurada María.

Capítulo XXIX

Conclusión

MIENTRAS D. Hernando y su hijo habían partido a la guerra, Juana no dejó de visitar frecuentemente a la joven desgraciada, que llorando como un crimen los efectos de su infortunio, se había entregado completamente a la más austera penitencia.

Más de dos años habían pasado desde entonces y D. Hernando no volvía ni de él se había tenido la más leve noticia. En este tiempo una aguda fiebre arrebató la vida de D^a Blanca, a lo cual no poco habían contribuido las continuas penas causadas por el casi total abandono en que su esposo la había dejado.

Juana creyó esta ocasión muy oportuna para realizar un proyecto en que hacía mucho tiempo cavilaba, y así se dirigió a la cueva donde se albergaba la infeliz María, y sentada junto a ella sobre el césped que la ladera mataba, le habló de esta manera:

Ya hace tiempo, hija mía, que velo por vuestra felicidad. Habéis extrañado las acciones que he hecho en vuestro servicio y me habéis demandado la causa de ellas. Un día, cuando el puñal de un asesino se levantó sobre vuestra cabeza, visteis caer el mío más ligero sobre su corazón. Entonces pronuncié unas palabras cuyo sentido solo yo comprendía y que ahora quiero explicaros.

Veinte años se han cumplido desde que mi infeliz esposo bajó al sepulcro asesinado por dos miserables. Un día había amanecido para nosotros..., ¡día aciago y cruel! El hambre nos acosaba y no teníamos pan... Dos hombres llegaron a mi esposo y le dijeron, confiados en que era morisco: «Si te atreves a conducir este pliego hasta la frontera, tendrás un premio de cuarenta escudos». El lance era comprometido, porque la más pequeña falta de esta naturaleza se expiaba con la vida; pero él, prefiriendo morir ahorcado a verme perecer y perecer conmigo de hambre y de miseria, se decidió a llevar el pliego fatal y tuvo la suerte de concluir con felicidad la empresa. Se dio luego el grito de rebelión que al instante fue sofocado y muchos de los que se había comprometido pagaron con su cabeza.

Los dos hombres que con aquel objeto habían seducido a mi esposo eran Nuño y el asesino miserable que atentó a vuestra vida y que no volverá a atentar a otra. De ese ya estoy vengada. Me resta ahora consumir mi venganza con la muerte de aquel infame escudero, pues ambos cometieron el asesinato de mi esposo por temor de que los delatase. Yo no he podido hacerlo porque, sabiendo Nuño que aún conservo la religión de mis padres y que no

me atrevería a negarla ante los jueces por temor al castigo de Alá, me volvería delación por delación y no tendría yo el consuelo de abrazar a mis hijos que en el suelo africano lloran la pérdida de su padre.

La causa de compadeceros y amaros no ha sido otra que el aborrecimiento que os tiene ese monstruo. Si él os hubiera amado, yo os aborreciera. Pero no tengo tiempo que perder; el momento de quedar completamente vengada se acerca y acaso va envuelta en él vuestra felicidad. Adiós, hija mía. Si Alá no quiere que volvamos a vernos, yo le rogaré todos los días por vuestra ventura.

En esto, se abrazaron tiernamente. María queda sola y la viuda de Aben-Jafet, a quien se conocía con el nombre de Juana, se dirigió a la frontera en busca de D. Hernando Álvarez de Lara, teniendo la fortuna de hallarlo a su arribo.

Después de darle cuenta de la muerte de su esposa, le descubrió la existencia de María y el lugar en que estaba retirada, sin callarle nada relativo a los manejos de Nuño.

D. Hernando y su hijo escucharon con admiración cuanto aquella mujer les decía, y para cerciorarse de la verdad de aquellos hechos, tomaron con ella precipitadamente la vuelta del castillo.

Cuando llegaron a él, Nuño salió a recibir a sus señores con las mayores muestras de alegría, pero, a una señal de D. Hernando, cuatro guerreros que le acompañaban se apoderaron de él y le encerraron en una de las torres. Entonces, sin perder un solo momento, se dirigieron guiados por Juana al sitio de la cueva, pero antes de llegar, Pablo y el sacerdote continuaron la lectura de la comenzada historia, que así proseguía:

Hoy ha sido para mí un día cruel. Un hombre que ha entrado con un puñal ha tratado de herirme, pero la mano vigorosa de la mujer que me ha salvado, ha herido de muerte su corazón. Yo no sé qué misterio encerrará todo esto, ni qué mal habré hecho yo a nadie para que así se conjuren contra mi vida.

Esta cueva está llena de sangre, ¡qué horror me causa!, y sin embargo, tengo que vivir en ella hasta el fin de mis días, porque así lo ha decretado el cielo...

¡Hace ya trece años!... ¡Dios mío, cómo he podido vivir tanto tiempo en tan horrible estado! Cubierta con este velo misterioso, olvidada de todo el mundo menos de una mujer tan noble y virtuosa, cuánto repugnante me había parecido en un principio... Aquí paso mis días, en esta soledad espantosa, donde solo hieren mi oído el continuo murmullo de estas aguas y los silbidos del viento al chocar en estas desnudas rocas. Las noches son eternas...; los días, interminables... ¡Cuánto tiempo me restará de expiación, Dios mío!...

Esta noche he sentido una horrible tempestad. Las aguas casi han inundado mi pobre albergue... Entre los ecos ya lejanos del trueno, he escuchado los ladridos de un perro en la opuesta ribera... ¡Qué recuerdos, Dios mío, qué recuerdos!...

Hernando ha partido a la guerra y ha llevado consigo a su hijo... ¡Qué felicidad! A lo menos él podrá contemplarlo. Si alguna vez llegara a su memoria... Pero es imposible..., él me cree muerta. Juana me lo ha confiado todo...

¡Dos años más!... Juana me ha descubierto su corazón. ¡Qué lástima que no sea cristiana! Hoy se ha despedido de mí para un largo viaje. ¿Cuál será el objeto?

Me siento desfallecer..., mi frente se abrasa y mi cabeza está trastornada. ¡Qué temblor! Hoy he tenido mucho frío. He recogido algunos troncos secos de los que va dejando la corriente del agua. Esta noche los encenderé, que puede ser que el calor me reanime. ¡Quién sabe lo que Dios me reserva todavía!... Ahí está esa cruz; en ella murió el Hombre-Dios en medio de una cruel amargura. Yo la adoro como a un signo de consuelo, como al iris de mi salvación...

Mis padecimientos se aumentan. Esta fiebre que me consume acabará mi vida. No puedo sostenerme ya. Los párpados caen sobre mis ojos con el peso de una montaña. Quiero guardar estos pergaminos para entregarlos a Juana cuando regrese de su viaje... Pero, ¡ah!, creo que ya no volveré a verla. Voy a escribir con mi sangre sobre esta cubierta: «Leed, aquí está escrita la verdad». Dios mío, yo moriré gustosa si alguna vez se patentiza mi inocencia...

¡Tres días de continuo padecer!... ¡Qué oscura está la noche! El sacerdote no viene... La lumbre se ha apagado... ¡Cuánto frío! ¡Oh, qué duro está el lecho!... No puedo más...

Aquí concluía la historia. Los últimos caracteres estaban mal trazados, que apenas eran inteligibles. Pablo y el padre Ernesto se abrazaron y vertieron lágrimas unidas por aquella desventura criatura.

—Vamos —dijo el sacerdote limpiándose las lágrimas con la manga de su sayal—. Rindámosle el último tributo.

Pablo volvió a abrazar el cadáver de su hija y después, con una resignación admirable y un religioso silencio, sus mismas manos la colocaron en el centro de la tumba y el sacerdote venerable la roció con agua bendita. Ambos dirigieron al cielo una ferviente plegaria, y ya aquel padre desventurado se disponía a ocultar para siempre los yertos despojos de su inocente hija en aquel suelo tantas veces regado con sus lágrimas.

Ya algunos puñados de tierra habían caído sobre su rostro al primer golpe del azadón, cuando D. Hernando Álvarez de Lara, acompañado de su hijo y de cuatro de sus soldados, y precedidos todos de Juana, llegaron adonde aquellos dos ancianos virtuosos entregaban a la madre común aquellos restos que le pertenecían.

—¿Dónde está? —dijo el primero de estos la que les guiaba.

—Ahí la tenéis, dentro de esa cueva —contestó esta—, donde hace quince años que está llorando su infortunio.

—La que habitaba en esa cueva —repuso el sacerdote dirigiéndose a estos—, ya no pertenece a este mundo. Su alma está en el cielo, su cuerpo dentro de esta sepultura.

—¡Madre mía! ¡Esposa mía! —exclamaron simultáneamente D. Hernando y su hijo, y todos se aproximaron a donde estaba el cadáver. Al acercarse, todos se arrodillaron involuntariamente. Solo Juana pudo reconocerla.

Entonces, el sacerdote les pidió atención para volver a leer la historia. Ellos se la prestaron gustosos y escucharon conmovidos aquella lectura en que estaban contenidas las pruebas de su inocencia.

Abrazó D. Hernando a su nuevo padre con el mayor respeto, ordenando hacer otro tanto a su hijo. Aquella escena era tan admirable que más fácilmente la concibe la imaginación que puede expresarla la pluma.

Pablo quiso cubrir por sí mismo los yertos despojos de su hija desventurada, y después que todos hubieron dado el último adiós a aquellos preciosos restos y colocado una cruz sobre aquella solitaria tumba, se dirigieron al castillo de Manchaniella.

Al llegar a corta distancia, la bocina de uno de los soldados que acompañaba a D. Hernando, hirió el viento con un prolongado sonido... Al mismo tiempo, un hombre fue arrojado por una de las almenas de la torre pendiente de un cordel atado a la garganta. Este hombre era Nuño, que, según la orden de su señor, debía sufrir la pena de ser ahorcado a la señal convenida. Así pagó aquel miserable los crímenes que había cometido en el mundo. Aún le restaba una eternidad.

—¡Ya estoy vengada! —exclamó Juana con enérgico acento, y separándose de la comitiva, dirigió sus pasos al africano suelo.

Pablo acabó sus días rodeado de su nueva familia, prodigándose mutuos consuelos. Mientras les duró la vida, celebraron el aniversario de aquel día funesto colocando una flor sobre la oculta tumba de la desgraciada María...

Una huerta fertilísima y un molino de pan están hoy situados sobre aquella ladera, y aún se designa aquel sitio con el nombre de LA TAPADA.

F I N.

Una flor en la tumba de María

Nace la pura y cándida azucena,
ornato del vergel, gala del prado,
refresca con su ambiente regalado
la blanca brisa de su aroma llena.

De ruiseñores el celeste coro
difunde su encantada melodía,
y el arroyuelo en la floresta umbría
su curso pierde entre guijuelas de oro.

En la copa del roble corpulento
hace escuchar la tórtola su arrollo,
abre la fresca rosa su capullo
sobre el tallo gentil la mece el viento.

Mas viene el huracán, y arrebatando
sus blancas hojas, la azucena expira,
y el ruiseñor de su doliente lira
suspende el eco melodioso y blando.

Enturbia el arroyuelo sus raudales,
la tórtola se esconde en la enramada,
muere la fresca rosa deshojada
a impulso de los recios vendabales.

Tal tu fortuna fue, ¡podre María!,
tu dulcísimo aroma arrebataron,
tu celestial acento no escucharon.
tu tallo desgajó la suerte impía.

En una cueva, al pie de una montaña,
de un áspero sayal siempre cubierta,
entre una selva lóbrega y desierta,
sobre el humilde lecho de espadaña.

Quince años de un amargo desconsuelo
te reservaba tu fatal destino,
que hacia la eternidad ancho camino
a tu espíritu abrió, lo llevó al cielo.

De la traición la mísera impotencia
no manchó de tu nombre la memoria,
mayor tu lauro fue, mayor tu gloria,
al ostentarse pura tu inocencia.

Duerme bajo esa tumba solitaria,
regada tantas veces con tu llanto,
donde de Filomena el tierno canto
se eleva en melancólica plegaria.

Recibe este tributo e mi lira,
tú, que viste también la luz primera
en la encantada y sin igual ribera
del cristalino y manso Guadaíra.

Una lágrima ardiente de mis ojos
desprendida también regó este suelo,
donde un padre en amargo desconsuelo
vino a cubrir tus míseros despojos.

A su vista se eleva el alma mía.
Llevo hasta allí mi planta silenciosa,
y coloco con mano temblorosa
una flor en la tumba de María.

ÍNDICE

Prólogo	5
---------------	---

LA TAPADA

I. La caridad y la virtud	9
II. Hace quince años	15
III. La tempestad	21
IV. Es ella	31
V. El señor de Machaniella	33
VI. Los conciertos de una boda	37
VII. Continuación de la historia de María	41
VIII. El señor de la Membrilla	47
IX. Blanca	51
X. Un confidente	55
XI. El convento de los Ángeles	61
XII. La fuga	67
XIII. El padre Ernesto	73
XIV. La bendición nupcial	75
XV. Un consejo	81
XVI. La partida	85
XVII. La seducción	91
XVIII. La lucha	97
XIX. La venganza	99
XX. La prueba	103
XXI. La vuelta	107
XXII. El cordero en las garras del lobo	109
XXIII. Consumación del crimen	113
XXIV. ¡Adiós ilusiones!	117
XXV. Un alma compasiva	121
XXVI. Remordimientos	127
XXVII. Una mancha de sangre	131
XXVIII. Epílogo	133
XXIX. Conclusión	135



Paisajes con Letras

Esta colección, iniciativa del Museo de Alcalá de Guadaíra, está formada por textos de cualquier autor y periodo histórico que tengan como marco o referente los paisajes y elementos patrimoniales destacados de esta ciudad.

Las ilustraciones son en todos los casos obras pertenecientes a la colección artística municipal.

NÚMEROS PUBLICADOS

Nº 1. *Historia viva*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).

Nº 2. *La torre mocha*, de Carmen Troncoso de Arce (2015).

Nº 3. *El encanto por los celos y Fuente de la Judía*, de Cristóbal de Monroy y Silva (2017).

Nº 4. *La Tapada*, de José María Gutiérrez de Alba (2017).

Este libro se terminó de imprimir en el invierno de 2016 a 2017, cuando la umbría del bosque de almecees enmarca en tonos dorados los restos de la Huerta de La Tapada.



Ayuntamiento de
Alcalá de Guadaira